

Ensayo:

- Celia Amorós:** Hongos hobbesianos, setas venenosas
Gayatri Chakravorty Spivak: La crítica poscolonial
Diana Maffía: Lógica, sexualidad y política
July Cháneton: Feminismo como semioclastia
Marcela M. A. Nari: Relaciones peligrosas: Universidad y Estudios de la Mujer

Sección bibliográfica

Arte:

Notas y entrevistas

- Memoria y balance
Dossier: Porque el cáncer es un tema feminista:
• Entrevista con Rita Arditti
• Mujer y cáncer
Aborto legal: un largo camino por recorrer

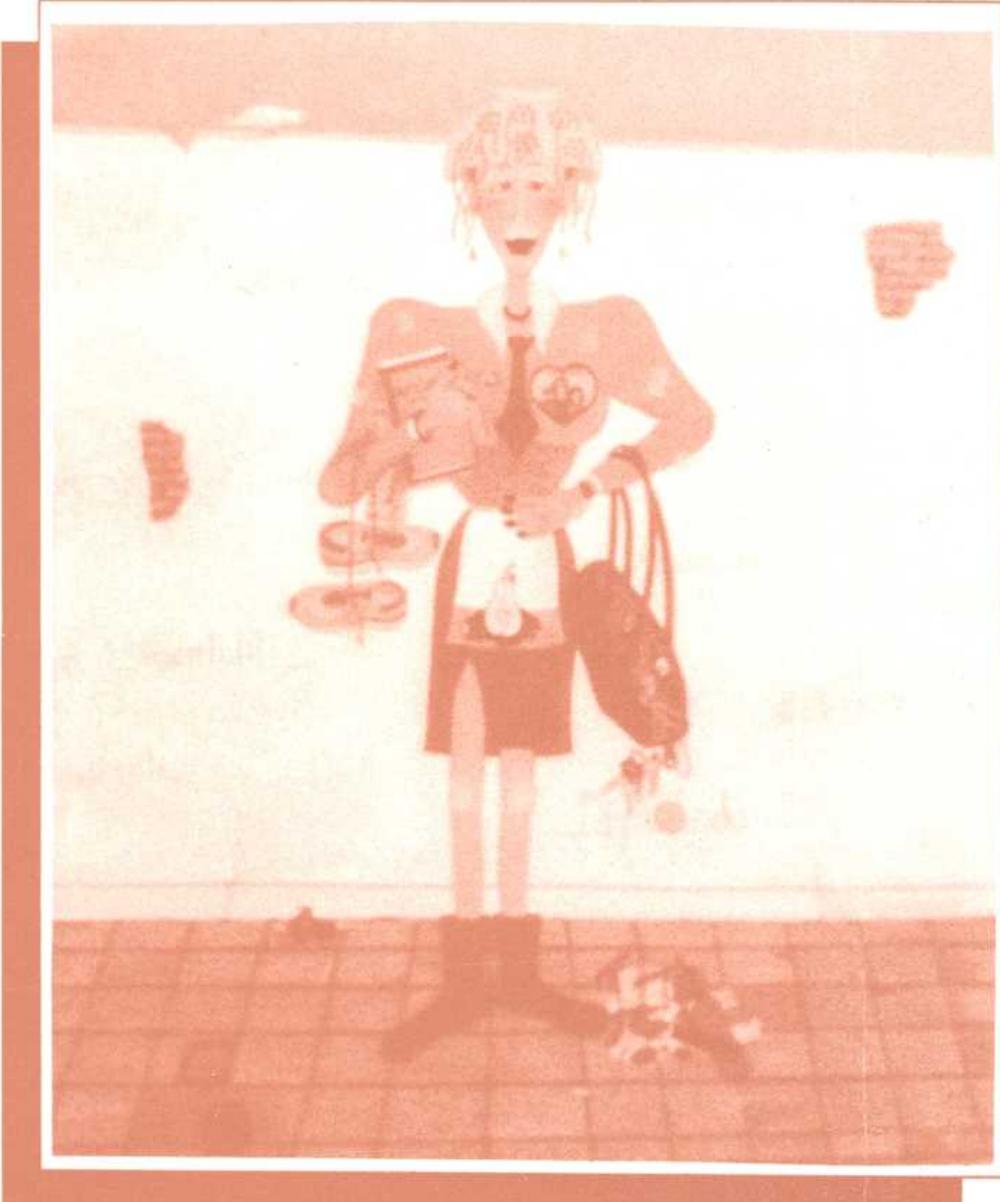
FEMINARIA LITERARIA

Ensayo:

- Jane Tompkins:** Pero "¿es bueno?": la institucionalización del valor literario
Silvia Jurovietzky: Cazadoras en el barro

Poesía y prosa:

- Charo Núñez:** Pequeña muestra de la literatura peruana actual escrita por mujeres



Año VII, N° 12
Buenos Aires, mayo de 1994

μνήμονος / tejepalabras
Safo

Hongos hobbesianos, setas venenosas*

Celia Amorós**

Tuvimos ocasión de exponer no hace mucho¹ la concepción de la política como un espacio iniciático y las implicaciones que esta poderosa simbólica tiene con respecto al carácter particularmente problemático del acceso a ella de las mujeres, así como en relación con las eventuales transformaciones que en ese espacio pudiera introducir la presencia femenina. Permitasenos precisar ante todo qué queremos decir al referirnos a la política como a un espacio iniciático: en un sentido obvio y cotidiano, que se presenta y se autorrepresenta como un cometido cuyo desempeño cabal requiere especiales méritos, competencias y pericias que no están al alcance de cualquiera. En la democracia representativa, si se considera al menos que es asunto de cualquiera –hasta de las mujeres, tras las duras luchas por conseguir el derecho al voto– la elección que va a legitimar en el ejercicio del poder a esos “iniciados”. Y que los electores delegan en ellos por un período establecido un poder que, en realidad, sólo tienen en un sentido meramente abstracto y contrafáctico: en la medida en que ellos mismos estuvieran organizados en grupos ejercerían (recordemos que Foucault insistía en que el poder no es algo que se tiene, sino que se ejerce) ese poder y no lo delegarían. Dicho de otro modo: no se transfiere el poder, sino la impotencia. Como lo afirmaba Sartre, el poder lo es siempre de grupos (ora en fusión: grupos en acción directa o asamblearios; juramentados, o reflexivamente estabilizados a través de diversas formas posibles de formalización práctica de pactos por objetivos comunes que no se agotan en lo puntualmente inmediato; o bien institucionalizados, en los que la praxis juramentada se coagula en figuras que diseñan como en punteado los límites de interpretación a que ha de atenerse el desempeño de las prácticas individuales de los miembros del grupo). Carece de poder la serie o disposición atomizada de los individuos cuyas prácticas, al ser alteradas de forma giratoria y recurrente por extero-condicionamiento –cada cual obedece no tanto porque quiera hacerlo como porque no está seguro de que su vecino, a quien le ocurre lo mismo, no quiera obedecer– son centros de fuga para la eficacia de las demás, y en su conjunto no pueden producir sino efectos seudosintéticos.

Pues bien; de estas consideraciones se deriva, en primer lugar, que el espacio de lo iniciático no es un espacio serial en el sentido sartreano que acabamos de poner de manifiesto, sino estructurado en grupos; los iniciados son siempre grupos de iniciados. Y los no iniciados abdicarán en ellos precisamente en la medida en que no lo son. Y, al estar dispersos, no tienen más remedio que hacerlo. Desde este punto de vista, parecería lógico que la ampliación y profundización de la democracia y el carácter iniciático de la política se encontraran en una relación inversamente proporcional. Veamos hasta qué punto ello es así.

En el caso límite de un demócrata radical, como Jean Jacques Rousseau, se critica el principio de representatividad como incompatible con una idea de la ciudadanía entendida como un ejercicio *full time*, no como un título honorífico que pudiera dejarse en depósito. Y ejercicio permanente implica –a la vez que es su condición– la actualización permanente de la virtualidad sintética –asimismo permanente– que tendría la asociación pactada de las voluntades cívicas precisamente en tanto que tales, es decir, en tanto que enderezadas hacia lo común, hacia lo público. El ejercicio de los derechos de soberanía conlleva de ese modo la reunión: pueblo soberano en ejercicio (lo que viene a ser una redundancia para Rousseau) y pueblo reunido vienen a ser todo uno. La reunión produce soberanía si y sólo si la soberanía produce reunión. La reunión es así *potentia* en tanto que potenciación ontológica de la presencia activa de todos por cada cual y de cada cual por todos.

Así, no nos puede extrañar, si ahora enfocamos la cuestión desde el punto de vista de los géneros –es decir, de la interpretación cultural de los sexos, por si alguien todavía desconoce este término inocentemente iniciático del discurso feminista– que el genérico que se reúne tenga el poder y aquél cuyos miembros no se reúnen no lo tenga. Ya lo decía Parménides: “lo ente se reúne con lo ente” y “no se interrumpirá [su] cohesión”. La reunión produce efectos sintéticos entitativos: la plaza pública, la compacta esfera bien redonda, la contundente plenitud. Y lo entitativo tiende a reunirse con lo entitativo para reconocerse en él como tal, es decir, para conocerse en la confirmación –re-conocimiento– de que se es *como*, es decir, igual que el otro. “Para ser conmigo has ser como yo”, reza la homofilia del poder. Y esta homofilia produce tanto lo que llamaría Luce Irigaray “la obligada participación en los atributos del tipo”, la ordenación en rangos según la semejanza, como el tipo mismo, efecto virtual de proyección en un supremo analogante de la tensión

* Este artículo apareció en *Mientras Tanto* N° 48, de Barcelona.

**Celia Amorós es doctora en Filosofía y profesora de Historia de la Filosofía de la U.N.E.D.

homologante reguladora de todo el conjunto <-lo que Amparo Moreno llama, a otros efectos, “el arquetipo viril”-.

Ahora bien, ¿quiénes son los que se reúnen, los que configuran por tanto el espacio de lo público, de lo común, de lo que sólo es tuyo en tanto que mío y mío en tanto que tuyo? O, como el propio Rousseau lo dice ¿quiénes constituyen la voluntad general? Todos los varones y sólo los varones. Un espacio amplio, desde luego. Parece, pues, de entrada un poco chocante que le llamemos espacio iniciático. Total, sólo Sofía se queda fuera –es decir, dentro, en la privacidad de su hogar doméstico-. Sofía quiere decir todas las Sofías, claro, como “las marujas”. Pero el que se queden todas ellas separadas del ámbito público no quiere decir que se queden juntas, reunidas entre sí: cada una en su casa. Sólo se relacionarán tangencial y esporádicamente: por contigüidad con la vecina, por coincidencia en el mercado. La respuesta a la pregunta acerca del porqué del dominio masculino desde los orígenes de las sociedades humanas conocidas y prácticamente sin excepción tiene en este nivel una respuesta obvia que es como el huevo de Colón: los varones siempre parecen haber formado grupos –más o menos estables y formalizados: eso sería otra cuestión- y las mujeres agregados seriales. De ese modo, una mujer es referente para otra mujer en medida menor en que lo es el varón hegemónico de su medio familiar (incluso su propia madre es un referente ambivalente en cuanto que lo descubre como defectivo; volveremos sobre ello). Mientras que para los varones existen en todas las sociedades conocidas un conjunto de dispositivos prácticos, simbólicos y rituales destinados a operar su desmarque y separación del mundo femenino en que han estado inmersos en su primera infancia para hacerlos ingresar en otro, el verdaderamente importante, donde se le impondrá el troquelado de varón como y con los otros varones –los de su misma promoción iniciática-. Para lo cual habrá de morir simbólicamente a la vida natural –renegar de haber nacido de mujer- para re-nacer a una nueva vida, la verdaderamente digna de ser vivida por un hombre, que le será infundida por un varón –su maestro iniciático- en el parto simbólico que le legitimará para

ser inscrito en otro cuerpo, el cuerpo político, espacio engendrado en el movimiento mismo por el que los varones se arrancan de sus vínculos naturales a la vez que se traman a sí mismos como la red de pactos que constituye la textura misma de ese nuevo *corpus*. Hemos visto, pues, que lo iniciático se relaciona con el grupo (más concretamente, con el grupo juramentado en el sentido que vamos a precisar, como emergencia *versus* la serie al modo como la caracteriza Sartre en su “teoría de los conjuntos prácticos” en la *Critica de la razón dialéctica*) en tanto que se constituiría por desnaturalización, por re-negación de los orígenes naturales para instituir la representación de un nuevo comienzo. “Este comienzo, al volverse para cada cual naturaleza imperativa (por su índole de permanencia insuperable en el porvenir) remite, pues, el re-conocimiento a la afirmación recíproca de estas dos características comunes: somos los mismos porque hemos surgido del barro en la misma fecha, el uno por el otro a través de todos los demás; luego somos, si se quiere, una especie singular, aparecida por mutación brusca en determinado momento; ahora bien, nuestra naturaleza específica nos une en tanto que es libertad. Dicho de otro modo, nuestro *ser común* no es en cada cual naturaleza idéntica; es, por el contrario, la reciprocidad mediada de nuestros condicionamientos: al acercarme a un tercero, yo no reconozco mi esencia inerte en tanto que ésta se pondría de manifiesto en otro ejemplar, sino que reconozco al cómplice necesario del acto que nos arranca de la gleba”.²

Sartre, por supuesto, no es consciente del “subtexto generizado” –tomo la expresión que usa Nancy Fraser para referirse al destenido que los campos semánticos relacionados con “lo femenino” y “lo masculino” dejan en contraposiciones categoriales significativas tal como funcionan en los discursos filosóficos– que opera en su “teoría de los conjuntos prácticos”, y en su descripción formal del mito iniciático del “nuevo nacimiento” como el mito fundacional legitimador de todo nuevo grupojuramentado se refiere a la vivencia emancipatoria que experimenta una fraternidad emergente de potenciar las libertades por el juramento vinculante en tanto que éste las rescata de la recaída en la viscosidad serial –situación que tiene claras resonancias de estado de

Mientras Tanto Nº 48:

CARTA DE LA REDACCION: Pórtico para un número violeta de *mientras tanto* / NOTAS EDITORIALES: Llegamos tarde; La izquierda y la crisis del comunismo; Más allá de la igualación subalterna / **Construirnos como sujeto, constituirnos en medida del mundo**, *Giulia Adinolfi* / **Reflexiones sobre el movimiento feminista de los años 80-90**, *Montserrat Cervera, María Morón, Carmela Pérez, M. Jesús Pinto, El Safareig* / **Diferencia sexual y representación**, *Claudia Mancina* / **Hongos hobbesianos, setas venenosas**, *Celia Amorós* / **Liberación del consumo, o politización de la vida cotidiana**, *María Mies* / **¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad?**, *Verena Stolcke* / **La globalización de la economía y el trabajo de las mujeres**, *Lourdes Benítez* / **Mirada prohibida, sonido segado**, *Assia Djebbar* / **Apuntes sobre la historia de las mujeres**, *Giulia Adinolfi* / DOCUMENTOS: Intervención de Vandana Shiva en la IV Feria del Libro Feminista; Alternativas de sociedad como respuesta a la crisis ecológica / POESIA PRACTICABLE: Teresa Agustín / CORREO DE LOS LECTORES / EL EXTREMISTA DISCRETO: Si eres vasco, nunca dejes atún fresco en el coche.

Distribuye: Les Punxes - Distribuidora, S.L.
Francesc d'Aranda, 75-81
Teléfonos (93) 300 91 62 y 300 93 51
08018 Barcelona

naturaleza caracterizado como anti-praxis, *versus* el grupo como construcción connotada explícitamente como cultura-. Sin embargo, desde el punto de vista de la antropología puede afirmarse con toda plausibilidad –así como a la hora de adjudicar a esta descripción formal el referente paradigmático y más comprensivo– que la fratría original y primera, lógico-praxeológicamente hablando– y con un correlato cronológico verosímil– es la constitutiva del conjunto de los varones como grupo frente a la estructuración serializante de las mujeres. Sin duda, la llamada división sexual del trabajo, al adjudicar a los varones tareas como la guerra y la caza mayor, que les separaban por períodos largos del poblado, propició la constitución de estas organizaciones de los varones como grupos juramentados que reforzaban su superioridad mediante martingalas y secretos (me remito a conocidas descripciones de Malinowski, de Lévi-Strauss, Godelier y muchos otros a las “casas de los hombres” como lugares iniciáticos inaccesibles a las mujeres). Por su parte, Nicole Loraux ha analizado el mito de autoctonía como la carta fundacional de la ciudad de Atenas³ en términos de mito iniciático: Erictonio, el primer hombre, nace del semen que, derramado por Hefaistos en su deseo de Atenea, fecunda a la Tierra; pero se trata de una Tierra con unas valencias semánticas simétricas e inversas a las del mito hesiódico de Pandora –madre de “la raza maldita de femeninas mujeres”–, que asume las de la madre patria (“*patris*, tierra de los padres, y en tanto que tal, afirma Loraux, está claramente delimitada por las fronteras del Atica”).⁴ De este modo, como lo afirma Inmaculada Cubero,⁵ en el mito de autoctonía “el hombre al nacer de la Tierra afianza su ciudadanía para lo cual se opone a un ser creado, Pandora”, de manera que Gea, connotada en el mito de Erictonio como madre cívica –desmarcándose de Pandora como mero lugar de réplica en la generación de los varones– se decanta en este contexto simbólico del lado de la ciudadanía. Atenea, siempre virgen, cuidará de Erictonio, comportándose más bien como madrina iniciática que como madre natural.⁶

Los hermanos, pues, en cuanto miembros de la fratría, no lo son por su condición de descender de una madre natural común, sino por el pacto –pacto “de sangre”, se dirá, pero en cuanto pacto iniciático, marca sellada, inscripción– que ha hecho posible su arrancamiento de “lo natural” como el lugar ambivalente de la omnipotencia (reino de la madre todopoderosa previo a la contrastación de su verdadero poder social, dominio de “lo práctico-inerte” en la jerga sartreana como materia trabajada por los hombres que desarrolla sus propias contrafinalidades con respecto a la praxis humana) y de la impotencia –la libertad se aliena frente al imperio de la necesidad como el niño depende de los cuidados maternos–. O, dicho de otro modo, la fratría “no nace, se hace”, parafraseando a Simone de Beauvoir. Es más: se hace contra el nacimiento natural. La político como ámbito del pacto –del forcejeo de la co-potencia de las fuerzas socialmente relevantes– no será concebida así como cosa de niños –ya Aristóteles advirtió que no era propia de los jóvenes– ni de mujeres. La fratría prescinde de ellas –excepto como figuras emblemáticas que no son sino el

referente simbólico del pacto mismo, su proyección en una materia sellada, lo pactado–. “Somos hermanos en tanto que después del acto creador del juramento somos nuestros propios hijos, nuestra invención común”.⁷ Es decir, no tanto porque hayamos matado al Padre para apropiarnos de sus mujeres según el esquema de Freud como porque hemos renegado de la madre para constituirnos en nuestros propios padres.

Carole Pateman, en *The Sexual Contract*⁸ ha caracterizado el patriarcado moderno tal como se pone de manifiesto en los presupuestos de los teóricos del contrato social como la adjudicación a los varones –autoadjudicación– de la capacidad de generar vida política mediante el poder alumbrador del pacto del ámbito de lo público –*versus* la capacidad de las mujeres de producir vida natural en el espacio privado, en cuanto acotado previamente por un contrato sexual que no es sino *pastum subjectionis*, y que, precisamente por estar en ese espacio “privado”, como lo señalara la malograda antropóloga M.Z. Rosaldo, “no se ve”, o si se quiere, se invisibiliza–. No es de extrañar, en estas condiciones, la recurrencia de aspectos significativos del mito de autoctonía como mito fundacional de la ciudad de Atenas. Sheila Benhabib ha visto con perspicacia que “el contenido diverso de la metáfora [del estado de naturaleza] es menos significativo que su mensaje simple y profundo: en el principio el hombre estaba solo. Vuelve a ser Hobbes quien da a este pensamiento su más clara formulación. Consideremos que los hombres... surgieran ahora de la tierra, y de repente, como los hongos, llegaran a su madurez plena, sin ningún tipo de compromiso mutuo”. Esta visión de los hombres como hongos es una descripción última de la autonomía. La hembra, la madre de la que todo individuo ha nacido, ahora es sustituida por la tierra. La negación de haber nacido de mujer libera al ego masculino del vínculo de dependencia más natural y más básico. En su lugar, la fraternidad, entendida como libertad o autonomía juramentada, privilegiará la relación de hermandad entre los varones como el lazo constitutivo mismo de una virilidad que ha irracionalesizado el vínculo genealógico como la base legitimadora del poder político –y patriarcal, en última instancia–. “Habiendo sido arrojados de su universo narcisista a un mundo de inseguridad por sus hermanos biológicos, estos individuos tienen que restablecer la autoridad del padre a imagen de la ley”. Justamente, añadiría por mi parte, el juramento cívico cumplirá esa función de interiorizar la constricción de unas libertades que se prohíben a sí mismas ser traidoras al pacto, vivido como la condición misma de posibilidad de la libertad *versus* las antiguas servidumbres si y sólo si se mantiene como libertad juramentada, es decir, como fraternidad cuya otra cara, como lo ha mostrado Sartre, es el terror. “Los primeros individuos burgueses no sólo no tienen madre, sino que tampoco tienen padre; en su lugar, se afanan por reconstruir el padre a su auto-imagen. [...] Este imaginario de los principios de la teoría política y moral ha tenido un asombroso arraigo en la conciencia moderna. Desde Freud hasta Piaget, la relación con el hermano es considerada como la experiencia humanizadora que nos enseña a convertirnos en adultos responsables y sociales”.⁹ Benhabib contempla un mundo así articulado con el extrañamiento

de la mirada crítica feminista: "es un mundo extraño; un mundo en el que los chicos se hacen hombres antes de haber sido niños; un mundo en el que no existe la madre, ni la hermana, ni la esposa". Un mundo sin mujeres, *et pour causa*, como nos interesaba poner de manifiesto a través de estas consideraciones.

¿Lo político se ha constituido como iniciático por haber querido excluir a las mujeres o las ha excluido por la forma misma en que se ha constituido como iniciático? Sea cual fuere la respuesta en última instancia, lo cierto es que la situación se retroalimenta. No bastan –con ser absolutamente necesarias– las acciones positivas; numerosos estudios muestran que la política institucional sigue siendo oblicua a la cultura política de las mujeres, pese a su incorporación al mercado laboral y a los estudios superiores.¹⁰ Rossana Rossanda expresó su esperanza de que el feminismo hiciera la crítica de la política convencional: no la defraudemos.¹¹ Pero no esperemos cambiarla sin entrar en ella: el paso de "la minoría exigua" a "la minoría consistente", en expresión de Mayte Gallego, es condición *sine qua non* para que pueda apreciarse cualquier cambio mínimamente significativo en la política.¹² El precio será, inevitablemente, una cierta dosis de des-identificación de las propias mujeres con respecto a su "sub-cultura femenina", sea cual fuere el juicio de valor que ésta nos merezca. Me temo que no hay opción en este ámbito; los oprimidos y los marginados no se han podido nunca permitir en serio cambiar las reglas del juego. El círculo "la política es iniciática porque están ausentes de ella las mujeres –las mujeres no entran en ella porque es iniciática–" sólo podría romperse en la medida en que las propias mujeres fueran capaces de constituir grupos iniciáticos entre ellas, grupos conscientemente juramentados –no es casual que en la Revolución francesa se excluyera por fin a las mujeres del "juramento cívico"–, redes de pactos entre mujeres. Pero no basados en no se qué mística de la sororidad biológica –como proyección en el genérico femenino–, a modo de unidad ontológica, del esfuerzo práctico de unificación de las hermanas iniciáticas, de las que cometen el "matricidio simbólico" –como diría Emilce Dío Bleichmar– por desmarcarse de lo que en otra parte he llamado el espacio femenino como "espacio de las idénticas".¹³ Si la virilidad es ante todo un juramento, algo así como un protopacto de todo pacto –los pactos patriarcales son interclasistas, como tan claramente lo puso de manifiesto Heidi Hartmann¹⁴ y en ello consiste en última instancia su poder sobre las mujeres, habría que conseguir que la feminidad lo fuera. Lo que no deja de ser paradójico, pues, en la medida en que "lo femenino" ha sido siempre lo pactado, no podría convertirse, sin des-identificación, en sujeto de pactos. Dicho de otro modo, la igualdad con los varones en el espacio de la política implica para las mujeres la sororidad –como constructo juramentado–, en la medida misma en que esta sororidad implica el homologarse con los varones –ya que sólo accede al poder el grupo juramentado–.

En realidad, el feminismo sólo puede operativizar su célebre lema "lo personal es político" a través de la consigna "pactos entre mujeres", pues no se politiza lo que se quiere, sino lo que se puede: no es una cuestión puramente voluntarista de aplicar una nueva definición

estipulativa para ampliar y redefinir el ámbito de lo político –por más pertinente que sea, como en este caso, la redefinición estipulativa propuesta-. Para que los problemas que se consideraban –por convención y no por naturaleza– como privados acceden al mundo de lo público, es decir, se hagan visibles y se reconozcan como problemas comunes de un colectivo relevante, tal colectivo ha de des-serializarse, salir de su atomización en los espacios privados, organizarse, juramentarse de forma estable y liberarse de "la tiranía de la falta de estructuras". Claro que entonces se corre el riesgo de que el meridiano que separaba lo privado de lo público se desplace al ámbito mismo de lo político acotando ghettos "femócratas" especializados en asuntos de mujeres, políticas asistenciales, etc., *versus* la política en sentido fuerte que seguiría siendo coto reservado a los varones.

Es imposible analizar en este breve espacio la experiencia australiana y la de los países nórdicos desde este punto de vista: ¿hasta qué punto esa modalidad de estado asistencial se "feminiza" por ser abanizada por los varones, o es abandonada por éstos en la medida en que se "feminiza"?¹⁵ Sea como fuere, el replanteamiento de la dicotomía jerarquizada de género en el espacio político es sintomática de que su disolución sólo tiene sus condiciones de posibilidad en otro nivel. Como lo ha señalado J. Balbus¹⁶ asumiendo teorías psicoanalíticas feministas (Chodorow, Dinnerstein, Hays, Flax, entre otras), el monopolio de la madre en la crianza de los hijos determina que la orientación de la personalidad del hijo varón se forme reactivamente –y con ambivalencia– contra el mundo femenino representado por la madre como primer objeto dispensador tanto de gratificación como de frustración. Es decir, la personalidad del varón se troquela de forma iniciática en el sentido en que lo hemos venido precisando, como renegación de haber nacido de mujer y de los vínculos naturales. Sólo la paternidad compartida, al canalizar equitativamente hacia ambos géneros el amor y la hostilidad del niño evitaría la misoginia y la dominación patriarcal, percibida como deseable sustitutivo de la –paranoica– percepción infantil del poder de la madre. (Aunque cabe preguntarse hasta qué punto la separación del niño de su madre no es a su vez consecuencia del duro contraste entre la percepción de la misma como "todopoderosa" en la relación inmediata con él y el descubrimiento posterior de su escaso poder social.) Habría que universalizar entonces la ética del cuidado como condición para universalizar la ética de la justicia. No ya como condición de posibilidad práctica del reparto equitativo de poderes (lo que no es poco: tiempo disponible, doble jornada, etc.), sino como condición simbólico-estructural de una política no iniciática. Pero la ética del cuidado *hay que predicarla a los varones*: aun su predicación neutra haría que el agua fuera a parar a su bache geológico, que está ya predisposto y preparado para recibirla desde siglos.

Sólo una política no iniciática puede ser radicalmente democrática e igualitaria, transparente y no esotérica. La política de los cofrades masculinos está llena de extraños misterios: se alumbra en la luz pública lo que se gesta en la oscuridad, en otra parte... Y sale siempre Minerva toda armada... Tan sólo las radicales aspira-

ciones feministas de igualdad podrán lograr la desmitificación y la verdadera racionalización de la política.

Notas

¹ C. Amorós, "El nuevo aspecto de la polis", en *La Balsa de la Medusa*, N° 19-20, especial Frankfurt 1991.

² J.P. Sartre, *CDR*, t. I, París, Gallimard, 1985, p. 535.

³ Cfr. N. Loraux, *Les enfants d'Athéna. Idées athénienes sur la citoyanneté et la division des sexes*, París, Maspero, 1981.

⁴ I. Cubero, "Poder sexual o control de la reproducción entre el mitos y el logos". Ed. de la Universidad Complutense de Madrid, p. 761.

⁵ Cfr. N. Loraux, "¿Qué es una diosa?", en *Historia de las mujeres*, Madrid, Taurus, 1991.

⁶ Sobre la figura de la madre cívica en relación con los pactos patriarcales, cfr. C. Amorós, "Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales", en *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1990.

⁷ J.P. Sartre, *CRD*, cit., p. 535.

⁸ Stanford University Press, Stanford, California, 1988.

⁹ Cfr. Sheila Benhabib, "El otro generalizado y el otro concreto", en S. Benhabib y D. Cornell, comps. *Teoría feminista y teoría crítica*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 131-134.

¹⁰ C. Martínez Ten, "La participación política de la mujer de España", en J. Astellarra, comp. *Participación política de las mujeres*, Madrid, CSIC, 1990.

¹¹ R. Rossanda, *Las otras*, Barcelona, Gedisa, 1982.

¹² M. Gallego, "De la minoría exigua a la minoría consistente", en *Por una política feminista*, Madrid, Forum de Política Feminista, 1991.

¹³ C. Amorós, "Espacio de los iguales, espacio de las idénticas", en *Arbor*, nov.-dic. 1987.

¹⁴ H. Hartmann, "El desdichado matrimonio de marxismo y feminismo", en *Zona Abierta*, 24 (marzo-abril, 1980).

¹⁵ Cfr. J.M. Hernes, *El poder de las mujeres y el Estado del Bienestar*, Madrid, Vindicación Feminista, 1990.

¹⁶ J. Balbus, "Foucault y el poder del discurso feminista", en *Teoría feminista y teoría crítica*, cit.

Libros de Autoras para Lectores y Lectoras

LO NUEVO

El trompo. Nora Freidin. La primera novela de una psicóloga que cuenta la vida de una "buena chica judía" en medio de una familia de locos.

Fábula de la virgen y el bombero. Angélica Gorodischer. La novela más importante del año: la brillante escritora rosarina cuenta varias historias entrelazadas de amor, policías, burdeles y corrupción en el marco de la Rosario prosibularia de los años 20.

Por la vereda tropical (Notas sobre la cuentística de Luis Rafael Sánchez) Carmen Vázquez Arce. Una aproximación a la prosa chispeante y rítmica del autor de *La guaracha del Macho Camacho*.

Historia y ficción: el caso Francisco. Danusia L. Meson. Un estudio de antropología literaria a propósito de una novela antiesclavista del siglo XIX en Cuba.

LO RECIENTE

El silencio erótico de la mujer casada. Dalma Heyn

El ejercicio del saber y la diferencia de los sexos. Genèvieve Braisse, Françoise Balibar, Alain Badiou, Michel Tort y otros. Prólogo: Marta Rosenberg

Procreación en la Argentina. Susana Torrado

LO QUE VIENE

Erotópolis (Erotic rocks). Viviana Lysyj

Los efectos personales. Cristina Siscar

Marguerite Duras. Christiane Blot-Labarrére

Amo a ti. Luce Irigaray

R.D. Laing y yo: lecciones de amor. Roberta Russell con R.D. Laing.

El amor último. Marie de Hennezel y Johanne de Montigny

Ediciones de la Flor

Anchoris 27
1280 Buenos Aires
Tel. 304-5529
Fax: 805-3849



La crítica poscolonial*

Gayatri Chakravorty Spivak**

En 1987, Gayatri Spivak fue profesora visitante en el Centro de Estudios Históricos de la Universidad Jawaharlal Nehru en Nueva Delhi, donde ofreció un curso titulado «Textos y contextos, teorías de interpretación», que estudiaba las teorías posestructuralistas recientes de los últimos años en Europa, sobre todo las de Derrida, Foucault, Lyotard, Baudrillard, Habermas y Lacan. También dio varias conferencias en centros de la Universidad de Delhi. Rashmi Bhatnagar, Lola Chatterjee y Rajeshwari Sunder Rajan centraron su entrevista en cuatro áreas amplias: la situación de la intelectualidad poscolonial, la teoría del primer mundo, el movimiento de las mujeres y el estudio de la literatura inglesa. Publicada por primera vez en *The Book Review*, Vol. 11, Nº 3, 1987.

Hay varias cuestiones que surgen de la forma en que usted se percibe a sí misma (*La hindú poscolonial de la diáspora que busca descolonizar su mente*) y la forma en que nos constituye a nosotros (por conveniencia, intelectuales «nativos»): (a) Su deseo de hacer visible las estructuras históricas e institucionales desde las que usted habla explica su exploración de la condición de diáspora de una mujer académica hindú poscolonial que trabaja en los Estados Unidos. ¿Cuáles son las teorías o explicaciones, las narraciones de afiliación o desafiliación que trae usted a la función políticamente contaminada y ambivalente de una persona hindú no residente en la India (INR)¹ que vuelve a ella, aunque fuera temporariamente, sobre los vientos del progreso? (b) ¿Está usted privilegiando el exilio como punto ventajoso desde el cual tener una perspectiva más clara de la escena de la política cultural poscolonial? (c) ¿Diría usted que su práctica pedagógica aquí, en el aula, digamos en la Universidad Jawaharlal Nehru, expresa los términos de su compromiso con esa escena?

En primer lugar, su descripción de la forma en que yo los constituyo a ustedes no me parece muy correcta. ¡Y yo que creí que los constituía como intelectuales poscoloniales, como una persona hindú de la diáspora! En cuanto a cómo llegué a Delhi, fueron razones que no estaban suficientemente claras para mí entonces, razones que tienen mucho más que ver con una vida no examinada que con el exilio. Me gustaría decir que una persona exiliada es alguien que está obligado/-a a quedarse lejos..., en ese sentido, no soy exiliada. Tal vez, el espacio que ocupo pueda explicarse por mi historia.

*Esta entrevista fue recogida del libro *The Post-Colonial Critic. Interviews, Strategies, Dialogues. Gayatri Chakravorty Spivak*, comp. Sarah Harasym. New York & London, Routledge, 1990.

**Gayatri Chakravorty Spivak es profesora «Andrew W. Mellon» de literatura inglesa en la University of Pittsburgh. Es autora de *In Other Worlds*, publicado por Routledge.

Sarah Harasym es profesora de literatura inglesa en Trent University.

Es una posición en la que me ha colocado la escritura. No estoy privilegiándola, pero sí quiero usarla. No puedo construir totalmente una posición que sea diferente de aquélla en la que estoy en este momento. En cuanto a mi compromiso con la India, no creo que nadie pueda construir una compromiso a partir de un período como profesora visitante.... Y no estoy segura de estar más «políticamente contaminada» que usted.

(RB y RS) El sentido en el que usamos la idea de contaminación no fue el de sugerir un grado de pureza superior para nosotras. Tal vez la relación de distancia y proximidad entre usted y nosotras es que lo que nosotras escribimos y enseñamos tiene dimensión política y otras consecuencias reales para nosotras que son diferentes de las consecuencias o falta de consecuencias para usted. En ese contexto, ¿cómo se puede trabajar contra la esencia del espacio de cada una?

Nadie puede articular el espacio que habita. Mi intención fue describir ese espacio relativamente imposible de comprender en términos de lo que tal vez sea su historia. Siempre me pone incómoda que me pidan que hable por mi espacio, es lo que me parece más problemático y algo que una realmente aprende sólo de otras personas. Por lo tanto, estaba más interesada en su noción de la «libertad» que involucra ser un HNR. Una nunca termina de entender esa «libertad». También es difícil para mí afirmar que estoy trabajando en contra de la esencia. En mi segunda conferencia en la Universidad JN, especificué mi posición porque me lo pidieron y desde entonces he estado tratando de justificarla un poco más de lo que esperaba.

(RB) Me acuerdo que en el ensayo «Feminismo francés en un marco internacional»,² usted reclamó para sí sólo las negociaciones que son operativas para una «académica feminista», y en ese entonces, para usted, la definición crucial surgía sobre todo del lugar de trabajo.

Me llamo a mí misma académica feminista para que el reclamo que hago con esa definición sea mínimo. Si una tiene que definirse irreductiblemente, tiene que ser en términos mínimos. El mío ha sido un pequeño esfuerzo para tratar de entender esos problemas y el esfuerzo ha recibido la influencia del lugar que ocupo en la universidad.

En realidad, estoy aquí porque quiero aprender un poco más sobre la forma en que se fabrican los objetos de investigación histórica cuando no hay suficiente evidencia y las consecuencias que tiene eso para las explicaciones culturales. Como soy hindú por nacimiento y nacionalidad, creo que ese campo de investigación y los términos en que se lo investiga se articulan en un lugar desde el cual puedo hablarle a los demás.

Nunca viajé a ninguna parte sin un trabajo porque esa parece ser una forma de descubrir cuáles son los problemas posibles con el espacio de uno, y de involucrarse en el lugar que una visita.

Es mi convicción que ustedes probablemente entiendan las complejidades de mi espacio como intelectual hindú de la diáspora mejor que yo misma. Eso también es parte de la instrucción que espero recibir aquí.

(LC) El HNR está definido aquí sobre todo en términos económicos: la persona hindú que reside en el extranjero invierte dinero en la India porque eso le da ganancias.

Ese tipo de definición económica está más cerca de lo que realmente importa. No puedo decir que tengo dinero para invertir aquí porque no lo tengo y no encajo bien en la comunidad hindú del exterior. Me gusta pensar que el padre borracho de «My Beautiful Laundrette» ofrece un estereotipo que está más cerca del espacio que ocupo. Usa un lenguaje anticuado y «socialista» con acento colonial mientras los verdaderos HNRs están integrándose a la chicanerías del pequeño capital local.

En el proceso de investigar «el asunto de las colonias» con la teoría de la élite del Primer Mundo, usted dijo que usa la resistencia del asunto a la teoría como una forma de abrir la teoría. (a) Pero hay cierta inquietud aquí en cuanto a la contaminación ideológica que puede producir la teoría, a causa de los orígenes históricos específicos que la producen y por lo tanto, en cuanto a qué implica exactamente emplearla en nuestro propio contexto. ¿Defendería usted la dependencia intelectual poscolonial de modelos occidentales como necesidad histórica? (b) Esta pregunta es inevitable: ¿cuáles son las posibilidades de descubrir/promover una teoría indígena?

Yo no uso solamente teoría del Primer Mundo. Intervine, por ejemplo, en el debate sobre el uso del sánscrito (en mis conferencias sobre «Didi» y también «Santayini»³). Creo en que hay que usar lo que una tenga, y eso no tiene nada que ver con privilegiar teorías del Primer Mundo. ¿Qué es una teoría indígena?

(RB) Bueno, ésa era la pregunta. Digamos algo como el Gandhismo, aunque es un modelo altamente sintetizado...

No entiendo qué teoría indígena es posible que pueda ignorar la realidad de la historia del siglo XIX. En cuanto a las síntesis: las síntesis nos dan más problemas que respuestas. Para construir teorías indígenas tenemos que ignorar los últimos siglos de historia y de relaciones históricas. Yo prefiero usar lo que la historia ha escrito para mí.

No estoy interesada en defender la dependencia que pueda tener el intelectual colonial de los modelos occidentales: mi trabajo es dejar bien en claro la

situación de mi disciplina. Mi posición en general es de reacción. Las marxistas me consideran demasiado *** codic; las feministas, demasiado identificada con los hombres; las teóricas indígenas, demasiado comprometida con la teoría de Occidente. Eso me inquieta pero me gusta también. La capacidad de estar alerta que tiene una se hace más poderosa por la forma en que la perciben los demás pero eso no significa que una vaya a defenderse.

¿Por qué su teoría nivela el problema de la mujer vía homologaciones y analogías? ¿Por qué es necesario tener una serie de desplazamientos discontinuos del concepto, metáforas que provienen, digamos, tanto del texto de Marx como del de Mahasweta Devi, para dar un ejemplo? ¿Por qué en su trabajo hay una estructura por la que se posponen las cosas, la estructura que usted misma notó también en Derrida y Foucault? Eso fue lo que leímos y lo que aceptamos en sus narraciones cautas para una lectura de las feministas del Primer Mundo. ¿Qué nos dice ahora?

Me alegro muchísimo de que me den una idea de la forma en que perciben el problema de la mujer en la jerarquía de mi teoría. Creo que esa estructura (la que nos hace posponer las cosas) que ustedes notan se relaciona con lo que estuve diciendo en el aula. Yo considero que mi tarea es enseñar teoría posestructuralista.

Mi sensación es que la forma en que se dan las cosas en el feminismo es tal que incluso cuando trabajo con feministas y para ellas, trabajo inevitablemente desde arriba. Las percibo a ellas como mis juezas. Pero a pesar de que las acepto como tales y acepto sus juicios sobre mí, no puedo hacerlo hasta el punto de cambiarme por ellos. Cuando hablo de mi posición, realmente le hablo solamente a mujeres como ustedes que están, como yo, en la posición difícil del intelectual poscolonial. Eso es lo que creo.

Esa es una de las razones por las que siempre parece que estoy trabajando con una estructura que pospone. Creo que la lección más dura de aprender para mí —y no la aprendí todavía, una trata de hacerlo todos los días— es que la palabra «mujer» no es una palabra que tenga un referente literal, por lo menos no es fácil encontrar ese referente sin buscar con lupa. Y como ustedes mismas notan, lo que veo en la lupa no es particularmente lo que constituye el feminismo. En una situación como ésa, creo que una tiene que posponer indefinidamente al mismo tiempo que indica posibilidades de conexiones y prácticas. Y en situaciones académicas, tengo miedo de hablar demasiado rápido sobre mujeres —la subalterna de la tribu, la subproletariada urbana, la campesina sin organización— ante quienes no he aprendido a hacerme aceptable más que como una persona preocupada y benevolente que tiene la libertad de ir y venir a su antojo. Y ésa es una condición que ustedes comparten conmigo. Creo que ése es un problema mucho más difícil de resolver que el de la diferencia entre vivir en el extranjero o vivir en casa.

Y en cuanto a mis intervenciones teóricas..., no quiero ser ni confesional ni autobiográfica, pero todas



las conferencias que pronuncié como invitada aquí⁴ fueron sobre las mujeres (tal vez no sobre la mujer). Por ejemplo, traté de escribir sobre la soledad de las mujeres con marcas de género en el Stanadayini de Mahasweta Devi, sobre la forma inesperada y singular, separada, en que se ubica la otra mujer en su «Hunter», y ofrecí un examen de nuestra producción como lectoras emancipadas en mi discusión sobre el Didi de Tagore.

La psicobiografía reguladora para las mujeres de la India, según usted, es el suicidio sancionado.⁵ Pero la noción de psicobiografías alternativas —alternativas con respecto a la narración sobre la familia freudiana— es una idea poderosa y atractiva y no sólo académicamente hablando sino en la arena de la lucha de las autorrepresentaciones culturales de la mujer de la India. Pero, ¿no hay peligro en el hecho de que el suicidio sancionado sea la psicobiografía reguladora, peligro de que haya otras realidades y otros mitos que se pasen por alto de ese modo? ¿No hay peligro en que el suicidio sancionado se convierta en la llave maestra, y en que la sicobiografía reguladora sea presa de algún tipo de negatividad?

Cuando empecé a descubrir el argumento del suicidio sancionado lo que estaba tratando de hacer era encontrar una psicobiografía reguladora alternativa que estuviera presente fuera del psicoanálisis y también fuera del contrapsicoanálisis. Claro que el suicidio sancionado no es una llave maestra y por supuesto que puede convertirse en algo peligroso, pero para mí no fue más que un punto de diagnóstico.

¿Le gustaría decir algo sobre la utilidad pragmática y política de su trabajo reciente, el que gira alrededor del sujeto subalterno con marcas de género?

No entiendo del todo lo que significa eso de utilidad política pragmática directa; seguramente no está directamente relacionado con el aula. En Estados Unidos, alguna gente dice que su pedagogía es su política pero yo creo que eso es algo así como una coartada. A largo plazo, y lamento si todo eso parece una respuesta exagerada, me gustaría saber algo sobre la utilidad política de mi trabajo, sea la que fuere, y saberlo desde afuera, y desde un afuera que yo habito también. Si me preguntan directamente cuál puede ser la utilidad

político pragmática, creo que puedo decir muy poco ... tan poco como cualquier otra persona.

En cuanto a procedimientos críticos de lectura, usted recomendó negociar con las estructuras de la violencia en su conferencia «The Burden of English Studies in the Colonies». Eso produjo inmediatamente un nivel de aceptación y afirmación y un número de problemas que le presentamos a usted de una forma muy ingenua: ¿cómo se negocia desde una posición que algunas de nosotras, profesoras de inglés, vemos como un posición de impotencia política, irrelevancia cultural, distorsión ideológica, ya que el único poder que tenemos es el poder que nos habita, el poder del liberalismo hegemónico, educado a lo occidental? Además, ¿en nuestra noción de «negociación» hay algo de rarificado y demasiado sutil que emana a veces de las complejidades de su posición como intelectual de la diáspora y que estamos comprando a nuestra propia cuenta y riesgo ya que nuestras realidades sin duda necesitan connotaciones de intervención más fuerte y más formal? ¿Podría elaborar una teoría de la negociación frente a esa inquietud y ese interés?

Bueno, si hay algo rarificado y demasiado sutil, ustedes tienen que saberlo mejor que yo. Por lo que yo veo, para intervenir, hay que negociar. Si hay algo que aprendí en los 23 años de enseñanza que llevo, es que cuanto más vulnerable es la posición, tanto más importante es negociar. No estamos hablando de negociaciones discursivas o de negociaciones entre iguales, ni siquiera de una discusión colectiva. Me parece que si ustedes están en una posición en la que, como dicen ustedes, están dejándose constituir por el liberalismo occidental, tienen que negociar para ver qué rol positivo pueden jugar desde adentro de los límites del liberalismo occidental (que es un espacio muy amplio) para quebrarlo y abrirla. No estoy segura de lo que significaría una intervención formal en un caso así. Si lo que quieren decir es que tienen que hacer intervenciones en la estructura de la que ya son parte, me parece que ésa es la posición más negociada porque la intervención van a tener que hacerla en el mismo momento en que ustedes están habitando esas estructuras.

Como realmente no entiendo del todo lo que quieren

Editor's Note, *Sarah Harasym*

Interviews, Strategies and Dialogues. *Gayatri Chakravorty Spivak*

Criticism, Feminism, and the Institution, *con Elizabeth Grosz* / The Post-modern Condition: The End of Politics?, *con Geoffrey Hawthorn, Ron Aronson, y John Dunn* / Strategy, Identity, Writing, *con John Hutnyk, Scott McQuire, y Nikos Papastergiadis* / The Problem of Cultural Self-representation, *con Walter Adamson* / Questions of Multi-culturalism, *with Sneja Gunew* / The Post-colonial Critic, *con Rashmi Bhatnagar, Lola Chatterjee, y Rasjeshwari Sunder Rajan* / Postmarked Calcutta, India, *con Angela Ingram* / Practical Politics of the Open End, *con Sarah Harasym* / The Intervention Interview, *con Terry Threadgold y Frances Bartkowski* / Interview with Radical Philosophy, *con Peter Osborne y Johathan Ree* / Negotiating the Structures of Violence, *con Richard Dienst, Rosanne Kennedy, Joel Reed, Henry Schwarz y Rashmi Bhatnagar* / The New Historicism: Political Commitment and the Postmodern Critic, *con Harold Veeser*

decir con demasiado sutil, supongo que lo que quiero decir aquí con negociación es que una trata de cambiar algo que está obligada a habitar, ya que una no está funcionando desde el exterior. Para mantener la eficiencia, una también debe preservar esas estructuras, no cortarlas completamente. Y eso, por lo que sé, es una negociación. Una habita las estructuras de la violencia y la violación, definidas por ustedes aquí como el liberalismo occidental.

Y otra vez, no creo que la diferencia importante sea entre rarificación y demasiada sutilidad de un lado, y necesidad de intervenciones más fuertes del otro. Otra vez, creo que hay que examinar la agenda ético-política que crea tal diferenciación, como en la definición del propio yo de cada una.

Nota en sus preguntas una especie de advertencia que, si la expresamos sólo en su esencia, es: no nos hable, usted está en una posición diferente. Yo pensaría de nuevo, ya que éste es el tipo de coas en la que me gusta meditar, sobre qué imagen usa el otro para definirme antes de poder definirme yo misma. Tal vez quieran meditar y pensar en sus propios deseos en ese asunto.

(RS) *En lugar del solipsismo de la meditación, ¿es posible llegar al diálogo, al intercambio? Creo que el intento de nuestro lado ha sido siempre comunicarle algo de lo que sabemos sobre nuestras propias condiciones de trabajo.*

Ya que estábamos hablando de teoría de élite, déjenme decirlo, ése es el tipo de posición que articula Jurgen Habermas: una situación comunicacional neutral de diálogo libre. Bueno, pero esa situación no es una que se dé realmente, esa situación no existe. El deseo de neutralidad y diálogo, aunque no debe reprimirse, siempre debe marcar su propio fracaso. Para ver la forma en que se articula el deseo, una tiene que leer el texto en el que está expresado ese deseo. La idea de diálogo neutral es una idea que niega la historia, niega la estructura, niega la toma de posición de cada individuo. Yo, en cambio, intentaría ver si puedo investigar cómo se articula el pedido de diálogo articulado.

Cuando usted habla del «peso» de los Estudios Ingléses, reconocemos el doble peso sobre la profesora de literatura inglesa en el Tercer Mundo. Porque claro está que eso es su enclave, su lugar como extranjera y su privilegio, es la profesión «correcta» y el curso correcto de grado para mujeres hindúes. Así que hay muchos niveles simultáneos de perspectiva marcada por el género, esto mientras la profesora de inglés, mujer, negocia o espera negociar con la violencia epistémica que visita a sus estudiantes mujeres y a su propio yo en la familia, en el lugar de trabajo y en la calle. ¿Cómo se traduce eso en la práctica pedagógica? ¿Qué tipo de diálogo establecemos entre la enseñanza del inglés y el movimiento de las mujeres aquí, para que la realidad no quede fuera del aula?

Las dos áreas que usted menciona, la literatura inglesa y el movimiento de las mujeres, son discontinuas, aunque no les falta relación. Se arrastrarían a la crisis una a la otra. La enseñanza de la literatura inglesa, si una presta atención a su definición, tiene muy poco que ver con el movimiento de las mujeres, no sólo en la India, en cualquier otro lugar también. La

literatura ocupa una especie de lugar encantado dentro de la historia intelectual europea desde el siglo XVIII por lo menos. En términos de la enseñanza del inglés (no en términos del movimiento de las mujeres), creo que lo que yo estuve tratando de hacer a mi manera, humildemente, es mostrar cómo ellos, los que hacen la literatura inglesa, nos necesitan. Por ejemplo, el lugar del sacrificio de la viuda en *Jane Eyre* como metáfora no reconocida lleva a una lectura extremadamente extraña de la novela.⁶ Pero yo quería empujar hacia esa lectura extraña porque muestra cómo el siglo XIX inglés necesitaba los axiomas del imperialismo para construirse a sí mismo. Creo que eso es todo lo que podemos hacer con respecto a la pedagogía de la literatura inglesa.

Y también trato de examinar la posición del sujeto del intelectual colonial dentro de textos producidos en las colonias al mismo tiempo que los textos franceses o ingleses: así trato de enseñar *Kim* y *Gora* al mismo tiempo. No estoy apuntalando a ninguno, no hay diálogo entre los dos, y los dos están construidos a partir de situaciones de poder y construidos de diferente manera. Creo que éas son las dos cosas que puedo hacer en un aula de literatura inglesa con mi entrenamiento limitado: ver cómo los textos maestros nos necesitan para construir sus textos y no reconocen esa necesidad, y explorar las diferencias y similaridades entre textos que vienen de dos lados involucrados en el mismo problema al mismo tiempo. La conexión entre esto y el movimiento de la mujer es discontinua, aunque no inexistente como dije y cada área lleva a la otra a una crisis.

Traducción: **Márgara Averbach**

Notas

¹ INR significa Indio/-a no-residente (en la India).

² *Yale French Studies: Feminist Readings, French Texts/American Contexts*, N° 62, 1981.

³ «The Burden of English Studies in the Colonies: Tagore's Didi» (El peso de los Estudios Ingleses en las colonias), Conferencia en Memoria de V. Krishna que se llevó a cabo en Miranda House, Universidad de Delhi, en febrero de 1987. Y trabajo sobre el Stanadyini de Mahasweta Devi leído en un simposio sobre la construcción de las mujeres en el Departamento de Sociología, Universidad de Delhi, en febrero de 1987.

⁴ Ver nota 3. También la conferencia sobre «The Hunter» (El cazador/La cazadora) de Mahasweta Devi, pronunciada frente a la Asociación de Literatura Comparada, Universidad de Delhi, en marzo de 1987.

⁵ «Can the Subaltern Speak? Speculations on Widow Sacrifice» (¿Puede hablar la subalterna? Especulaciones sobre los sacrificios de las viudas), *Wedge* 7/8, Invierno, primavera de 1985.

⁶ «Three Women's Texts and a Critique of Imperialism» (Los textos de tres mujeres y una crítica al imperialismo) en *Critical Inquiry* 12, otoño, 1985.



Lógica, sexualidad y política*

Diana Maffia**

Desde su padre mítico, Aristóteles, en el siglo IV a.C. hasta sus vástagos del siglo XVIII se extiende la influencia de la lógica clásica sobre el pensamiento occidental. Como descripción del razonamiento, como prescripción de sus modos correctos, como propedéutica del pensamiento científico, teológico y filosófico, sólo quienes carecen de razón o abominan de ella podrían renunciar a la lógica. Y siendo distintivo de la naturaleza humana el ser racional, renunciar a la razón es retornar a la animalidad.

Los principios de la lógica son no sólo formales sino ontológicos, es decir que son afirmaciones metafísicas básicas sobre los primeros elementos de la realidad. *Identidad, no contradicción y tercero excluido* se pueden expresar de las dos maneras, pero en su formulación metafísica (que es la que nos interesa por pretender referirse a la estructura básica del mundo) dirán, respectivamente: *no contradicción*: “ningún objeto puede ser, al mismo tiempo, P y no P”, *tercero excluido*: “dado cualquier objeto, o bien es P o bien es no P y no hay una tercera posibilidad”.

La lógica es así porque el mundo es así, y nuestro pensamiento y nuestro lenguaje así lo expresan. Por cierto que estos presupuestos han cambiado con las formulaciones posteriores de la lógica, pero éstos son los que influyeron sobre el dogma religioso de la iglesia católica y sobre las formulaciones filosófico-políticas de la modernidad. La verdad de estos principios “descansa en la esencia de la verdad y la falsedad, en la esencia de la oposición contradictoria de los juicios y en la esencia del objeto, que se manifiesta en que todo objeto tiene que ser necesariamente P o no P” (Pfänder, *Lógica*, III, cap. 3).

A esta concepción la razón moderna le agrega una clasificación dicotómica de la realidad, cuya conceptualización se agota en pares antagónicos: naturaleza y cultura, público y privado, hechos y valores, objetividad y subjetividad, razón y emociones, mente y cuerpo.

* Este ensayo y los dos que siguen – de J. Cháneton y M. Nari- se presentaron en el panel “El feminismo” que se realizó en el Primer Congreso Internacional de Crítica Literaria Argentina y Latinoamericana, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1993.

**Diana Maffia: Prof. de Filosofía (UBA). Coordinadora del Foro Interdisciplinario de Estudios de Género. Co-compiladora de *Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina Actual* (1994).

También la sexualidad queda dividida en masculino y femenino, y en la naturalización de los pares anteriores se superpone sexualizándolos este nuevo par. Así queda del lado de lo masculino la cultura, lo público, los hechos, la objetividad, la razón y la mente; y del lado de lo femenino la naturaleza, lo privado, los valores, la subjetividad, la emoción y el cuerpo. Los pares se sostienen y justifican unos a otros. Lo público exige racionalidad, objetividad y universalidad, y es por eso que lo femenino quedará restringido al ámbito privado, donde la naturaleza y el cuerpo quedarán al servicio de la reproducción (y no de la producción) y la emocionalidad y subjetividad al servicio de la crianza. La sexualidad se centra en lo biológico, en la genitalidad, y así el par macho-hembra agota las posibilidades.

Como dice Monique Wittig (“No se nace mujer”), “cuando nombramos la diferencia sexual, la creamos; restringimos nuestro entendimiento de las partes sexuales relevantes a aquellas que ayudan en el proceso de reproducción, haciendo con ello de la heterosexualidad una necesidad ontológica”.

Este discurso, que puede parecer arcaico, subyace el debate actual sobre la sexualidad y se refuerza en argumentos más deterministas a medida que los movimientos de liberación la alejan del control social. El debate sobre un caso reciente de reclamo de tenencia de niños por parte de una transexual (que como muchos temas de la agenda feminista en nuestro país, entró por la página policial), los volvió a poner en circulación en los medios masivos. Un profesional que se definía a sí mismo como “psicólogo católico” la resumió así: a) la persona nace con un sexo de una vez para siempre. No es algo que se cambie a lo largo de la vida; b) se es mujer o no se es mujer; c) se pertenece a un sexo o no se pertenece a él, y no hay otras posibilidades.

La resonancia de los principios de la lógica es inmediata. Su aplicación con grado de necesidad a la “verdadera naturaleza” del sexo también. Sin embargo, esta reducción de la sexualidad a los datos biológicos no fue acompañada por la opinión pública, que encontraba en el espíritu maternal de la persona cuyo caso estamos recordando (y, junto a ello, en el abandono por parte de las madres biológicas) razones suficientes para la tenencia. “Es una buena madre” significaba aquí que poseía el atributo que nuestra cultura valora como esencial para la atribución de femineidad.

Por su parte, desde los movimientos feministas, gays y lesbianas se realizó un esfuerzo por difundir un concepto más amplio de la sexualidad, que permita la expresión de la diversidad, que la saque de su función

reproductiva y la considere un modo de conexión con el mundo y con nuestros semejantes. No es la primera vez que los movimientos feministas y gays se encuentran en trincheras comunes de resistencia, reclamo o reivindicaciones; y esto se debe a que hace tiempo que consideran los problemas relativos a la sexualidad (y sobre todo al *control* de ésta) como una cuestión de *poder*.

La ecuación entre sexualidad y poder, que a primera vista puede parecer arbitraria, permite dibujar una trama de nexos entre hechos aparentemente aislados, y así se transforma en una herramienta de análisis valiosa. Homosexualidad y aborto provocan reacciones hostiles porque son la evidencia de una situación que para las mentes conservadoras resulta intolerable: *el ejercicio de la sexualidad sin procreación*. Un ex-candidato a la presidencia de EE.UU. debió abandonar a mitad de carrera por una aventura extramatrimonial y el mismo presidente actual debió ser protegido de idéntica imputación por su esposa feminista: tener amantes es también una exhibición impudica de sexualidad no aplicada a la preservación de la especie. El mismo motivo genera resistencia a admitir la sexualidad de los niños y de los ancianos. Todo ejercicio de la sexualidad fuera de su “fin natural” se considera, desde esta óptica, *perverso*.

La admisión de la sexualidad como una conducta humana compleja, cuyo fin pueda excluir la reproducción (privilegiando así el placer, la comunicación, el contacto, la expresión) la transforma en una característica sumamente difícil de controlar. Para las mentes autoritarias, que buscan regimentar las vidas de los individuos y someterlos a fines externos a ellos, hasta puede resultar subversiva.

Por oposición, la sexualidad restringida a fines reproductivos señala roles claros entre los sexos (los varones producen y las mujeres reproducen), y un tipo definido de conformación familiar que facilita la preservación de determinadas estructuras económicas. Nada le va mejor a la propiedad privada que la familia nuclear monogámica y la heterosexualidad compulsiva. La preservación de la especie bajo ciertas garantías es la preservación del patrimonio.

Si todavía se sospecha que el nexo entre sexualidad y poder es ficticio, pensemos en hacer coherentes las políticas poblacionales que se declaman y las que se ejecutan (a veces bajo el aspecto de ayuda humanitaria) en los países del norte y del sur. Si esto suena conspiracionista, pensemos en cómo se aplicarán las investigaciones en reproducción asistida e ingeniería genética que, por lo pronto, en clínicas europeas permiten elegir el sexo del bebé (en lugares menos sofisticados, como la India o China, simplemente se lo mata si es de sexo femenino).

Ahora que el avance de los métodos anticonceptivos ha desligado a la sexualidad de los avatares de la reproducción, la ciencia se desvela en controlar la reproducción sin los avatares de la sexualidad. Algun día, se espera, la reproducción no será asunto de las mujeres sino asunto de la ciencia. Es más fácil imponer reglas de mercado a un laboratorio que a una dama. Las mujeres, está visto, no se resignan a que el Estado sea socio unas veces (cuando el hijo criado por ella debe ser enviado a una guerra para defender los intereses

del país) y no en otros (cuando ella necesita que el Estado se haga cargo del cuidado, la educación y la salud del hijo para poder desarrollar planes de vida propios).

Cuando las feministas impusieron el slogan “lo personal es político” querían reflejar dos hechos: que el confinamiento de las mujeres al ámbito doméstico y la imposición de tareas reproductivas tiene un sentido político y que las relaciones de poder y opresión del mundo público se reproducen en el hogar. Con esto intentaban borrar la frontera entre lo público y lo privado. Y lo más inquietante no era que analizaran políticamente su vida privada, sino que llevaran su intimidad al ámbito público y exigieran un espacio para ello.

Es difícil imaginar algo más personal y a la vez más político que la sexualidad. Cuando se defienden los derechos de los homosexuales, se alude muchas veces a los “derechos privadísimos” y al artículo 14 de la Constitución. El disfrute de la sexualidad es un derecho humano entre otros derechos básicos al desarrollo de la personalidad, cuyo ejercicio debe ser garantizado públicamente (y cuyas restricciones son ni más ni menos que las de todo derecho). En el caso de las mujeres, ello significa educación sexual para una maternidad elegida, anticonceptivos para no abortar, aborto libre para no morir (en nuestro país, por desinformación y falta de recursos, el aborto es usado como anticonceptivo; es la principal causa de muerte materna, y el 100% de las mujeres que mueren son de clase baja).

Espero haber dado elementos para tomar en serio la relación entre sexualidad y política, no como algo anecdótico y casual sino como espacios sociales superpuestos y regidos muchas veces por leyes comunes. El tema es complejo, se liga con capítulos fascinantes de la historia (la persecución de brujas en la baja edad media, por dar sólo un ejemplo) y de la antropología (comparando los rasgos que determinan lo “masculino” y lo “femenino” en cada cultura, y vinculando las relaciones de parentesco y las de poder). También invita a revisar los modos en que la ciencia (la biología, la psicología) pasa de la descripción de la sexualidad y el género a posiciones prescriptivas y moralistas, poniéndose al servicio del control social.

Quizá sea una utopía. Tal vez haya que esperar a que prosperen las experiencias (no admitidas públicamente) que permitan la paternidad exclusiva de la ciencia sobre la especie, y así aseguren a los amos del poder el control de la reproducción. Pero sueño con un mundo donde ser heterosexual, estar casada y tener hijos no sea un privilegio personal que nos evita la marginalidad y la discriminación (como ser de clase media nos evita la pobreza sin hacerla desaparecer), ni sea una obligación compulsiva que arroja del paraíso a los rebeldes, sino que sea una elección libremente realizada entre tantos planes de vida como podamos concebir, todos ellos garantizados y respetados socialmente. Claro que esto es mucho más difícil de controlar. La imaginación siempre lo es.



Feminismo como semoioclástia

July Cháneton*

Roland Barthes inventó gozoso esta palabra, *semoioclástia*, cuando en su momento, necesitó nominar la actividad del analista de las significaciones sociales incluyendo en el concepto la dimensión política de la práctica de conocimiento. Señalaba y cito: “ni denuncia sin su instrumento fino de análisis, ni semiología que no se asuma, finalmente, como una *semoioclástia*”.¹ Digo entonces, feminismo como semoioclástia, etimológicamente algo así como “destrucción, rechazo o negación de significaciones”, porque se ajusta en contenido y modalidad provocativa a la tarea que aparece como constitutiva de todo feminismo. Me refiero al trabajo de *desarme de las significaciones sociales que están entramadas en cada una de las formas de emergencia de la discriminación de género*. En todas ellas, en las más imperceptibles por naturalizadas en las que el dispositivo simbólico-cultural es tan inasible como vigoroso en su eficacia pero también en los emergentes implacables de la desigualdad que involucran vidas de mujeres, como es el caso de las muertes por abortos sépticos en este país. Se trata de recordar que feminismo es algo más que una lectura, aún cuando desde luego, siempre es una lectura. Reactivar primero una caracterización del feminismo y el movimiento de mujeres como el conjunto de saberes y prácticas *teleológicas* dirigidas a intervenir lo social-histórico en favor de nuevas relaciones no jerarquizadas entre los sexos.

De la premisa básica que une a los variados feminismos, es decir, la evidencia de la discriminación, se sigue desde la ética o si se quiere desde la lógica –que hoy quizás tenga mejor prensa– una programática o unas recomendaciones de acción política, explícita o virtual, siempre relativas a las formas históricas/concretas con las que se cuenta cada vez.

Este telos del feminismo orienta sus prácticas y es en relación a ese horizonte que la teoría desarrolla su producción. La dimensión política tironea en las búsquedas, las apropiaciones, usos y rechazos, a veces arbitrarios, en el plano teórico.

Uno de los rasgos específicos de la teoría feminista radica en que epistemológicamente opera como crítica de todos los paradigmas, en tanto producciones determinadas –en diverso grado– por el sistema sexo/género. Pero porque el feminismo no puede pensar en hacer tabla rasa con el saber humano, su teoría, al mismo tiempo que produce nuevas categorizaciones que intentan superar a las existentes en la competen-

cia para comprender lo real, utiliza, resignificándolas por la crítica, todas las disponibles, en tanto sean propicias a sus premisas fundantes. Las consecuencias para la construcción misma del saber de este uso “interesado”, esta tensión permanente entre lo político y lo teórico es entonces un complejo problema frente al cual no parece haber más respuestas que algo así como un “estado de alerta epistemológico” de toda producción. No es una observación casual ya que se verá que este mismo trabajo representa un pequeño ejemplo de esa clase de usos.

Ahora bien, si la transformación en la que una teoría feminista está comprometida afecta finalmente el universo de las significaciones sociales en su trabajo de desmontaje y redistribución simbólica, esta teoría es ante todo una teoría crítica de la cultura. Una teoría crítica es también siempre una teoría de “lo que hay que hacer”, es decir, un programa político implícito si es que no pretende fijarse en una pura negatividad. ¿Cómo definirla?

Marx objetaba el hecho de que los filósofos se hubieran limitado hasta ese momento a interpretar el mundo cuando de lo que se trataba era de transformarlo. Creo que Cornelius Castoriadis parafrasea esta proposición cuando afirma: “no estamos aquí para decir lo que es, sino para hacer ser lo que no es”. Una teoría crítica feminista bien podría definirse por esas palabras. hacer ser lo que no es.

Empeñado como otros críticos de la modernidad en impugnar la ontología que sostiene lo que denomina “pensamiento heredado”, este autor rechaza la ciencia que se postula como *mirada que inspecciona lo que es*. Además, y en la medida en que el término “teoría” está comprometido con ese pensamiento heredado, da el nombre de *elucidación* a la actividad intelectual que emprende. Elucidación: se trata del trabajo por el cual varones y mujeres *intentan pensar lo que hacen y saber lo que piensan*²

Esto significa que quien reflexiones acerca de la práctica social y la historia tenga conciencia o “sepa” que nunca podrá hacerlo por fuera del social-histórico, teniendo claro al mismo tiempo que el hecho de “saberlo” no cambia nada.

Teoría feminista entonces como elucidación de los saberes y prácticas significantes del género, como creación social-histórica consciente, desde la cual las mujeres pensamos lo que hacemos y sabemos lo que pensamos.

La teórica argentina Ana M. Fernández –a quien sigo aquí en el marco general de estas ideas– ha propuesto dar cuenta de lo que denomina *producción social de la jerarquización de la diferencia de género*. Es decir: el modo en que las sociedades crean y viven lo

*July Cháneton: Lic. en Letras. Docente e investigadora. UBA

genérico –en las acciones y discursos, en la construcción de las subjetividades– a través y en la grilla de los procesos imaginarios de carácter colectivo.³

Para Castoriadis el orden simbólico presupone lo imaginario, es decir, la *capacidad imaginante* o capacidad de ver una cosa lo que no es, de verla otra de lo que es. Siguiendo en profundidad los procesos del orden simbólico, se arriba a unos núcleos centrales que son las significaciones imaginarias sociales definidas *no como representaciones de nada sino como las condiciones de posibilidad de lo social vivido*, “los esquemas organizadores que son condición de representabilidad de todo lo que esta sociedad puede darse”. Lo imaginario es creación incesante y esencialmente *indeterminada* desde el punto de vista socio-histórico y psíquico de figuras/formas/ímágenes, a partir de las cuales solamente puede existir la vida social.

El feminismo apunta en su crítica exactamente a esas condiciones de posibilidad de la cultura misma, lo que hace fácilmente explicable el alto grado de irritación que suele generar en la sociedad.

El movimiento de mujeres –o mejor, las mujeres en movimiento como dicen algunas compañeras– ejemplariza el modo en que lenta pero incesantemente son creadas nuevas significaciones sociales imaginarias –el imaginario radical instituyente– que se incorporan a la institución de la sociedad provocando reacomodamientos que afectan en sus fundamentos al imaginario efectivo o instituido.

“Es decir –señala A.M. Fernández– que los nuevos organizadores de sentido y las prácticas sociales que los hacen posibles refieren a lo imaginario social no instituido, radical, instituyente siempre, utópico a veces, que da cuenta de la existencia de deseos que no se anudan al poder, que desordenan las prácticas, desdisciplinan los cuerpos, deslegitiman sus instituciones y en algún momento instituyen nueva sociedad”⁴.

¿Cuáles son los presupuestos teóricos más apropiados para pensar la producción social del género con vistas a su transformación? ¿Cómo pensar la dimensión cultural en lo social-histórico? Se trataría de enfocar los cambios en lo imaginario social desde una *teoría materialista de la cultura* claramente diferenciada de la corriente del feminismo liberal de enfoque llamado “culturalista”.

R. Williams se;ala que pensar lo cultural como “mediación” es proseguir con la teoría del reflejo de cuño idealista pero con otro ropaje. No se puede pensar una instancia mediadora sin presuponer la existencia de áreas separadas. Por eso afirma:

“Si la ‘realidad’ y ‘hablar de la realidad’ son entendidos como categóricamente diferentes, los conceptos como ‘reflejo’ y ‘mediación’ resultan inevitables.[...] Desde un principio el problema es diferente si comprendemos el lenguaje y la significación como elementos indisolubles del proceso social material involucrados permanentemente tanto en la producción como en la reproducción”⁵

Abandonar la “mirada que inspecciona lo que es”,⁶ desactivar la idea de lo simbólico como reflejo de “lo real” para hacer ver lo que la metáfora edilicia de base y superestructura esconde. Lo que queda ocula es el trabajo social involucrado en toda producción intelectual que es al mismo tiempo “material” e “imaginativa”.

El concepto de género habla de una clasificación construida culturalmente a partir de las significaciones disponibles en lo imaginario social que es histórico. La teoría gramsciana de la hegemonía –en la versión de Williams– es especialmente apta para iluminar la producción social del género porque permite concebir lo cultural como el espacio de una lucha que se da en la experiencia social misma y en la que unos significados se imponen sobre otros como resultado de una compleja y diversificada relación de fuerzas que siempre es histórica.

Después de Marx, Gramsci y Althusser desarrollaron una teoría de lo superestructural, pero fueron las ideas de Gramsci las que resultaron más incitantes para posteriores desarrollos, una vez que su obra fue redescubierta.

En la práctica, los análisis inspirados en los presupuestos teóricos althusserianos mostraron sus limitaciones, en particular en lo que respecta a la falta de una comprensión adecuada de la participación activa de los individuos “dominados” en la relación de dominación. El sujeto presupuesto es “sujetado” por la estructura e “interpelado” por el aparato ideológico del Estado, mientras deambula engañado creyendo que sabe quién es y qué piensa. Esta conceptualización estructuralista ha sido duramente criticada por no incorporar la idea de conflicto y de resistencia como componente activo, factores ambos decisivos para comprender la producción social del género.

Una conceptualización de la relación de dominación en esta perspectiva permite además dar cuenta de la rica, compleja y efectivamente operante “cultura de dominadas” de las mujeres.

El concepto de hegemonía es más amplio que el de “ideología de la clase dominante” ya que al abarcar el proceso de la vida en su totalidad, incluye no sólo la actividad política y económica, no solamente la actividad social manifiesta sino lo que se le denomina “el sentido de la realidad” para las personas. Williams concluye que la hegemonía es, en sentido estricto, una “cultura”.

De modo semejante al concepto de *habitus* propuesto por Pierre Bourdieu, lo *hegemónico* señala los límites de la experiencia y del sentido común, las percepciones definidas que tenemos de nosotros/-as mismos/-as y de nuestro mundo en un nivel prerreflexivo.

Por eso, “hegemonía” no es el nivel superior de la “ideología”, concepto éste comprometido con la concepción unilateral de la sujeción social sino que apunta a comprender las relaciones de dominación y subordinación tal como ellas son vividas por los sujetos. En el caso de las mujeres la forma en que desarrollamos nuestras prácticas y experimentamos nuestras subjetividades dentro de determinados límites de género.

La teoría de la hegemonía es por lo tanto muy apropiada para pensar las transformaciones que preocupan al feminismo porque esos cambios no sobre vendrán por una graciosamente concedida del sistema discriminador, como tampoco se concedieron sin lucha los logros ya obtenidos. Somo las mujeres –y todos los varones de buena voluntad, como decimos en estos casos– desde nuestra cotidianidad quienes estamos interviniendo en este hacer social y desde luego eso está claro, no siempre para cambiarlo.

Si los discursos son prácticas significantes que invisten de sentido a lo social es en ellos en donde es posible para el analista seguir una de las pistas del género en su hacerse y deshacerse histórico. Por eso la importancia de recurrir a una teoría de la producción social del sentido que se extienda en el análisis del discurso y en particular en los mecanismos de la enunciación lingüística como metodologías de investigación.

No es que el sentido esté en las cosas para ser reflejado por el lenguaje sino que, al revés, el mundo es investido de significación por y en el lenguaje entendido como práctica. Para comprender los dispositivos sociales de producción, reproducción y contestación de la desigualdad, para saber por qué la gente hace lo que hace en relación al género, habrá que ir entonces a los discursos. Ir al lenguaje, para *identificar los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social respecto del género*. Sobre esos mecanismos y su sustancia actúa finalmente una política feminista.

La propuesta de Eliseo Verón a una teoría de la producción social del sentido resulta entonces muy valiosa para la investigación feminista. El presupuesto es –como en el caso de Williams– postular la continuidad entre “acción social” y “discursos” en la medida en que los comportamientos son *indisociables* de una *matriz significante* que los hace conceptualizables, inteligibles y por ello mismo socialmente vivos. Para Verón los discursos sociales son configuraciones espacio-temporales de sentido que no sólo no es unívoco, ni posee realidad “en sí” sino que es inseparable de los sistemas o paquetes significantes (del orden de la palabra, la imagen, los objetos, las conductas, sonidos o sus mixturas) inscriptos en lo social-histórico. Inscripción que no debe pensarse como determinante porque el sentido social no obedece a una causalidad inmediata y lineal sino que su cualidad es la de una relativa indeterminación. Por eso se afirma que lo que un discurso genera en un contexto social dado es un *campo de efectos de sentido posibles*. Es esa cuota de “creación incesante”⁷ presente en el seno de lo social que exime de cualquier búsqueda de explicación y que suele espantar a cierta sociología.

Trasladar esta reflexión respecto de la lógica indeterminada del sentido y la historia como creación a la problemática del sexismoy significa desentenderse del enmarañado tema de la pregunta por el origen de la opresión. Sobre este punto hace tiempo que se llegó a una especie de callejón sin salida, lo que ha llevado a que muchas feministas propongan abandonarlo definitivamente porque además ese misterio insondable se convierte rápidamente en un obstáculo político.

Quizá nunca sabremos por qué tanta universal y persistente manía misógina, pero lo más importante hoy es ocuparse de revertirla, convirtiéndola en lo viejo. Teoría de la hegemonía, teoría del discurso, de la producción social del sentido, una teoría material de la cultura y la de los imaginarios sociales. Si bien los abordajes, las perspectivas son diversas porque comprometen diferentes disciplinas y prácticas, a partir de estas líneas conceptuales se abre una interesante posibilidad de producción de conocimientos en el campo de los Estudios de Género.

Notas

¹ En el Prólogo de 1970 a la 2^a ed. de *Mitologías* (la 1^a es de 1957).

² *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, 1983, p. 11. En la cita completa Castoriadis emplea el falso genérico “los hombres”. Aquí se pasa por alto el evidente enfoque androcéntrico del autor de *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*.

³ *La mujer de la ilusión* de la editorial Paidós es el libro de A.M.F. de publicación inminente al momento de redacción de este trabajo. En él la autora retoma y desarrolla su producción teórica con relación al género.

⁴ “Introducción”, *Las mujeres en la imaginación colectiva*, A.M. Fernández, comp., Bs.As., Paidós, 1992.

⁵ R.W., *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980, p. 120.

⁶ C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, p. 10

⁷ Me interesa la coincidencia en este punto entre el pensamiento de Castoriadis y la teoría de sentido en E. Verón.

Juvenilia

LIBRERÍA

Ana María Fernández. *La mujer y la ilusión*

Clara Coria. *El dinero en la pareja*

El sexo oculto del dinero

Liliana Mizrahi. *La mujer y la culpa*

Graciela Ferreira. *La mujer maltratada*

Eva Giberti y Ana María Fernández, comps. *La mujer y la violencia invisible*

Linda J. Nicholson, comp. *Feminismo/posmodernismo*

Cristina Iglesia, comp. *El ajuar de la patria. Ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti*

Ursula K. Le Guin y Angélica Gorodischer. *Escritoras y escritura*

Bonnie Frederick, comp. *La pluma y la aguja: Escritoras de la Generación del '80*

Diana Maffia y Clara Kuschnir, comps. *Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina actual*

Feminaria (El número actual y los números atrasados)

La Plata: 49 N° 539
49 N° 543

tel: 3-8562
tel: 27-0763

City Bell: Cantilo e / 4 y 5

Relaciones peligrosas: Universidad y Estudios de la Mujer¹

Marcela M. A. Nari*

Los denominados “Estudios de la Mujer” nacieron en los países centrales al calor de un contexto de intensa movilización política y de profundo debate académico. Desde el punto de vista político, estos estudios se vieron empujados por el feminismo de la “segunda ola”, que planteaba el “dilema de la diferencia sexual” sin deshechar la lucha por la igualdad “real” con el varón. En la búsqueda de una explicación y comprensión de la situación y el carácter de las mujeres, las feministas cuestionaron profundamente los contenidos, la organización e, incluso, la forma de conocimiento de los marcos teóricos vigentes, institucionalizados o no.

La impugnación a los paradigmas científicos apunta tanto al *sujeto/objeto de conocimiento* como a la forma de conocer del *sujeto que hace ciencia*. El conocimiento androcéntrico de la realidad conlleva la adopción de un punto de vista central que se afirma hegemónicamente, relegando a lo no significativo, a lo negado, todo aquello no considerado como superior. El “Hombre”, como sujeto cognosciente o como objeto de conocimiento de las ciencias sociales es un ser humano de sexo masculino, adulto, blanco y perteneciente a la clase hegemónica. Pero esta perspectiva, particular y partidista, queda enmascarada en el discurso académico actual al identificarla con “lo humano universal”.²

De esta manera, el cuestionamiento de las ciencias sociales, y dentro de ellas la historia, permite recuperar la radicalidad de una visión del pasado y presente potencialmente transformadora del futuro. No es casual que una de las primeras disciplinas “revisada” por las feministas haya sido la historia: la búsqueda del origen de la opresión no sólo permitiría comprender los mecanismos de control presente sino que posibilitaría su desmantelamiento futuro.

Desde sus inicios los Estudios de la Mujer compartieron con los estudios sobre las minorías étnicas/culturales ciertas problematizaciones derivadas de la condición de marginalidad y de opresión de los sujetos/objetos de conocimiento. Sin embargo, las mujeres no son una minoría, ni una raza, ni una clase social. Por el contrario, constituyen la mitad o, en algunas sociedades, la mayoría de la población y provienen de diferentes clases, culturas y etnias. Las mujeres comparten los destinos, aspiraciones y valores de los individuos de su clase y de su grupo étnico. Por ello, como señala Gerda Lerner, debe ponerse un especial esfuerzo en el esclarecimiento de las complejas relacio-

nes entre las categorías de sexo/género, minoridad étnica y clase social.³

De todas maneras, aquello que los Estudios de la Mujer intentan sacar a la luz es cómo la marginalidad, culturalmente determinada y psicológicamente internalizada por las mujeres, influye específicamente en sus experiencias, diferenciándolas de las de los varones de su misma clase social o etnia. Al ser definidas las experiencias de los varones como “simplemente humanas”, las de las mujeres son excluidas o percibidas como comportamientos anómalos, marginales, etc.⁴

Como sostenía Joan Kelly-Gadol, “La historia de las mujeres tiene un doble objetivo: devolver las mujeres a la historia y devolver nuestra historia a las mujeres”.⁵ Y para ello era necesario sacudir los fundamentos conceptuales de los estudios históricos a través de la creación de nuevos conceptos teóricos y nuevas metodologías que permitieran dar cuenta de la específica experiencia histórica de las mujeres. La utilización de “analogías” (como las de clase, minoría, raza, etc.) permitió la aproximación a la “situación” de las mujeres, pero no la definieron adecuadamente. Era preciso una categoría teórica que definiera a las mujeres en tanto tales.

La construcción de esta categoría, aún hoy en debate, es quizás uno de los principales logros de los Estudios de la Mujer. En un primer momento, se utilizó la categoría de “sexo”. Pero fue desecharla por las connotaciones biológicas que permitía establecer, cuando, en realidad, lo que se pretendía demostrar era la construcción social e histórica de “la mujer”. Diferentes sociedades tienden a legitimar y a consolidar las desigualdades sociales conceptualizándolas como si estuvieran basadas en diferencias naturales inmutables. Las diferencias de sexo, como las de raza, son construidas ideológicamente como hechos biológicos, naturalizando y reproduciendo las desigualdades sociales.

La categoría de *género*, en cambio, parece más apropiada por su insistencia en la cualidad fundamentalmente “social” de las distinciones basadas en el sexo y porque resalta los aspectos relacionales de las definiciones normativas de la femineidad.⁶ Si *género* ha sido frecuentemente empleado para aludir 1.- a la construcción cultural de las ideas sobre los roles apropiados para varones y mujeres; 2.- a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades femeninas y masculinas; 3.- a una imposición social de comportamientos y subjetividades sobre un cuerpo sexuado. Algunas teóricas, como Joan Scott, van más allá y plantean al *género* como “forma primaria de relaciones significantes de poder”.⁷ En este último sentido, el *género*

*Marcela M. A. Nari: Lic. en Historia (UBA)

constituiría el campo primario (aunque no el único) dentro del cual, o por medio del cual, se articularía el poder; el *género* sería un elemento estructurador de la percepción y la organización, concreta y simbólica, de toda la vida social; el *género* legitimaría y construiría las relaciones sociales.

La institucionalización de los Estudios de la Mujer, al menos en las universidades estadounidenses, data de la década del 1960. Esto produjo que, al mismo tiempo que se cuestionaba a los estudios académicos, debía pensarse si era correcto establecer algún tipo de conexión con ellos y, en ese caso, qué tipo de relaciones debían mantenerse. Salvo posiciones sumamente radicales (bastante excepcionales) se consideró no sólo inconveniente sino imposible hacer tabla rasa de todos los conocimientos acumulados a lo largo de los siglos. En consecuencia, debía enfrentarse algún tipo de coexistencia, síntesis, fusión, etc.

Al igual que los estudios académicos, las instituciones se hallan organizadas alrededor del “trabajo” de unos pocos varones. De acuerdo a Adrienne Rich, esta estructura universitaria, centrada en el varón, reafirma constantemente el *uso de las mujeres como medio* en relación a un fin constituido por el “trabajo” de los varones.⁸ De todas maneras, Rich consideraba legítimo el uso que las feministas pudieran hacer de universidades “masculinas”, como base y recurso para realizar investigaciones y difundir sus resultados dentro y más allá de la academia. La sola existencia de los Estudios de la Mujer posibilitaría la concientización de las estudiantes al ponerlas en contacto con un material que aborda las formas en que el contexto social las ha ido formando como mujeres. Para ellas, “lo personal se vuelve intelectual y lo intelectual personal”, lo psicológico-individual se conecta con lo histórico-social.

Sin embargo, como sostiene Marcia Westcott, criticar los contenidos y procedimientos de una institución en la cual, al mismo tiempo, queremos ocupar lugares, y esperar que nuestras críticas sean aceptadas como medios válidos para ese avance es, como mínimo, altamente problemático y paradójico.⁹

Los Estudios de la Mujer en Argentina

Si hablamos de los Estudios de la Mujer en nuestro país debemos comenzar destacando que todos ellos se vieron afectados por la súbita interrupción del movimiento feminista en 1976. Lamentablemente, pocos/-as investigadores/-as han profundizado acerca de las prácticas y discursos de este incipiente feminismo de “segunda ola”. La mayor parte de los trabajos han recogido algunas experiencias testimoniales, pero carecen de un análisis integral de fenómeno en nuestra sociedad convulsionada de los '70. Lo mismo sucede con la investigación llevada a cabo acerca del feminismo de la “primera ola”, a principios del presente siglo. Algunos pequeños artículos o libros, la excesiva revisión/repetición de los mismos nombres y documentos, no permiten revelar su riqueza de acción y pensamiento.

Existieron, entonces, por lo menos, dos serios obstáculos para el surgimiento de los Estudios de la Mujer

en nuestro país: un movimiento feminista abortado y la falta de una memoria histórica que nos permita trazar una línea de continuidad entre nuestras prácticas y las de nuestras madres y/o abuelas.

A partir de los años '80 se fue tejiendo nuevamente una red política e intelectual de mujeres: la lucha por los Derechos Humanos, por la defensa del nivel de vida, las experiencias de prácticas y lecturas en el exilio, y la introducción de un copioso material bibliográfico que nos colocaba, un poco abruptamente, al tanto de ideas y acciones de mujeres de otros países.

La carencia de una memoria de mujeres y para mujeres no sólo ha afectado nuestra práctica como tales sino a toda nuestra sociedad. Dada la situación de los Estudios de la Mujer, en general, y de la investigación de su historia, en particular, es imprescindible luchar por una “conciencia del significado de las mujeres en el desarrollo histórico”.¹⁰

Es evidente que, de alguna manera, las mujeres han sido consideradas por la historiografía. Tradicionalmente, y en la actualidad es significativo su “remozamiento”, el género biográfico ha servido para un tipo de hacer historia, denominado por Gerda Lerner “Historia de mujeres notables”.¹¹ Esta historiografía, practicada por varones y mujeres, nos habla de una presencia femenina de tipo “excepcional”; frecuentemente desempeñando actividades consideradas “masculinas”; y, no sólo no nos ayuda a encontrar el pasado de la mayoría de las mujeres sino que, además, es utilizada como justificación liberal del patriarcado: “las mujeres que quieren, y tienen la suficiente entereza, pueden...”.

Otro tipo de historia practicada, en nuestro medio, es la “contributiva”; es decir, cómo las mujeres han contribuido a una sociedad definida por el varón. Esta historia ha sido escrita, en abrumadora mayoría, por historiadoras no profesionales o con otro tipo de formación académica, y por algunos varones en iguales condiciones. Sus resultados reflejan profundos desniveles. Como sostiene Susana Bianchi, “pese a sus límites, es un espacio que se está construyendo -y, precisamente por eso- tal vez sea útil comenzar a reflexionar sobre la historia de las mujeres que estamos haciendo y sobre la que quisieramos (o debiéramos) hacer”.¹²

Esta forma de hacer historia ha tenido escaso impacto en el discurso histórico académico, socialmente legitimado. Algunas publicaciones o investigaciones han agregado, en estos últimos años, un capítulo o un acápite sobre “mujeres” (cuando no, sobre “mujeres y niños”), por estímulos del mercado o de necesaria “modernización”, coyuntural y pasajera, de un discurso que no se quiere saber ni reaccionario ni atrasado.

No podemos negar que tanto la exclusión como este carácter de “anexo no integrado” del pasado de las mujeres en la historia académica se debe, en parte, a las características de la producción nacional. Sin embargo, tanta o mayor influencia han tenido algunas publicaciones extranjeras prestigiosas que fácilmente incorporaron el “rubro”, tanto por sus inmediatas ganancias materiales como por su inocuidad política.

‘Rápidamente, se identifica mujeres con esferas



privadas; y esferas privadas, con prácticas desconectadas de las relaciones sociales de dominación. Punto. La historia ha sido revolucionada. Ha incorporado la cocina, la píldora, el teleteatro, las cartas privadas, la sexualidad, el aborto, las mujeres, etc.

Descontando que las mujeres no han sido, ni son, una "novedad" metodológica o una curiosidad, lamentablemente olvidada, que puede volver "más simpática" a la "historia seria", es tan peligroso recuperar el pasado de las mujeres solamente en lo "privado" como aceptar esta categoría como ámbito de libertad y realización humanas. Es indudable que si queremos encontrar el pasado de las mujeres debemos cuestionar e indagar en área "no tradicionalmente históricas"; pero, fundamentalmente cuestionar porqué las mujeres están allí, qué relaciones de poder se establecen en ellas, cómo se hallan interconectadas con otros campos de poder y hasta qué punto una oposición (jerárquica) entre lo público y lo privado, pensada por varones de las clases dominantes, nos puede servir.

Las vidas de las mujeres, en sus familias, en sus trabajos, en movimientos políticos, no pueden disociarse de las relaciones de poder al interior de la sociedad entre géneros, clases sociales, razas, a riesgo de quedar atrapadas en un discurso antropológico lleno de curiosidades y banalidades cotidianas. El estudio de las esferas privadas corre el grave riesgo de "desmembrar" el objeto histórico y de perderse en las continuidades; es decir, de volver inmóvil a la historia, sin poder dar cuenta de los cambios y conflictos sociales.¹³

En nuestro país, ciertos espacios están siendo ganados en algunas instituciones universitarias. En general, se trata de lugares integrados por graduadas universitarias, sin asignaciones presupuestarias, que se dedican a los estudios de la mujer en forma ad-honorem, mientras paralelamente se desempeñan en cátedras o institutos, en donde sus estudios son considerados, en el mejor de los casos, como exóticos.

Esta doble inserción intelectual produce graves contradicciones y conflictos a nivel personal, puesto que la carrera del "prestigio profesional" sigue ligada a la producción académica tradicional; y, la institución sólo "concede" cierto permiso para hablar de los estudios de la mujer una vez traspasado ese prestigio. Las investigadoras que se dedican a los Estudios de la Mujer, sin haber logrado un nombre en áreas tradicionales, no son seriamente consideradas académicas. Esto se deriva, en parte, de la escasa legitimación de estos centros, áreas o programas de la Mujer, y de su escasa conexión con los/las estudiantes de grado y con los/las otros/-as colegas graduados/-as. La autonomía lograda (¿u otorgada?) corre el grave riesgo de "ghettización" y (auto)marginación.

Más a título de reflexión que de propuesta (que, por lo demás, no tengo ni creo que sea producto de una iniciativa individual), pienso que la autonomía puede ayudarnos a fortalecer un "nosotras" y una legitimidad autoconcedida, sin perder de vista, obviamente, el peligro del aislamiento. Desde los Estudios de la Mujer debemos mantener una fatigante actitud crítica y (auto) crítica constante y, por lo tanto, una relación/cuestionamiento permanente con los contenidos, la

organización y los modos de saber tradicionales y "modernos". Sólo en la confrontación podremos ganar una legitimidad externa.

Por otra parte, creo imprescindible buscar la forma de relacionarnos, en un primer momento, con las estudiantes y graduadas universitarias y, más adelante, con las experiencias y prácticas de mujeres externas a la universidad, como único camino válido de una elaboración teórica que tenga como sujeto a mujeres de nuestro campo de fuerzas sociales. Esto obviamente implicaría no sólo embarcarnos en un proyecto de "visibilización" y revisión de las mujeres en el pasado (y recuperar, así, toda la potencialidad de nuestra memoria) sino conocer, comprender e incorporar las prácticas de las mujeres argentinas hoy.

Notas

¹ Focalizaré especialmente la problemática en el campo de la historia, puesto que es la disciplina desde la cual provengo y, por ende, mejor conozco. De todos modos, no creo que difiera en gran medida, en términos generales, de otras experiencias disciplinarias en los Estudios de la Mujer.

² Moreno, Amparo: *El arquetipo viril protagonista de la historia. Ejercicios de lectura no-androcéntrica*, Barcelona, LaSal Editions de les Donnes, Cuadernos inacabados, N° 6, 1986.

³ Lerner, G. "Teaching Women's History", Washington, 1981.

⁴ Lerner, G. *The Majority Finds Its Past: Placing Women in History*. New York, Oxford University Press, 1979.

⁵ Kelly-Gadol, J. "The Social Relation of the Sexes: Methodological Implications of Women's History", en E. Abel & E.K. Abel (comps.) *The Signs Reader: Women, Gender and Scholarship*, Chicago, University of Chicago Press, 1983.

⁶ Una reseña de los diferentes usos del "género" por las feministas puede encontrarse en Scott, Joan, "Género: una categoría útil para el análisis histórico", en Amelang y Nash (comp.) *Historia y Género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Ed. Alfons El Magnanim, 1990.

⁷ Ibid., p. 44.

⁸ Rich, A. "Toward a Woman-Centered University", en su *On Lies, Secrets, Silences: Selected Prose, 1966-1978*. London, Virago, 1980.

⁹ Westcott, Marcia. "Women's Studies as a Strategy for Change: Between Criticism and Vision", en G.B. Bowles & R. Duelli-Klein (comps.), *Theories of Women' Studies*, London, Routledge, 1983.

¹⁰ Asunción Lavrin sostiene que esta situación es generalizable a toda América Latina y acentúa, especialmente, la necesidad de este tipo de lucha en un campo tan reciente y con escasas publicaciones [ver: "Algunas consideraciones finales sobre las tendencias y los temas en la historia de las mujeres de Latinoamérica", en Lavrin, A. (comp.) *Las mujeres latinoamericanas: perspectivas históricas*, México, Fondo de cultura Económica, 1985.

¹¹ Lerner, G., *The Majority...* Op.cit.

¹² Bianchi, Susana, "¿Historia de las mujeres o mujeres en la historia?", en N. Reynoso, A. Sampaolesi y S. Sommer (comp.) *Feminismo, Ciencia, Cultura, Sociedad*. Bs.As., Humanitas-Saga, 1992, p. 22.

¹³ Sobre estos problemas en la producción historiográfica francesa actual, ver: Dosse, F. *La historia en migajas*, Barcelona, 1988.

Sección bibliográfica

Actas de Primeras Jornadas de Historia de las Mujeres, 1991. Área Estudios de Historia de las mujeres. División Historia. Universidad nacional de Luján. Coordinadora Área de Historia de las Mujeres: Cecilia Lagunas.

BELLER, Delly. "Psicoterapia y mujer". *Temas de Psicología Social*. Año IV, N° 12, set-oct. 1993, p. 4.

BONDER, Gloria. "La igualdad de oportunidades para mujeres y varones: una meta educativa". Bs.As., Ministerio de Cultura y Educación. P.R.I.O.M., 3^a ed. 1993.

BONDER, Gloria y MORGADE, Graciela. "Voces y miradas de mujeres en las ciencias sociales del nivel primario". Ministerio de Cultura y Educación. Programa nacional de Promoción de la Igualdad de Oportunidades para la Mujer en el Área Educativa, 1993.

"Los derechos de la mujer ¿son derechos humanos? Jornadas de la Comisión 'La mujer y sus derechos de la A.P.D.H.'". nov. 1993 [Panel: *Lidia Otero* (coordinadora), *Elizabeth Jelin, Clara Fontana, Carmen González*].

MAFFIA, Diana y KUSCHNIR, Clara, coordinadoras. Actas de "III Coloquio Interdisciplinario de Estudios de Género", 2 al 4 de diciembre de 1993.

"Mujer y medios de comunicación. Imagen y participación". Jornada convocada por la comisión "La mujer y sus derechos" A.P.D.H. dic. 1990. [Panel: *Ana María Amado, Graciela Maglie, Isabel Larguía, Norma Morandini*].

Publicar en Antropología y Ciencias Sociales Año II, N° 3, set. 1933 Dossier: Antropología de la mujer o antropología de género: CASTILLO, Estela, "Para hablar de género hay que tener tela", 19-25; BARREDA, Victoria, "Cuando lo femenino está en otra parte", 27-32; TARDUCCI, Mónica, "El impacto del fundamentalismo en las mujeres de sectores populares", 33-46; BELLELLI, Cristina, BERON, Mónica, SCHEINSOHN, Vivian, "Una arqueología de distinto género", 47-62.

Todo es Historia. "Los mil rostros femeninos" N° 321 (abril 1994): FEIJOO, María del Carmen y NARI, Marcela M.A., Los '60 de las mujeres, pp. 8-9; HAURIE, Virginia, Dos truculentas historias de mujeres patagónicas, pp. 22-32; NARI, Marcela M.A., Del conventillo a la casita propia. Vivienda y reproducción en la ciudad de Bs.As. 1880-1920, pp. 34-41; DIEZ, María Angélica, Mujeres adúlteras en La Pampa (1885-1905), pp. 42-52; BELLUCCI, Mabel, Anarquismo y feminismo, pp. 58-70; AMARAL, Samuel, Feminismo y peronismo en Chile: Ascenso y caída de María de la Cruz, pp. 78-91.

VAZQUEZ, Inés. "Ana Tweedale y sus hermanas. La



participación de las mujeres en el Movimiento Cooperativo". *Revista del Instituto de la Cooperación - IDECOOP* Año 10, N° 75 set/oct. 1992, pp. 259-312.

Poesía

BELLESSI, Diana. *El jardín*. Rosario, Bajo la Luna Nueva, 1993.

----- *Crucero ecuatorial / Tributo del mudo*. Bs.As. Libros de Tierra Firme, 1994 [reediciones]

BERTONE, Concepción.

Citas. Rosario, Bajo la Luna Nueva, 1993.

GARCIA HERNANDEZ, Leonor, *La enagua cuelga de un clavo en la pared*. Último Reino, 1993.

LAHITTE, Ana Emilia. *El tiempo, ese desierto demasiado extendido*. La Plata, Hojas y cuadernos de Sudestada, 1993.

ROSENBERG, Mirta. *Teoría sentimental*. Bs.As. Libros de Tierra Firme, 1994.

VINDERMAN, Paulina. *Escalera de incendio*. Bs.As., Último Reino, 1994.

Narrativa

GORODISCHER, Angélica, *Fábula de la virgen y el bombero*. Bs.As. Ediciones de la Flor, 1994

MOSQUERA, Beatriz. *Cuando crezca*. Bs.As. El Francotirador Ediciones, 1993.

Mujer y memoria. Selección de cuentos del concurso "Gloria Kehoe Wilson", Comisión La Mujer y sus Derechos de la A.P.D.H.. Bs.As. Torres Agüero Editor, 1994.

SARRAT de RUIZ, Blanca. *Nueve cuentos y una carta para Liliana*. Bs.As., Ed. Metáfora, 1993.

SCHVARTZ, Claudia. *Nimia*. Rosario. Bajo la Luna Nueva. 1993

SILVESTRE, Susana. Mucho amor en inglés. Bs.As. Emecé, 1994.

SISCAR, Cristina, selección y prólogo. *Violencia II. Visiones femeninas*. Bs.As., Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 1993.

Boletín, Cuaderno, Revista

Boletín del P.R.I.O.M., Bs.As. N° 1 julio 1993.

Boletín Informativo de la Fundación nacional de Mujeres Italo Argentinas, (N° 1, nov. 1992 - N° 5, marzo 1994)

Brujas. Año 12, N° 20 (oct. 1993).

CISCIA. Mujer y Habitat (N° 1, junio 1991) Córdoba, Arg.

Cuaderno de Existencia Lesbiana. N° 15, nov. 1993, Bs.As.

Informes de las Actividades de la Diputada del

Frente Grande Graciela Fernández Mejide, Año I, N° 1 enero 1994.

Las Lunas y las Otras. N° 1 oct. 1993. Bs.As.

Mujeres en Política (Año 1, N° 1, feb. 1994) San Isidro-Bs.As.

Prensa Mujer (N° 36, set. 1993 – N° 41, feb. 1994)

The Magdalena. An International Grapevine for Women in Contemporary Theater. N° 12 (oct. 1993), N° dedicado a las mujeres de teatro en América Latina.

Libros de Ensayo

AGOSIN, Marjorie, comp. *Surviving beyond Fear. Women, Children & Human Rights in Latin America.* Fredonia, NY, White Pine Press, 1993 [10 Village Square / Fredonia, NY 14063]

“Esta colección de ensayos y entrevistas documenta un legado de abusos de los derechos humanos en América Latina y explora el abuso físico y psicológico de mujeres y niños, la pérdida de la niñez, y el alto costo del terrorismo del estado. Se incluyen entrevistas con figuras destacadas de los derechos humanos, como Leonor Alonso y las líderes de las Madres de la Plaza de Mayo, y artículos que tratan la manera en que las mujeres se han unido para descubrir el paradero de sus hijos y nietos secuestrados y desaparecidos por las autoridades”.

BARRANCOS, Dora, comp. *Historia y género.* Buenos Aires, CEAL. Biblioteca Política Argentina N° 439, 1994. [Tucumán 1736 / Bs.As.]

“Se presentan contribuciones de especialistas en la historia de las mujeres de los países anglosajones que se han proyectado al resto del mundo”.

BAREIRO, Line, Clyde SOTO y Mary MONTE. *Alquimistas. Documentos para otra historia de las mujeres.* Asunción, Centro de Documentación y Estudios, 1993 [Pai Pérez 737 / Casilla de Correo 2558 / Asunción, Paraguay]

“La alquimia que proponemos para transformar identidades sumisas en autónomas consiste en hacer presente un pasado escondido a nuestras conciencias. Las mujeres y hombres que les presentamos fueron alquimistas de la historia, de la libertad y de la igualdad. Nuestras libre-pensadoras y feministas, nuestras luchadoras sociales, nuestras mujeres políticas son precursoras de una sociedad democrática, que recién a finales del siglo va cosechando éxitos. No hubo solamente autoritarios y guerreros en el Paraguay. Hay también una historia de dignidad y civismo. Durante todo el siglo XX en este país se construyó ciudadanía, en constante lucha por la paz, la libertad, la justicia social y la igualdad entre hombres y mujeres”.

FERNANDEZ, Ana María. *La mujer de la ilusión.* Buenos Aires, Paidós, 1993. [Defensa 599 / Bs.As.]

“Este libro prioriza el análisis de la inferiorización de la diferencia de género en diversas dimensiones: epistemológica, política, cultural, erótica, subjetiva. Reformula algunas cuestiones en relación con la histeria, la maternidad y la pasividad erótica. Se interroga sobre las bases políticas de los pactos del amor y de la conyugalidad”.

FONTANA, Clara. *Maria Luisa Bemberg.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina con el auspicio del Instituto Nacional de Cinematografía, 1993. [Tucumán 1736 / Bs. As.]

A partir de *Momentos*, María Luisa Bemberg abordó una visión diferenciada del conflicto dramático desde la óptica

femenina. Su filmografía siguiente, de *Señora de nadie a Camila*, de *Miss Mary a Yo, la peor de todas* e incluso *De eso no se habla*, importa en el cine argentino una apertura inusitada que antepone a los valores del patriarcado el mundo postergado de la mujer. También se aproxima, en consecuencia, al criticismo histórico, al revulsivo costumbrista y a la autocritica clasista.

IGLESIAS, Cristina, comp. *El ajuar de la patria. Ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti.* Buenos Aires, Feminaria Editora, 1993. [C.C. 402 / 1000 Bs.As.]

“Los ensayos compilados en este libro proponen lecturas críticas sobre la multifacética escritura de Juana Manuela Gorriti. Sin duda, la mayor audacia de J.M.G. consiste en postularse como *escritora patriota* y narrar desde allí la leyenda nacional. Escribe sobre ‘cuestiones de hombres’ y, al hacerlo, entabla con los escritores una disputa. Toda su obra puede leerse como la voluntad de sostener este desafío”.

MAFFIA, Diana y KUSCHNIR, Clara, comps. *Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina actual.* Buenos Aires, Feminaria Editora, 1994. [ver arriba]

“Los artículos que componen este libro recogen en gran parte el contenido del ‘Programa Interdisciplinario de Formación Política para Mujeres’, desarrollado durante 1992 en el Museo Roca, con auspicio del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Buenos Aires. El proyecto de realizar un programa de capacitación que reuniera mujeres académicas y mujeres políticas, de diversas disciplinas y vertientes ideológicas, con una marcada perspectiva de género, surgió mientras se discutía la ley de cupos, que aseguraría el 30% de cargos electivos expectables (como piso) a las mujeres argentinas”.

PFEIFFER, Erna, comp. y trad. *Torturada. Von Schlächtern und Geschlechtern.* [“Tortura. Acerca de carníceros y género.”]. Wien, Austria, Wiener Frauenverlag, 1993.

“Textos de autoras latinoamericanas acerca de la violencia política y la tortura. Después de su primera exitosa antología *AMORICA Latina. Mi continente, mi cuerpo. Textos eróticos de autoras latinoamericanas* [en traducción al alemán] Erna Pfeiffer publica ahora una 2ª impresionante compilación de textos acerca de la temática de la tortura y la violencia. Autoras de casi todos los países latinoamericanos escriben contra la brutal opresión de las poblaciones indígena y negra, la violencia estructural que eso significa, contra la complicidad y la destrucción de espacios vitales y también acerca de la resistencia y solidaridad entre mujeres”.

SCHIAVONI, Lidia. *Frágiles pasos, pesadas cargas. Las comerciantes fronterizas de Posadas-Encarnación.* CPES/Editorial Universitaria, 1993 [Ed Universitaria Univ. nacional de Misiones \ Campus Universitario km 7 CP 3304 Villa Lanús, Misiones]

“Se centra en el estudio de las paseras y su actividad [entre ambas orillas del Paraná] en los momentos previos a la habilitación del puente que liga a las ciudades de Posadas (Arg.) y Encarnación (Paraguay)”.





“Horas extras” (acrílico, 1 x 0,90)



“¡Llegó papá, llegó papá!” (acrílico, 1,10 x 0,90)

Susana Schnicer cursó estudios de dibujo y pintura durante cinco años en el taller del pintor Ernesto Manili. Desde 1976 participa en diferentes Selecciones de Salones Nacionales y Provinciales como también en exposiciones colectivas e individuales. Las obras aquí representadas forman parte de su muestra “Mujer maravilla”, que fue censurada en Mar del Plata (1992) por “obscena y pornográfica”.

Memoria y Balance

*Un personaje de la literatura borgeana, Funes, el Nervioso, decía: Debo recordar para no morir. El recuerdo, la memoria, el testimonio son siempre mecanismos insolentes, revulsivos cuando se practican colectivamente en una sociedad que necesita el olvido como modalidad contractual para rehabilitarse de su pasado. Las mujeres sabemos y experimentamos la tendencia a la omisión, ocultamiento y olvido por parte de la sociedad y de nosotras mismas –que es lo más grave– en torno a nuestra historia de luchas y resistencias, así como, a nuestra capacidad operativa para la organización de acciones. Para que todo no se resuma en un simple quejido, Feminaria sigue insistiendo con la publicación de la columna “Memoria y balance”. Entonces requerimos el aporte de información por parte de las organizaciones de mujeres e instituciones en torno a los eventos que se van desarrollando a lo largo del año. Así, el dicho de Funes, el Nervioso será siendo emblema no sólo de las mujeres sino de una sociedad tan desmemoriada como es la Argentina del olvido. **M.B.***

Noviembre 1993

Poder y liderazgo en nuestras prácticas con mujeres y para mujeres. Org. por la Red Confluencia y CEAL. Día 1.

Primer Encuentro Regional de Mujeres. Org. por la Comisión Pro-Encuentro Nacional de Mujeres. Río Negro, Días 3 al 5.

Tercer Encuentro de Mujeres del Oeste Bonaerense. Org. por Mujeres del Oeste Bonaerense. Castelar Norte. Días 6 y 7.

Primer Encuentro de Mujeres y Comunicación. Org. Tribuna Femenina. Martín Coronado. Tres de Febrero. Días 8 y 9.

Familia y Desafío Social – Programa Mujer y Salud. Org. Fundación Banco Mayo. Día 10.

Seminario-Taller “Mujeres en la Política”. Org. Instituto Democrático, Fundación Mujeres en Igualdad y Asociación Lola Mora. Días 9 y 10.

Segundo Encuentro “Mujeres y Comunicación”. Org. Tribuna Femenina. Martín Coronado. Día 18.

Los Estudios de la Mujer en el mundo: Pasado, Presente y Futuro. Org. por Carrera Interdisciplinaria en Especialización en Estudios de la Mujer. Fac. de Psicología. UBA.

Segundo Campaña Nacional de Sensibilización de la Comunidad Educativa “En el siglo XXI mujeres y varones deciden en igualdad”. PRIOM.

Encuentro de mujeres de los movimientos sociales y políticos. Org. UMA. Sede: ATE. Días 26 y 27.

Juicio a la violencia contra la mujer. Org. Grupo Fulanas. Sala de audiencia de la Cámara Federal. Palacio de Tribunales. Día 29.

XII Jornadas Feministas: Perspectivas Feministas: Poder y Utopías. Org. ATEM. Día 27.

Primer Encuentro de Mujeres de La Plata. Org. Encuentro de Mujeres Platenses. Día 27.

Diciembre 1993

Tercer Coloquio Interdisciplinario de Estudios de Género. Org. el Foro Interdisciplinario de Estudios de Género. Días 3 al 5.

Encuentro Nacional de Mujeres Dirigentes Políticas. Org. Conciencia. Día 10.

Hechos 1993. Org. Consejo nacional de la Mujer. Día 13.

Seminario Internacional “Igualdad de Oportunidades, en desafío a la educación latinoamericana”. Org. Ministerio de Cultura y Educación y PRIOM.

La Mujer del Psicoanálisis. Org. la Carrera Interdisciplinaria de Especialización en Estudios de la Mujer. Fac. de Psicología de la UBA.

Seminario “Política social sobre la reproducción y la salud de las mujeres”. Carrera Int. de Especialización en Estudios de la Mujer. Fac. de Psicología, UBA.

Marzo 1994

Acto Plaza Congreso. Org. Multisectorial de la Mujer. Día 8.

Acto Plaza de Mayo. Org. UMA. Red de Feministas Políticas, Dto. de la Mujer de ATE, Abuelas de Plaza de Mayo, entre otras agrupaciones. Día 8.

Inauguración del Centro Municipal de la Mujer. Org. el Municipio de Vicente López. Día 8.

I Encuentro Regional de Mujeres Bonaerenses de Zona Norte. Día 8.

Seminario “Filosofía de la Condición Femenina”. Museo Roca.

Seminario “Los nuevos roles de género, su impacto en el discurso del psicoanálisis”. Org. la Carrera Int. de Especialización en Estudios de la Mujer. Fac. de Psicología, UBA

Mabel Bellucci

Dossier: Porque el cáncer es un tema feminista

Entrevista con Rita Arditti

-*¿Por qué se dice que el cáncer es un tema feminista?*

-Cualquier experiencia de las mujeres tiene que ser analizada desde una óptica feminista. En los Estados Unidos y en otros países también, el cáncer es la segunda causa de muerte de la población en general -la primera son las enfermedades cardiovasculares-; 1 de cada 3 personas tendrá cáncer, 1 de cada 4 morirá de cáncer; para 1994 se estima que habrá 1.000.000 nuevos casos de cáncer, del cual la mitad morirá de la enfermedad. La mujer no sólo tiene que enfrentarse con su propio cáncer -40% del cáncer que ataca a la mujer es de los órganos femeninos, además de los otros tipos de cáncer- sino que también dado que el cáncer es tan común, no hay mujer que no sea afectada, directa o indirectamente, pues las mujeres se enferman y son enfermeras/cuidadoras de la gente enferma.

-*¿Qué es el cáncer "establishment"?*

-Es el sistema de poder masculino que ha determinado la política acerca de cuánto se gasta, qué y cómo se investiga acerca del cáncer. Por ejemplo, el NCI (National Cancer Institute) y la ACS (American Cancer Society) son parte del *cancer establishment*. Está muy ligado a la industria farmacológica.

-*¿Cómo afecta esto a las mujeres?*

-Directamente...por ejemplo, en 1989 los fondos eran bajísimos para la investigación del cáncer de mama, que es el más común para las mujeres y que aumenta con la edad (ver cuadro) -de las 180 mil mujeres diagnosticadas en 1993 con este tipo de cáncer, 45 mil morirán-: sólo el 6% del presupuesto del NCI, es decir, hasta poco eso se traducía en \$80 millones/año. Ahora no es así; gracias al activismo que hemos realizado se perciben \$400 millones/año.

-*¿Qué se hace con este dinero? ¿Cómo se gasta?*

-La mayoría para tratamiento "cirugía, quimoterapia, rayos x", el mismo desde hace 40 años y el así llamado diagnosis precoz, que en realidad, no lo es porque ya está creciendo un cáncer desde 5 a 8 años cuando tiene el tamaño para verse en una mamografía. **Para el cáncer de mama no hay prevención.** El grupo a que pertenezco, Women's Community Cancer Project, enfatiza la necesidad de prevenir el cáncer y organiza para que los fondos se utilicen para esto. Se calcula que el 80% de todos los cánceres -las estadísticas provienen de la Organización Mundial de la Salud- tiene un factor ambiental: tabaquismo, sustancias tóxicas, hormonas, pesticidas, herbicidas. Se sabe, por ejemplo, que cuando las mujeres japonesas, que tienen una baja incidencia de cáncer de mama, emigran a los EE.UU. llegan a tener el mismo nivel de esta enfermedad en una generación que las mujeres estadounidenses. Otra razón para

decir que el medioambiente es un factor es el hecho de que la incidencia de un tipo de cáncer cambia en muy pocos años. Por ejemplo, el cáncer de mama era 1 en 20 en 1940 y actualmente es 1 en 8 en los Estados Unidos.

El riesgo vitalicio de una mujer de contraer cáncer de mama:

Edad	20	1	en	2.500
30	1	en	233	
40	1	en	63	
50	1	en	41	
60	1	en	28	
70	1	en	24	
80	1	en	16	
90	1	en	8	

Fuente: *Journal of the National Cancer Institute*, 2 junio 1993

La población no cambió genéticamente; por eso, se sugiere que son factores ambientales. La otra razón es que hay mucha diferencia en la frecuencia de distintos tipos de cáncer en el mundo. Por ejemplo, el cáncer de mama puede ser 7 veces más frecuente en un lugar que en otro.

-*Esto hace pensar que el medioambiente y el estilo de vida gravitan mucho en esta enfermedad.*

-Mi grupo pregunta cuál es la influencia del medioambiente y el estilo de vida en el cáncer de mama, que es el cáncer más común de las mujeres. Hace unos años, en Israel, se hizo un estudio sobre esta enfermedad, pues este país tiene un alto índice de cáncer de mama. Después de que se prohibió el uso de tres pesticidas en los productos lácteos, hubo un dramático descenso en su mortalidad para las mujeres premenopáusicas. Este estudio sugiere que las pesticidas eran responsables. En los EE.UU., se ha visto en estudios que las mujeres con cáncer de mama tenían en el tejido adiposo del pecho una más alta concentración de PCB y pesticida que las mujeres que no lo padecían. Otro estudio sobre el nivel de pesticidas en la sangre, también realizado en los EE.UU., reveló un más alto nivel de ellas en las mujeres afectadas que en las mujeres sanas.

Es de notar que las pesticidas, llamadas xenoestrógenos, imitan el efecto del estrógeno en el cuerpo. Uno de los conocidos factores de riesgo de cáncer para las mujeres es una menarquía temprana y/o una menopausia tardía, porque esto le significa una prolongada producción de estrógeno.

Pero no son sólo las pesticidas. Se sospechan todos los compuestos clorados -Greenpeace publicó un informe sobre "Breast Cancer: The Chlorine Connection" [Cáncer de mama: la conexión con el cloro]-, bajos niveles de radiación, y campos electromagnéticos. Este informe es sumamente valioso y está disponible en la oficina de Greenpeace en Buenos Aires (Mansilla 3046). Explica muy bien la posible conexión entre el cáncer y el medioambiente.

L.F.

*Rita Arditti: integrante del Women's Community Cancer Project, Cambridge, Mass., USA

Mujer y Cáncer

Introducción

Si una mujer está informada puede participar activamente en la prevención de procesos oncológicos que la pueden afectar. La mayoría de los cánceres diagnosticados precozmente tienen índices de sobrevida muy altos. El aparato genital y las mamas son órganos con una accesibilidad especial, facilitándose por este motivo el diagnóstico temprano. Dentro de los procesos ginecológicos nos referiremos a los más frecuentes.

Cáncer de mama

Constituye actualmente un problema de salud pública por su incidencia considerándose en algunos países una verdadera epidemia. La incidencia aumenta año tras año entre un 2 y 4% y la razón para este crecimiento no es clara, sólo en un 30% de los casos hay un factor de riesgo identificable. La historia natural de esta enfermedad ha cambiado con los años. En 1800 no se diagnosticaban estadios iniciales; actualmente las mujeres están más informadas y consultan ante el menor signo.

Entre los rasgos epidemiológicos que muestran una asociación positiva con esta patología están la alta ingesta de grasa, la historia familiar de cáncer mamario, la obesidad, antecedentes de biopsias previas con diagnóstico de enfermedad benigna proliferativa, la edad temprana de la primera menstruación y tardía de la última, la ausencia de hijos.

Actualmente el riesgo es relativo pues es tal su incidencia que se considera que sólo el hecho de ser mujer es suficiente para presentarlo. La sobrevida en esta enfermedad está influenciada por parámetros dependientes del tumor, del huésped y del accionar terapéutico. Dependientes del tumor, aquí tenemos el más simple de tabular, el más barato: el tamaño es un excelente indicador de estadío. A mayor dimensión hay mayor probabilidad de afectación glandular ganglionar y de recurrencia. A pesar de esto, tumores de 1 cm. tienen en distintas estadísticas entre un 17 y 25% de metástasis ganglionares axilares. Pacientes con un tamaño menor a 1 cm. en el diámetro máximo tiene un especial buen pronóstico con sobrevidas cercanas al 100% a 5 años. Pero por diversos factores, tumores con dicho tamaño son diagnosticados en el examen clínico en aproximadamente el 50% por médicos especializados (influyen cercanía a planos superficiales, tamaño mamario y densidad glandular). Existen otros indicadores pronósticos tumorales: receptores hormonales, características patológicas, cinética celular, oncogenes, enzimas y factores de crecimiento. Los factores que dependen del huésped tienen que ver con sus defensas, su aparato inmunológico. Depende del accionar terapéutico decidir la conducta apropiada en cada caso e implementar los tratamientos complementarios de probada eficacia.

Nuestro problema se centra entonces en cómo diagnosticar los cánceres lo más precozmente posible. El examen clínico y la mamografía son los métodos básicos de detección del cáncer. Ambos son necesarios para obtener el máximo de tasas de detección.

¿Cuándo hacer el examen clínico rutinario?

- Todos los años en toda paciente que concurre por control a cualquier edad.

¿Cuándo realizar la mamografía indicada por el/la especialista?

- La primera mamografía por screening se realizaba a los 35 años, pero desde 1993 la Sociedad Americana de Cáncer recomienda hacerla a los 40, pues se obtiene un mayor beneficio de acuerdo a varias investigaciones.
- De 40 a 49 años se recomienda bianual o en determinados casos de riesgo, anual.
- A partir de 50 años, anual. Está en consideración propuestas de realización bianual.
- Cuando existe sospecha de lesión maligna: no importa la edad, se debe realizar.

Es importante remarcar que es preferible no realizar el screening a que sea de mala calidad ya que éste no sólo oculta el cáncer sino que da una falsa tranquilidad y seguridad al/a la médico/-a y la paciente. El diagnóstico precoz también es importante no sólo por la posibilidad de sobrevida sino por la alternativa de conservación mamaria con excelente resultados cosméticos.

De lo antedicho nos preguntamos, ¿pero entonces, sirve el autoexamen mamario? Si yo me lo detecto probablemente éste sea mayor a 1 cm. Sí, es verdad que el autoexamen está muy cuestionado pero creo que sirve y mucho por varias razones: 1.- siempre es preferible la detección lo más temprano posible no importa quien lo haga; 2.- la paciente que tiene por hábito el autoexamen previa enseñanza, con el tiempo tiene un excelente conocimiento de sus mamas y puede detectar cualquier anormalidad; 3.- la mayoría de las pacientes con patología mamaria concurren por haberse detectado un nódulo ellas mismas; 4.- un cáncer puede ser de rápido crecimiento y a pesar de tener mamografía y examen clínico actualizado, se puede presentar dentro del año (cáncer de intervalo). El autoexamen debe hacer en lo posible una vez al mes, posmenstruo (5º a 8º día del ciclo).

Cáncer de cuello uterino

Esta patología debería estar erradicada en todo el mundo debido a la accesibilidad única del cuello uterino al estudio de sus células y tejidos que permite una intensiva investigación de cualquier lesión. En países desarrollados presentan muy pocos casos de estadios avanzados pero en nuestro país es muy alta la incidencia a lo largo de toda su extensión. Las investigaciones han mostrado que la mayor parte de los tumores de esta localización tienen un inicio gradual y que sus precursores preinvasivos pueden existir en una fase reversible o como enfermedad *in situ* o localizada por algunos años; estos fenómenos son asintomáticos pero pueden ser fácilmente diagnosticados.

Hay exhaustivos estudios que muestran que los programas de screening cervical reducen la mortalidad de la enfermedad maligna de esta localización. ¿Cuáles son los estudios que nos pueden dar la tranquilidad de presentar un cuello sano? La realización anual de una toma citológica de cuello uterino (papanicolaou) que

debe reunir algunas condiciones como no presentar la paciente infecciones vaginales (en dicho caso deber ser previamente tratada), realizar abstinencia sexual de por lo menos 48 horas, no haber realizado lavados ni duchas vaginales y no presentar menstruación. Estas medidas son necesarias para que el/la citólogo/-a tenga una muestra adecuada y la toma de células sea realmente exitosa y se pueda realizar una correcta lectura de la misma. La toma debe contener células exocervicales (de la parte externa del cuello uterino) y endocervicales (de la parte interna o canal del cuello uterino); para ello se cuenta actualmente con diferentes dispositivos como el citobrush.

Pero en diferentes estadísticas alarma el alto porcentaje de falsos negativos de estas tomas, o sea, el diagnóstico de benignidad o no patología cuando realmente lo hay. Esto se presenta con una frecuencia del 5 al 35% en diferentes estadísticas y se debe a diferentes motivos. Esto disminuye por el uso rutinario de la colposcopia que es la visualización con lentes de aumento del cuello uterino. Ambos métodos tienen aproximadamente el mismo porcentaje de falsos negativos pero con el uso de ambos éstos disminuyen drásticamente dando una seguridad diagnóstica cercana al 100%. El control por screening puede extenderse a más de un año pero por algunos reportes de procesos de crecimiento rápido se aconseja hacer el estudio citológico (pap) por lo menos una vez al año unido a la colposcopia en toda paciente desde el inicio de la actividad sexual.

Cáncer de endometrio o de cuerpo uterino

Existe una creencia errónea sobre la "benignidad" de esta patología. Esta se presenta en forma constante y sostenida. La etiología es desconocida y hay factores de riesgo que son discordantes en diferentes estadísticas (ausencia de hijos, esterilidad, obesidad, ingesta de estrógenos). Lo que sí sabemos es que en estadios iniciales estas pacientes tienen altos índices de curabilidad. No sólo ocurre en pacientes posmenopáusicas; en un 5% de los casos se presenta en pacientes menores de 40 años. Hay un porcentaje importante de pacientes que presentan síntomas y no consultan hasta pasado cierto tiempo. El principal signo de esta enfermedad en la posmenopausia está dado por metrorragia, o sea presencia de sangre proveniente de la cavidad uterina. Puede ser escasa, mínima, de pocos o muchos días de duración, de color rojo, rosado o amarronada, o puede presentarse flujo maloliente. En la paciente que menstrúa puede ocasionar abundante menstruación o que ésta dure más tiempo de lo habitual o pérdidas en otro momento del ciclo.

En la actualidad existen diferentes métodos para realizar la detección de esta patología:

- la ecografía ginecológica, sobre todo la transvaginal que tiene una excelente sensibilidad para ver la cavidad endometrial, el endometrio, pudiendo medirlo con exactitud y la pared uterina observándose cualquier alteración.
- la histeroscopía es un equipo que permite la observación directa del endometrio y se pueden diagnosticar las causas del sangrado.

- la biopsia de endometrio que se puede hacer por medio de un raspado y requiere anestesia general.

Actualmente se cuenta con equipamientos que en determinadas circunstancias permiten obtener una muestra histológica sin realizar anestesia. Lo importante es que toda mujer sepa que cualquier pérdida sanguínea que aparezca fuera de su menstruación normal o que ésta se altere en cantidad o duración no piense "es la edad", "ya pasará" o "son signos de la menopausia". Debe consultar de inmediato al médico/-a. En pacientes con obesidad, hipertensión, diabetes, que han padecido cáncer de mama, que toman tamoxifeno (producto de amplio uso en oncología), que tuvieron ingesta de estrógenos prolongada, algunos grupos investigan sistemáticamente el endometrio por considerarlos de riesgo para padecer patología endometrial. Toda paciente que va a recibir estrogenoterapia de reemplazo en la meopausia (fisiológica o provocada) debe tener estudiado citológicamente su endometrio.

Cáncer de ovario

En Estados Unidos es la 6^a más común en la mujer y la cuarta causa de muerte por cáncer en la mujer, la causa más común de muerte por cáncer ginecológico (52%) y el cáncer que se diagnostica con más frecuencia en un estadio avanzado. Esto es de capital importancia: el 70% de los diagnósticos de cáncer de ovario se hace cuando éste presenta un estadio avanzado (III o IV), por un lado porque esta patología es silente, o sea no da síntomas o éstos son muy difusos (alteraciones digestivas, dolores tenues o trastornos inespecíficos abdominales). Es nuestro grave fantasma.

Poco sabemos, o mejor dicho, nada sobre la etiología. Se habla de un *factor ambiental* (ciudades industrializadas, etc.); uso de talcos en la zona perineal; presencia de amianto; la dieta con una alta ingesta de carne y grasa animal, galactosa (con alta ingesta de yogur y queso cottage en forma significativa asociada con deficiencia de la enzima que la metaboliza); factores endócrinos: uso de anticonceptivos orales desciende su incidencia, los embarazos también (desciende el riesgo en más o menos 40%) y factores genéticos.

Luego de la muerte en mayo de 1989 de Gilda Radner, una famosa comediante norteamericana, con un artículo publicado en el diario *Washington Post* se refirió al registro para cáncer de ovario familiar –del Roswell Park Cancer Institute creado para el conocimiento y por la necesidad de un apropiado consejo genético– y a la posible asociación genética del cáncer de ovario. Después de este artículo las denuncias de casos en los registros se incrementaron dramáticamente. Artículos sobre dicho registro aparecieron en los principales diarios y programas de la T.V. de EE.UU. extendiendo sus brazos a Italia, Francia y Australia. La anormalidad genética que causa el cáncer de ovario no ha sido reportada. Investigaciones citogenéticas han revelado alteraciones de los cromosomas 1, 3, 6 y 11 asociadas con cáncer ovarino. Entre los factores pronósticos de este tumor figura el

estadio tumoral. Esto quiere decir que o está localizado exclusivamente en el ovario o se ha extendido más allá del mismo. Recordemos que en alrededor del 70% de los casos esta patología se diagnostica en el estadio III, cuando ya ha pasado los límites del aparato genital y se ha extendido a la cavidad abdominal. También recordemos que en estos casos la sobrevida se reduce. Entonces lo primordial es el diagnóstico lo más temprano posible. ¿Cómo? Concurriendo al control anual para el examen ginecológico. Si la paciente es delgada, con el tacto pueden delimitarse muy bien los ovarios, realizándose una ecografía anual con medición de los mismos, concurrir al/a la médico/-a si se presentan síntomas indefinidos abdominales, sobre todo del aparato digestivo (dolor, hinchazón abdominal, sensación de distensión, diarrea, estreñimiento, vómitos).

Un control especial requieren las pacientes con historia familiar de cáncer de ovario. Allí se recurrirá a un estudio ecográfico minucioso que es posible en la actualidad con los excelentes equipos con que se dispone en forma semestral. También la utilización de la vía transvaginal ha aumentado la sensibilidad del método para la detección ginecológica. Los "marcadores tumorales" de que disponemos en la actualidad, Ca 125, Ca 19-9, no tienen una buena sensibilidad en el diagnóstico precoz y su uso es discutido. Es controvertida la extirpación profiláctica de ovarios de estas paciente a los 35 años.

Dra. Dora C. Pérez, médica cirujana.
Especialista en ginecología y obstetricia

En la Argentina, la despenalización y legalización del aborto más que generar un clima de debate acalorado y desencuentros entre posiciones extremas, genera un clima de silencio. Por supuesto que los medios de comunicación responden –disciplinadamente– o provocan el ocultamiento, a excepción de algunos medios gráficos y radios alternativas.

En el ámbito de los partidos políticos son contadísimos los que instalaron el tema en sus pautas programáticas. Para sorpresa de muchas, no todos los integrantes del espacio de la izquierda aprueban su legislación. El Partido Obrero, el Movimiento Socialista de los Trabajadores, el Movimiento al Socialismo, El Frente por la Democracia Avanzada, el Partido Comunista, el Partido Socialista Auténtico, son los que se expedieron afirmativamente. Mientras que en la Unidad Socialista, el Partido Socialista Democrático es más proclive en tanto el Partido Socialista Popular es más resistente a tomar una determinación.

Esta situación de falta de compromiso por parte de las instituciones políticas se vislumbra en los proyectos de leyes presentados en la Cámara de Diputados. Sólo existe uno: "Ley de educación sexual, provisión gratuita de métodos anticonceptivos, despenalización del aborto y atención gratuita por parte del Estado", de Luis Zamora, ex-diputado del Movimiento Socialista de los Trabajadores, entregado el 9 del diciembre de 1993. También, se dispone de información que el diputado del Partido Socialista Democrático, profesor Alfredo Bravo, ha elaborado un proyecto pero que aún no lo ha lanzado al ruedo.

Ante tanta parálisis, desde el movimiento de mujeres surge un anteproyecto de ley de anticoncepción y

abortion, bajo la responsabilidad de la Comisión por el Derecho al aborto, presentado el 28 de setiembre de 1992 en mesa de entradas de la Cámara Baja. Dicha Comisión, de todas las agrupaciones que trabajan en el tema, es la que aparece con más permanencia en el escenario público. Han abierto una mesa de venta de sus publicaciones frente al Congreso nacional que concurre semanalmente con pancartas y consignas con el objetivo de generar debates y juntar firmas en apoyo al anteproyecto. Asimismo, en un artículo publicado recientemente en el diario *Página 12* alerta sobre la intencionalidad de la Iglesia en introducir –con motivo de la reforma constitucional– el derecho a la vida desde la concepción. La aceptación de este criterio no sólo acarrearía la inconstitucionalidad de los casos en los que actualmente está autorizado el aborto, sino que lo convertiría en homicidio.

Frente a la posibilidad de prohibir los casos ya establecidos y de no poder avanzar en torno a su despenalización y legalización, para el 8 de marzo se publicó una amplia solicitada con el apoyo de personalidades del mundo de la cultura, sindical, político, del movimiento de mujeres y de derechos humanos.

En síntesis, aún falta recorrer un largo camino para que el derecho humano básico de la mujer a interrumpir su embarazo y no someterse a la maternidad forzada sea ley.

Mabel Bellucci

VI Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe

Decidí ir a El Salvador sin muchas expectativas, pero con el convencimiento de que todavía no era el momento de romper el ritual energizante que para mí se repite desde Lima, allá por el 83. Es que la multiplicidad de perspectivas y variantes temáticas y de acción del movimiento, la comprobación de su riqueza, pluralidad y diversidad son un motor vigoroso e irreemplazable. El trabajo barrial, el desarrollo teórico, la inserción en partidos políticos, la militancia desde las ONGs, el lobby legislativo, la organización autónoma encuentran un espacio específico de debate, revisión o confirmación de las prácticas.

Si cada Encuentro tuvo sus ejes prioritarios, pareciera que éste puso el sello irreversible a un movimiento atento, cruzado e interpenetrado por los grandes debates internacionales, las profundas transformaciones regionales y sus impactos sobre las mujeres. Cada vez de manera más franca y notoria el movimiento feminista parece transitar desde el camino de la mirada hacia adentro, las temáticas específicas, la búsqueda de identidad y códigos propios hacia el debate sobre la interlocución con otros movimientos sociales, otros actores en un escenario amplio y complejo.

La llegada a El Salvador anticipó esta perspectiva. Las reiteradas amenazas previas al Encuentro se materializaron en el aeropuerto negándose el ingreso al país a alrededor de 100 mujeres –entre ellas las argentinas– al mismo tiempo que se retenían los pasaportes, durante más de seis horas, sin la menor explicación. No hubo pánico, pero sí preocupación entre nosotras. Y también confirmación de nuestra fuerza. En tiempo mínimo, con nuestras embajadas, se organizó una presión efectiva sobre los oídos gubernamentales. Entre tanto, y en ese ámbito, ya habíamos inaugurado simbólicamente el Encuentro.

En el marco de un país que contiene aún fuertes contradicciones y con un proceso de pacificación más que precario, se hizo visible que el feminismo implica una cuota de riesgo y subversión (y también poder) apreciable. Nos sentimos seguras y resguardadas (en realidad literalmente aisladas: sin diarios, ni teléfono, ni fax) en la confortable Costa del Sol, sobre el Pacífico, custodiadas por las Fuerzas de Paz de Naciones Unidas en El Salvador que estableció allí una “zona de seguridad”. Pero el agradable confinamiento no impidió que en nuestros talleres y debates se incluyera plenamente la dura realidad de nuestros países, como el conmovedor relato de las haitianas o los profundos debates sobre los reacomodamientos del “nuevo orden mundial” y sus efectos en la región. El impacto sobre los países pobres de los nuevos bloques geopolíticos dominantes, los efectos de la globalización económica, la revolución tecnológica y sus consecuentes desplazamientos de mano de obra dieron lugar a diagnósticos comunes de extrema polarización económica, ajuste estructural, crisis de representatividad de los partidos políticos, debilitamiento de los corporativismos tradicionales, agudización de las distancias entre sociedad civil y política, etc. Pero también se plantearon diversas alternativas, como la red Mujer a Mujer de EEUU, Canadá y México, para analizar paso a paso la aplicación e implicancias del Tratado de Libre Comercio. Y sobre todo cómo, pese a los efectos aparentemente enfrentados (pérdida en

el norte de puestos de trabajo, particularmente femeninos, recuperación en el empleo en las maquilas del sur, sobre todo mujeres) pueden articular demandas e intereses comunes. Fue brillante el análisis de las mexicanas sobre los efectos del Tratado, integrando niveles usualmente disociados: los impactos más macro, en términos del mercado de trabajo y transnacionalización de los capitales, con los cambios en la subjetividad, las relaciones familiares y los impactos ambientales.

Las feministas jóvenes se reunieron a analizar su propia situación. Frescas pero duras, cuestionaron que en el Encuentro se manejaron códigos, tradiciones y redes de conocimiento de las que se sentían excluidas. Y señalaron que estos motivos también desalientan la participación de las jóvenes en el espacio del feminismo. Fue especialmente conmovedor y con dejos de melancolía el taller que intentó una recuperación histórica de los cinco Encuentros anteriores, con los debates, desafíos, contradicciones centrales, conclusiones que signaron Bogotá, Lima, Bertioga, Taxco y San Bernardo. El presente mereció una convocatoria específica a través del taller sobre el feminismo centroamericano, donde se evidenció la fuerza, el dinamismo y la riqueza de un movimiento joven y en crecimiento de cuatro países de la región. También fueron muy fuertes los plenarios sobre Nudos y Avances del feminismo, que entre otros ejes centrales, dio cuenta del debate que recorrió la mayoría de los talleres. Se trata de la oposición entre, por un lado, las que adoptaron perspectivas que discuten centralmente las estrategias de alianza y negociación con otros actores sociales y los poderes instituidos, que buscamos gravitar en la legislación, las políticas públicas y los organismos internacionales, que nos proponemos abrir brechas en las instituciones y ganar espacios dentro de ellas; y por otro lado, las posturas que plantean el feminismo como construcción contracultural, alternativa, y que denuncian y cuestionan las prácticas de relación con las instituciones, a las que consideran “cómplices” en la medida que tienden a fortalecer los mismos poderes que se proponen cambiar o influir. Concepciones encontradas, estrategias de poder opuestas, que necesariamente implican prácticas contradictorias y producen brechas, que hoy por hoy, parecen insalvables.

Norma Sanchís

WHITE PINE PRESS

Serie “The Secret Weavers” dedicada a las escritoras de América Latina:

Pleasure in the Word. Erotic Writing by Latin American Women, Margarite Fernández Olmos y Lizabeth Paravisini–Gebert, comps.

Happiness, [cuentos] y *Sargasso*, [poesía] Marjorie Agosin
Landscapes of a New Land. Short Fiction by Latin American Women, Marjorie Agosin, comp.

Surviving beyond Fear. Women, Children & Human Rights in Latin America, Marjorie Agosin, comp.

Circles of Madness. Poesía de Marjorie Agosín y Fotografías de Alicia D'Amico y Alicia Sanguinetti

Gabriela Mistral. A Reader, Traducción de María Giacchetti
Secret Weavers. Stories of the Fantastic by Women of Argentina and Chile, Marjorie Agosin, comp.

10 Village Square
Fredonia, New York 14063 EE.UU.

Feminaria

L I T E R A R I A



SUMARIO

Ensayo

- Pero “¿es bueno?”: la institucionalización del valor literario, *Jane Tompkins* 2
Cazadoras en el barro, *Silvia Jurovietzky* 9

Poesía y prosa

- Pequeña muestra de la literatura peruana actual escrita por mujeres,
presentación y selección de *Charo Núñez* 12

Pero “¡es bueno!”: la institucionalización del valor literario

Jane Tompkins

El siguiente texto es el último capítulo de un agudo estudio sobre las novelas domésticas estadounidenses. En los capítulos anteriores la autora desarrolla una “re-definición de la literatura y su estudio al considerar los textos literarios no como obras de arte que encarnan temas constantes en formas complejas, sino como esfuerzos para redefinir el orden social. Desde este punto de vista, las novelas y los cuentos no deberían ser estudiados porque lograron escaparse de sus límites temporales y espaciales [algo que los hace sospechosos desde un punto de vista modernista, que evoca el aprecio aestético], sino porque, al articular y proponer soluciones para los problemas que moldean un momento histórico dado, ofrecen ejemplos excelentes de cómo una cultura piensa de sí misma”.

El texto aquí reproducido se dirige específicamente a la indagatoria acerca del valor de estos textos que tanto Tompkins como toda persona que estudia –amén de apreciar– esta clase de literatura siempre recibe: “¿Pero son verdaderamente buenos?”.

L.F.

Muchas veces la gente dice que aunque una puede afirmar el poder o la centralidad e importancia de una novela sobre la base de que se cruza con creencias muy generalizadas en la sociedad y se refiere a problemas sociales apremiantes, esa afirmación no prueba nada en cuanto al valor literario del texto y no hace nada para garantizar su estatus como obra de arte. Esa objeción parece llenarse de una mordacidad especial en este contexto porque aunque acepta la validez de mi argumento a un nivel y hasta sugiere que el punto es obvio –*es evidente* que los best sellers reflejan la preocupación del momento actual–, niega que sea relevante en relación con la crítica literaria. Porque la crítica, dice la objeción, se preocupa de los rasgos específicamente literarios de la escritura estadounidense. Y lo que distingue a una obra como *literatura* es la forma en que se diferencia de los temas transitorios del tipo que yo he estado discutiendo —la revolución (Brockden Brown), la consolidación (Cooper), el renacimiento (Warner) y el abolicionismo (Stowe)—. Desde este punto de vista, el hecho de que una obra se preocupe por dichos temas es una marca no de su grandeza sino de sus limitaciones; cuanto más directamente se preocupa por los temas puramente locales y temporales, tanto menos literaria será, no sólo porque está presa en las fluctuaciones de la historia, sino porque en su intento por moldear la opinión pública se acerca más a la propaganda que al arte y por lo tanto provee material más apto para el/la historiador/-a que para el/la crítico/-a literario/-a.

La objeción, tal como la acabo de expresar, nunca

se dice en estas palabras exactas. Generalmente tiene la forma de una pregunta: ¿pero esas obras..., son realmente buenas?, o ¿y qué me dices del valor literario de *La cabaña del tío Tom*?, o ¿en serio estás defendiendo el lenguaje de Warner? Esas preguntas quieren dar a entender que los niveles de juicio a los que se refieren no son variables. Por el contrario, se los da por sentado entre el público lector calificado.

—Tú y yo sabemos lo que es una buena novela —dice la objeción—, y los dos sabemos que estas novelas están fuera de esa categoría.

Pero la noción de «buena literatura» que invoca la pregunta es precisamente el tema de esta discusión. El sentido tácito de lo que es «bueno» no puede usarse para determinar el valor de estas novelas porque el valor literario es *exactamente* el punto que discutimos. En esta conyuntura, la gente generalmente trata de arreglar la cuestión empíricamente señalando una u otra obra «grande», como *Moby Dick* o *La letra escarlata* y preguntándose si *The Wide, Wide World* (*Ese ancho, ancho mundo*) está en el mismo nivel.

Pero el tema no puede darse por resuelto invocando ejemplos aparentemente incuestionables de excelencia literaria como base para la comparación porque esos textos ya representan una posición en el debate en que están usándolos para decidir. Es decir, su valor, su identidad y sus rasgos constituyentes están disponibles para la descripción sólo por efecto de los modos de percepción y evaluación que yo estoy rechazando. No fue desde un espacio neutral que aprendimos a ver las sutilezas epistemológicas de Melville o la agudeza psicológica de Hawthorne. Esas características están disponibles por efecto de estrategias textuales que no siempre fueron respetables, que tuvieron que explicarse, ilustrarse y defenderse (como yo estoy haciendo ahora con otras) contra otras suposiciones críticas corporizadas en otras obras maestras que parecían igualmente invencibles, incuestionables y excelentes que éstas ahora. Tales estrategias no son estables y no están aisladas: se forjan en el contexto de revoluciones, renacimientos, períodos de consolidación y reforma, es decir, en el contexto de las circunstancias históricas que, supuestamente, no afectan los valores literarios. Incluso en los últimos sesenta años, el canon literario ha sufrido más de un cambio radical a raíz de modificaciones en las circunstancias en las que se movían los críticos que desarrollaron sus valores de juicio.

La evidencia que da base a esa afirmación es dramáticamente evidente si se examina la historia de las antologías literarias.¹

Entre la época en que Fred Pattee hizo selecciones para *Century Readings for a Course in American Literature* (1919) (*Lecturas del siglo para un curso en literatura estadounidense*) y la época en que Perry Miller y sus coeditores decidieron a quién incluir en *Major Writers of America* (1962) (*Escritores fundamentales de los Estados Unidos*), la idea de quién contaba como escritor fundamental y hasta el concepto de «escritor fundamental» habían cambiado dramáticamente. El único volumen de Pattee, compilado al final de la Primera Guerra Mundial, contenía cientos de escritores y en cambio, el trabajo de dos volúmenes de Miller, publicado al final de la Guerra Fría, sólo veintiocho.² Tres años antes, *Masters of American Literature*

(*Maestros de la literatura estadounidense*) de Gordon Ray habían reducido el número a dieciocho; la antología de Macmillan, publicada en el mismo año que la de Miller, había llegado a doce y en 1963, una antología Norton editada por Norman Foerster y Robert Falk había llevado el número a ocho.³ «Al elegir a Emerson, Thoreau, Hawthorne, Poe, Melville, Whitman, Mark Twain, James, Emily Dickinson, Frost, Eliot y Faulkner,» afirmaron los editores Macmillan, «creemos que nadie podrá discutir la selección». ⁴ Pero si hubieran revisado las antologías literarias publicadas desde Pattee, tal vez hubieran estado menos seguros de la falta de debate. Howard Mumford Jone y Ernest Leisy, en el prefacio de *Major American Writers* (1935), dicen categóricamente que «nadie puede cuestionar la afirmación de que Franklin, Cooper, Irving, Bryant, Emerson, Hawthorne, Longfellow, Whittier, Lincoln, Poe, Thoreau, Lowell, Melville, Whitman y Mark Twain constituyen el corazón de cualquier curso sobre historia de la literatura de los Estados Unidos». ⁵

La contradicción que surge si se ponen estas afirmaciones una junto a otra surge de una oposición interna entre los proyectos de selección antológica tal cual los concibieron estos autores. La diferencia entre dos listas de autores «centrales» surge del hecho de que los editores son formadores activos del canon cuyos objetivos y suposiciones diferentes determinan lo que será central y lo que se considerará periférico. Eso surge claramente en los prefacios, donde los editores justifican sus elecciones con ansiedad, las defienden de otras y se disculpan por posibles omisiones significativas. Pero las creencias de los editores sobre la naturaleza del valor literario —es decir, que es «inherente a las obras en sí», intemporal y universal— les impide reconocer su propio rol en la determinación de cuáles son realmente grandes obras.⁶ Por lo tanto, al describir su propia actividad, hablan como si ellos no hubieran jugado casi ningún rol en la decisión sobre los autores que merecían una inclusión. Lo que dicen es que simplemente codificaron elecciones sobre las que «no hay discusión posible». Esa manera de caracterizarse a sí mismos está ilustrada de la manera más específica por Perry Miller, que describe a los autores de su antología como obligatorios para él y sus coeditores. Tuvimos libertad, dice, para no seguir una «línea partidaria», pero, agrega, «eso no significa que los escritores estadounidenses representados en estas páginas dejaran en paz a sus editores. Muy por el contrario. En realidad, *Major Writers of America* debería considerarse un testimonio variado de la fuerza que continúa ejerciendo la literatura por encima del tiempo y en su contra. Tal atracción a tal distancia es lo que señala a un escritor fundamental (*major*).⁷ Pero si es la literatura la que gobierna las elecciones de un crítico y no el crítico mismo o una «línea» que le imponen, entonces es difícil explicar las alteraciones drásticas en las antologías literarias entre 1919 y 1962. No es solamente una cuestión de desacuerdo en cuanto a qué autores exactamente deben considerarse fundamentales: lo que ha cambiado entre una fecha y la otra es todo el carácter de las antologías.

Si tomamos a Pattee y a Miller como representativos, podemos ver que además de una reducción y estrechamiento muy agudos en cuanto a la gama y el

número de autores, ha habido una reescritura virtual de la historia literaria ya que desaparecen por completo ciertos períodos, géneros y modos de clasificación. Entre 1919 y 1962 se dejan de lado más de una docena de autores en el período colonial solamente, y en el período revolucionario, sólo uno de siete logra pasar de 1919 a 1962. Las canciones y baladas revolucionarias se pierden completamente. El período federalista desaparece por completo y también la mayor parte de la primera mitad del siglo XIX. Ya no están los poetas del *fin de siècle* —John Trumbull, Timothy Dwight, Joel Barlow— ni tampoco los autores de letras de comienzos de siglo —Richard Henry Dana, Edward Coate Pinckney, Richard Henry Wilde y John Howard Payne—. No sobrevive ninguno de los autores de canciones —George Pope Morris, Samuel Woodworth, Thomas Dunn English, Phoebe Cary, Stephen Foster—. Las selecciones de *Sueños de un soltero* de D. G. Mitchell ya no están allí y tampoco las oraciones de John C. Calhoun y Daniel Webster. Han desaparecido los historiadores de mediados del XIX, W. H. Prescott, John Lothrop Motley y Francis Parkman, y también los escritores sureños (Simms, Timrod, Paul Hamilton Hayne) y los escritores antiesclavistas —Whittier y Stowe. Desaparecieron Abraham Lincoln y todas las canciones y baladas de la Guerra Civil. De seis humoristas, queda solamente Twain; de los «poetas de la transición» —Bayard Taylor, Edmund Terence Stedman, Thomas Bailey Aldrich, Sidney Lanier, Thomas Buchanan Read, George Henry Boker, Richard Henry Stoddard y Celia Leighton Thaxter—, ni uno. De los escritores de la naturaleza de fines de siglo, ni uno. De una docena de poetas del mismo período, solamente Crane y Dickinson. Los escritores de «color local» —Bret Harte, General Lewis Wallace, Edward Eggleston, John Hay, Joaquin Miller, Helen Hunt Jackson, Henry Grady, Hamlin Garland, George Washington Cable, Joel Chandler Harris, Sarah Orne Jewett, Mary Wilkins Freeman, Mary Noailles Murfree, Charles Dudley Warner— ceden su sitio a Henry James, Henry Adams y Theodore Dreiser. Se borra por completo a los críticos, y también a Edward Everett Hale, Ambrose Bierce, Henry Cuyler Bunner y Frank Stockton. Las «novelistas femeninas» del siglo XX que Pattee agregó a su edición de 1932 —Willa Cather y Edith Wharton— están reemplazadas por Faulkner, Fitzgerald y Hemingway y a excepción hecha de Frost, desaparecen todos los poetas del siglo XX —Robinson, Lindsay, Masters, Sandburg, Lowell, Sterling y Millay—.

El énfasis también cambia. En 1919, Emma Lazarus estaba representada por cuatro poemas y Emily Dickinson por seis. Henry James y Constance Fenimore Woolson, por dos cuentos cada uno; Bret Harte, cinco y Mark Twain, uno. Pattee incluye tantas canciones de la Guerra Civil como poemas de Walt Whitman y menciona en su introducción «Poe o Lowell o Whitman o Burroughs» de una sola vez, es decir, les da la misma estatura, pero actualmente ya casi nadie sabe quién era Burroughs (escribió dieciocho volúmenes de ensayos sobre la naturaleza a fines del siglo XIX) y no se considera que Lowell esté al mismo nivel que Whitman o Poe.⁸

He querido hacer una lista exhaustiva de estas revisiones y exclusiones porque muestran con toda

claridad que la «literatura» no es una entidad estable sino una categoría de límites y contenidos variables. Las antologías de la década del 30, a medio camino entre Pattee y Miller, demuestran que esa variabilidad es una función de las circunstancias políticas y sociales bajo las cuales trabajan los editores de antologías.⁹ Las antologías de esa década incluyen ítems que no habían aparecido en las colecciones anteriores y que muy pocas veces volvieron a aparecer: canciones de vaqueros, Negro spirituals, canciones del ferrocarril, cantos del sudoeste y, en una traducción, las canciones y plegarias de los indios estadounidenses. Incluyen cartas, extractos de diarios íntimos, pasajes de literatura de viaje y gran cantidad de discursos políticos —«El discurso para los ciudadanos recién naturalizados» de Woodrow Wilson, la «Despedida al ejército de Virginia del Norte» de Lee—. Hay ensayos de Margaret Fuller y Sophia Ripley extraídos de *The Dial*, extractos de *Progreso y pobreza* y *Problemas sociales* de Henry George, «Qué significa pragmatismo» de William James y «Verificación del darwinismo» de John Fiske. Hay descripciones de Estados Unidos escritos por escritores europeos y mucho texto de y sobre Abraham Lincoln. Una antología, preparada por profesores de Nueva York, convierte incluso las últimas cuarenta páginas en una especie de «crisol de razas» de las literaturas de Europa y Oriente —pasajes del Libro de los Muertos egipcio; los dichos de Confucio y Gautama Buda; un extracto de Lady Murasaki; poesía griega, hebrea y latina y traducciones de las literaturas de Alemania, Escandinavia, Francia, España, Italia y Rusia—.¹⁰

En las introducciones, los editores de estas antologías parecen estar tratando de reformular sus ideas sobre lo que debería representar una antología y lo que debería hacer la literatura. Dicen que «se han tenido en cuenta criterios estéticos y éticos al realizar este volumen».¹¹ Afirman que quieren combinar «selecciones que representen reflexiones sobre la historia política y social de la era y también las que representen el mejor arte literario de sus autores».¹² Hablan de presentar una «variedad de reacciones» frente a «nuestro gran experimento político, la democracia», al incluir a escritores «de reconocida importancia que descuidaron los editores anteriores».¹³ En todas estas afirmaciones se evidencia una necesidad de mostrar una «conexión» entre «nuestra literatura y la vida y el pensamiento de los Estados Unidos», como si de alguna forma la literatura hubiera delinquido en sus responsabilidades con respecto a la sociedad.¹⁴ En breve, la conciencia político-social de la década del treinta cambia el sentido que tienen los editores de antologías con respecto a sus metas como críticos literarios.

Ese sentido vuelve a cambiar en la década del cincuenta y a principios de la del sesenta. *Major American Authors*, *Masters of American literature* y *Twelve American Writers* de Macmillan, que aparecen al final de la era de McCarthy, la Guerra Fría y la cúspide de la Nueva Crítica, son una respuesta al temperamento conservador de los años de la posguerra, al igual que las colecciones de los treinta son una respuesta a la Depresión. Miller no está preocupado por demostrar la relación de la literatura con el cambio social, la «democracia» o la «vida estadounidense»; al

contrario, insiste en que «debemos reivindicar el estudio de la literatura sobre todo porque el asunto es la literatura y sólo en segundo lugar porque es estadounidense».¹⁵ Se preocupa no por la relevancia social de la literatura, sino por la evaluación, o, como él dice, por dejar bien en claro «cuáles son los pocos picos y cuáles las muchas colinas bajas».¹⁶ La agenda de Miller, tal como pienso demostrar en un momento, pertenece a los años de Eisenhower, de la misma forma en que las antologías de los treinta pertenecen al New Deal. Las diferentes concepciones de la literatura que representan estos dos tipos de antologías —uno que considera que la literatura es la «voz del pueblo» y enfatiza su relación con hechos históricos; el otro, preocupado por problemas de excelencia estética e integridad formal de los trabajos individuales— se destacan en la grieta que se abre dentro de la tradición de las antologías. Desde más o menos 1950 en adelante, se pueden diferenciar tres tipos distintos de antologías: el tipo de los «maestros» representado por Perry Miller, Pochman y Allen, Gordon Ray y Gibson y Arms; el tipo de «variedad rica» representado por Leon Howard y Edwin Cady y un tercer tipo (la Norton y la de Macmillan en 1980) en algún lugar entre los dos.

Y así, aunque los editores de antologías caracterizan sus proyectos de diferente manera, y aunque los contenidos de sus volúmenes varían drásticamente, el único elemento que, irónicamente, no cambia es la afirmación de los editores de que el *mayor* criterio de selección es la excelencia literaria. Pero, como creo que ya queda claro, aunque el término «excelencia literaria» o «valor literario» es constante en el tiempo, su *sentido* —lo que resulta ser la excelencia literaria en cada caso— no lo es. En contra de lo que creía Miller, la gran literatura no ejerce su fuerza contra el tiempo y por encima de él, sino que se modifica con las corrientes cambiantes de la vida política y social.

Sin embargo, alguien podría decir que la teoría de Miller, fueran cuales fuesen sus méritos abstractos, se justifica en el terreno práctico. No hay duda de que los autores representados en su antología *son* los más importantes de los autores estadounidenses, por lo menos en su mayoría, y los que fueron excluidos *son*, en su mayor consideración, trabajos menores. La mayor parte de la gente educada de hoy en día, si le preguntaran qué es mejor, un poema de Stedman o un poema de Dickinson, elegiría el segundo sin duda alguna. Y eso podría tomarse como base para creer en la corrección de las intuiciones de Miller sobre qué autores deberíamos considerar importantes y cuáles no. Pero nuestra convicción de que la elección de Miller es correcta no prueba nada sobre la superioridad intrínseca de los textos que él eligió: lo único que prueba es que nosotros entramos en la literatura de los Estados Unidos a través de antologías semejantes a ésa. El acuerdo general sobre qué autores son importantes y cuáles menores que existe en cualquier momento particular en la cultura crea la impresión de que esos juicios de valor son obvios y auto evidentes. Pero la obviedad de los juicios no es un hecho natural: se produce constantemente y se mantiene a través de la actividad cultural: a través de las antologías literarias, a través de los temas que se tocan en programas de materias de literatura, a través de la crítica de libros,

a través de artículos de revistas, a través de selecciones de clubes de libros, de programas de radio y televisión e incluso los fenómenos aparentemente periféricos que son la impresión de estampillas conmemorativas en honor de Hawthorne y Dickinson, o las excursiones turísticas de Nueva Inglaterra que se detienen en Salem y Amherst. La elección entre Stedman y Dickinson, Stowe y Hawthorne, nunca se hace en un vacío sin desde dentro de una perspectiva particular que determina por adelantado qué texto literario aparecerá como «bueno».

Al decir que un juicio de valor literario siempre tiene una perspectiva y nunca es objetivo ni desinteresado, no quiero que se entienda que no creo que existe el valor literario o que los juicios de valor no pueden o deben hacerse. Siempre hacemos elecciones y por lo tanto juicios de valor sobre qué libros leer, enseñar, estudiar, recomendar o tener en la biblioteca. El punto no es que esas discriminaciones no tengan base: el punto es que las bases sobre las que las hacemos no son absolutas ni están fijas en el tiempo sino que son contingentes y variables. Como decía hacia poco Barbara Smith, nuestros gustos, énfasis, preferencias y prioridades, literarias o no literarias, no existen por sí mismas, no están aisladas: emergen a partir del interior de un sistema de valores dinámico que determina lo que se considerará mejor en un momento dado.¹⁸ Así, por ejemplo, cuando los editores de antologías de fines de la década del cincuenta y principios de la de los sesenta decidieron limitar su selección de escritores estadounidenses a un puñado, lo hicieron dentro de un marco de creencias críticas que estaban insertas a su vez dentro de un contexto cultural más grande. La idea de que la totalidad y la profundidad de representación son preferibles a la variedad ya estaba implícita en la insistencia de la Nueva Crítica en cuanto al estudio de «totales» (textos enteros) y no «partes»; y esa insistencia, a su vez, estaba implícita en el valor positivo que ponía el formalismo en hacer juicios sobre lo estético, valor que oponía a la idea de la significación histórica de las obras de arte. Por otra parte, las doctrinas del formalismo que estaban detrás de la exclusividad de estas antologías no se formaron en forma aislada: estaban implícitas a su vez en una red de circunstancias políticas, legislativas, demográficas e institucionales y de rivalidades entre disciplinas que afectaban la forma en que los críticos articulaban sus objetivos y los llevaban a cabo.

El énfasis que ponían los Nuevos Críticos en las propiedades formales del discurso literario fue parte de una larga lucha de los académicos literarios para establecer al lenguaje literario como modo especial de conocimiento. De ese modo, la crítica podría competir en términos iguales con otras disciplinas, sobre todo con las ciencias naturales, para obtener apoyo institucional. Esa lucha, cuya naturaleza estaba determinada por el prestigio creciente de la ciencia en el siglo XX, se intensificó en la década del cincuenta por el crecimiento de la carrera armamentista y sobre todo el lanzamiento del Sputnik, que agregó impetu a la rivalidad entre las ciencias y las humanidades y urgencia a los reclamos que hacían los críticos por la primacía de la forma para la comprensión de «lo que significaban los poemas».¹⁹ Al mismo tiempo, el énfasis puesto en las propiedades formales tuvo que ver con otro rasgo de la

escena académica de la década del 50, a saber, la forma en que se triplicó la población de las universidades a partir de la ley GI [que hizo posible la educación universitaria para los soldados], la afluencia de dinero de la posguerra y un aumento de la demanda de gente que tuviera un título superior.²⁰ La teoría de la literatura que proponía una interrelación única entre forma y contenido justificaba una lectura cuidadosa como técnica analítica y se prestaba con éxito a la enseñanza de la literatura a nivel masivo. Esas conexiones entre los contenidos de las antologías literarias y los fenómenos históricos como la Depresión, la ley GI, la carrera armamentista demuestran que los juicios de *valor* literario no dependen solamente de consideraciones literarias ya que la idea de lo que es literario está definida por las condiciones históricas cambiantes del tipo que acabo de señalar y anida en ellas. Por lo tanto, el énfasis en los escritores «fundamentales» no vino como respuesta a una súbita percepción de la grandeza de unos pocos genios literarios: surgió a partir de una serie de circunstancias interconectadas que movieron la teoría, la enseñanza y la crítica de la literatura en una cierta dirección.

Pero al afirmar que los criterios de juicio literario dependen de condiciones históricas fluctuantes, no quiero implicar que las «condiciones históricas» son la causa raigal de la que pueden derivarse todo lo demás o que la literatura y la crítica siempre se pueden interpretar a la luz de «hechos en bruto» que existen independientemente de nuestros sistemas de evaluación. No quiero eximir a las descripciones del «contexto histórico» de la variabilidad y contingencia que he discutido con respecto a los valores literarios. Las «condiciones históricas» no son externas a los sistemas de evaluación que modifican: están articuladas dentro de ellos. Así, por ejemplo, las condiciones económicas de la Depresión que hicieron que se prestara atención a la clase obrera, a los inmigrantes, a las experiencias minoritarias y alteraron los contenidos de las antologías literarias, pudieron verse y describirse así a partir de un sistema de valores que ya insistía en la importancia del «hombre» común y se tomaba en serio los sufrimientos del pueblo. La tradición democrática de valores permitió que se notaran ciertos «hechos» o «condiciones» y asumió una forma y una significación que tuvieron prioridad en el pensamiento de la gente y proveyeron una base para que se decidiera qué debía representar la experiencia de la selección de escritura estadounidense. La literatura estadounidense misma, tal como se la representa en las antologías literarias, afecta la forma en que la gente entiende su vida y por lo tanto es responsable por definir condiciones históricas. Por lo tanto, si los juicios de valor literario responden a condiciones históricas cambiantes, se puede decir lo mismo en sentido contrario.

Todo lo que hemos dicho hasta el momento, según se recordará, es una respuesta a la pregunta «pero, ¿es bueno?» que expresa una duda sobre si los trabajos que se han discutido hasta el momento son realmente literarios y por lo tanto merecedores de una discusión seria. Mi táctica quiso demostrar que los presupuestos que forman la base de la pregunta —es decir, que los valores literarios son fijos, independientes y que se puede demostrar su presencia en ciertas obras maes

tras—son erróneos y he utilizado la evidencia de las antologías literarias para destruir estas ideas una por una. Pero en este punto alguien podría decir que a pesar de los cambios en los contenidos de las antologías, hay ciertos autores y ciertos textos que persisten de una década a otra y que por lo tanto, aunque los perímetros del canon varíen, su núcleo permanece fijo, testimonio por lo tanto de los méritos de unas pocas obras maestras. A esa objeción, yo contestaría que la evidencia de las antologías demuestra no sólo que las obras de arte no se seleccionan según un criterio inalterable sino que su esencia misma cambia permanentemente de acuerdo a los sistemas de descripción y evaluación que se ejerzan al estudiarlas o leerlas. Incluso cuando aparece el «mismo» texto en varias colecciones, no se trata del mismo texto en realidad.

Tomenmos como ejemplo el cuento de Hawthorne «*The Maypole of Merrymount*», que aparece en la edición de 1932 de *Lecturas del siglo en literatura estadounidense* junto con «*Sights from a Steeple*», «*The White Old Maid*», «*David Swan*» y «*The Old Manse*». Las otras selecciones que ha hecho Pattee señalan inmediatamente que, aunque el título pueda ser el mismo, no se trata del relato incluido por Hershel Parker en la antología Norton de 1979 porque el contexto en el que aparece en esta última es completamente diferente. Analizaré ese contexto un poco más adelante; examinemos ahora el marco del cuento en 1932.

La introducción de Pattee coloca todo el énfasis en la personalidad y hábitos de Hawthorne y tiene muy poco que decir sobre los cuentos en sí mismos. Su breve biografía describe a Hawthorne como «tímido y solitario», «escribía, soñaba, vagaba por la ciudad de noche», un escritor cuyo puritanismo era «una pálida flor nocturna» que se abría entre «la decadencia y la ruina» de una ciudad cuyos muelles semiderruidos expresaban el sentimiento de «glorias idas». ²¹ El romanticismo de ese retrato contrasta con el enfoque seco, taxonómico de Pattee en cuanto al trabajo de Hawthorne. Pattee nos dice que ha elegido esos cuentos porque ilustran

cinco de los ocho «tipos en los que se pueden dividir los escritos cortos de Hawthorne». ²² Por lo tanto, para los lectores de Pattee el cuento de Hawthorne surge como un objeto que debe identificarse y catalogarse dentro de un sistema de clasificación muy articulado. Porque no sólo es uno de los cuatro tipos dentro de un subgrupo (el de los relatos) dentro de la clasificación de «escritos cortos», que contrasta con otra, la «romances mayores», bajo de la rúbrica de «Hawthorne»: el autor mismo se identifica dentro de un grupo, «el Grupo Concord» (junto con Emerson, Thoreau), que es uno de seis grupos —«los *Historiadores de Mediados de Siglo*» (Prescott, Motley, Parkman), «los *Estudiosos de Cambridge*» (Longfellow, Holmes y Lowell), «*Melville y Dana*», en categoría propia, «el Grupo Sureño» (Poe, Simms y Hayne) y «el Movimiento Antiesclavista» (Whittier, Stowe, Lincoln y canciones y baladas de la Guerra Civil)—, todos los cuales constituyen la categoría «*Mediados de Siglo*» que a su vez es uno de los seis períodos históricos en los que divide Pattee la literatura estadounidense. Este esquema clasificatorio, con sus bases geográficas y cronológicas, se reproduce inevitablemente en el único comentario que hace el autor sobre «*The Maypole of Merrymount*», a saber que es «una leyenda de Nueva Inglaterra». Por otra parte, dado el enfoque taxonómico que hace de los textos literarios, no podría decir otra cosa.

Este enfoque de Hawthorne se revierte dramáticamente si consultamos la antología Norton de 1979. Aquí la biografía es la que es rápida y factual. La introducción de Hershel Parker nos presenta a un Hawthorne «saludable», el de la biografía revisionista de Randall Stewart, el Hawthorne al que le gustaba «caminar por el campo», «beber, fumar y jugar a las cartas» que se reunía con otros, flirteaba y viajaba «hasta más allá de Detroit». ²³ Parker no se excita hasta que empieza a hablar de los cuentos y entonces vuelve a aparecer la fascinación con lo mórbido y lo introverso que habían animado el discurso de Pattee sobre la «pálida flor nocturna». Los cuentos que Parker reimprime junto con «*The Maypole*» —»*My Kinsman, Major Molineaux*» (Mi pariente, el mayor Molineaux), «*Young Goodman Brown*» (El joven Goodman Brown), «*Rappacini's Daughter*» (La hija de Rappaccini), «*Wakefield*», «*The Minister's Black Veil*» (El velo negro del ministro)— según él, se preocupan por la «futilidad», «dificultad» e «imposibilidad» de tratar los problemas del «pecado», la «culpa» y la «aislación». ²⁴ Se trata de sombríos textos freudianos que crearon los críticos de mediados de siglo XX, textos que «se obsesionan por unos pocos temas psicológicos», están llenos de «curiosidad en cuanto a los rincones de los corazones de los hombres», cuentos de un «maestro de la visión psicológica», cuyo «poder de percepción psicológica» era de todos modos fuente de «ambivalencia» por su naturaleza invasiva y sensual. ²⁵ Por lo tanto, cuando el lector llega a «*The Maypole of Merrymount*» en el contexto que provee la antología Norton, el cuento ya no es «una leyenda de Nueva Inglaterra» sino un estudio de las profundidades del corazón humano. La lectura que hace Parker del cuento como «un conflicto entre actitudes luminosas y sombrías frente a la vida» surge directamente de un marco interpretativo que ve a los textos literarios como vehículos de «expresión psicoló-

Sensational Designs. The Cultural Work of American Fiction, 1790-1860, de Jane Tompkins

- 
- Introduction: The Cultural Work of American Fiction
 - I. Masterpiece Theater: The Politics of Hawthorne's Literary Reputation
 - II. What Happens in *Weiland*
 - III. The Importance of Merely Circulating
 - IV. No Apologies for the Iroquois: A New Way to Read the Leatherstocking Novels
 - V. Sentimental Power: *Uncle Tom's Cabin* and the Politics of Literary History
 - VI. The Other American Renaissance
 - VII. "But Is It Any Good?": The Institutionalization of Literary Value

Oxford University Press
200 Madison Avenue
New York, NY 10016

gica», de la misma forma en que la definición de Pattee surge de un marco interpretativo que clasifica los textos según categorías históricas, geográficas y genéricas.

El contexto en el que aparece el cuento en ambos casos lo enmarca de una forma tal que lo cambia por completo. Ni su significado ni su valor permanecen constantes de 1932 a 1979 porque en esos años las estrategias a través de las que lectores y editores construyen los textos literarios han variado. Tal vez sintamos que el editor de Norton tienen razón y que Hawthorne era realmente el «maestro de la psicología» que se dice que es en esa antología. Pero eso es porque nuestro sentido del arte de Hawthorne, como el de Parker, está influenciado por libros como *Los pecados de los padres* de Frederick Crews,²⁶ y por toda una tradición de descripción e interpretación del comportamiento humano que surgió después de que el psicoanálisis sentó sus raíces en los Estados Unidos.

Vale la pena detenerse un momento más en este ejemplo porque ilustra algo importante acerca de la influencia que ejerce la crítica en el canon y lo que representa. La lectura que hace Crew de Hawthorne reforzó la perspectiva psicológica en cuanto a su trabajo y ayudó a determinar *cuáles* de los cuentos de Hawthorne leerían cientos de miles de lectores de las antologías Norton y también la *forma* en que se los interpretaría. La estrategia crítica que guía la lectura de Crews construye en realidad un nuevo Hawthorne, que por un tiempo se transforma en el único Hawthorne, el único que conocerán los estudiantes. Y así como actúa el libro de Crews sobre Hawthorne, así actúan otros trabajos críticos de mucha influencia y amplia difusión sobre la «literatura estadounidense». Libros como *El Adán estadounidense* de R. W. B. Lewis y *La novela estadounidense y su tradición* de Richard Chase son responsables por la forma en que entendemos géneros enteros y períodos completos de la historia literaria, determinamos qué autores son importantes, qué textos leer, qué vocabulario usar como críticos/-as para discutirlos y demás. Esos autores, textos y temas que ahora consideramos rasgos permanentes del paisaje literario y que nos parecen, como decía Perry Miller, «picos de altas cumbres», objetos que siempre han estado ahí.

Es importante reconocer que la crítica crea a la literatura estadounidense a su imagen y semejanza porque la literatura estadounidense da al pueblo de los Estados Unidos un concepto de sí mismo y de su historia. Un ejemplo espectacular de ese fenómeno es el *Renacimiento estadounidense* de F. O. Matthiessen, del cual el fragmento tal vez más importante es éste:

«Los cinco años que pasaron de 1850 a 1855 vieron la aparición de *Hombres representativos* (1850), *La letra escarlata* (1850), *La casa de los siete tejados* (1851), *Moby Dick* (1851), *Pierre* (1852), *Walden* (1854) y *Hojas de hierba* (1855). Se puede buscar en el resto de la literatura estadounidense sin encontrar un grupo de libros igual a éste en vitalidad imaginativa».²⁷

Con esta lista, Matthiessen determinó los libros que leerían los estudiantes y estudiarían los críticos en varias décadas desde la aparición de su obra. Y aún más, tuvo una influencia importante sobre nuestras ideas básicas sobre el tipo de persona que puede ser un

genio literario, los tipos de temas que puede discutir la gran literatura, quién puede ser héroe y quién no, lo que significa comportamiento heroico, actividad significativa, temas centrales. Matthiessen, que creía que la crítica debe ser «*para el bien y la educación de todo el pueblo, y no para alagar a una clase*», creía que los libros que había elegido representaban realmente al pueblo estadounidense, porque estos textos, más que otros, hacían que «*toda el alma de un hombre se pusiera en actividad*» (28).

Pero desde la perspectiva de este estudio, la lista de Matthiessen es exclusiva y clasista en extremo. Si la estudiamos con cuidado, veremos que en ciertas formas fundamentales, la lista no representa lo que pensaba la mayoría de los hombres y mujeres entre 1850 y 1855 sino que corporiza los puntos de vista de una élite muy pero muy restringida social, cultural, geográfica, racial y sexualmente. Ninguno de los textos que nombra Matthiessen está escrito por un cristiano ortodoxo, aunque la mayoría de los estadounidenses lo eran en esos años y era un período en el que los temas religiosos permeaban el discurso cultural. Ninguno trata explícitamente los temas de la abolición y la abstinencia que preocupaban a todo el país en ese período, y dieron pie a textos tan populares como *La cabaña del Tío Tom* y *Diez noches en un bar* de T. S. Arthur. Ninguno de los textos de la lista consiguió popularidad aunque ese período de seis años fue el momento en que surgieron los primeros best sellers norteamericanos. La lista no incluye ningún texto de mujer aunque en ese tiempo las mujeres dominaban el mercado literario. Tampoco incluye trabajos de varones que no sean de origen anglosajón, y en realidad, ninguno de ningún escritor que viviera al sur de Nueva York, al norte de Boston o al oeste de Stockbridge, Massachusetts. Desde el punto de vista que ha gobernado los capítulos anteriores de este libro, esas exclusiones son señales más importantes de la representatividad de una obra literaria que el poder que puedan tener para movilizar «*toda el alma del hombre*».

Lo que quiero enfatizar aquí es que este estudio y el Matthiessen son intentos competitivos para constituir la literatura estadounidense. Este libro defiende el valor de ciertas novelas que los principios modernistas de Matthiessen hacen a un lado. En lugar de verlas como mero entretenimiento o como obras de arte interpretables fuera de contexto, que derivan de su valor como «vitalidad imaginativa» y se dirigen a entidades transhistóricas como el «*alma del hombre*», yo las veo como partes de un trabajo cultural dentro de una situación histórica específica y valorizarlos por esa razón. Veo que sus argumentos y personajes dan a la sociedad un medio de pensarse a sí misma, definir ciertos aspectos de la realidad social que comparten autores y lectores, dramatizando los conflictos y recomendando soluciones. Es la idea de los textos literarios como objetos que realizan un trabajo, expresan y dan forma al contexto social que los produce la que yo quiero utilizar para reemplazar la perspectiva crítica que los ve como intentos de lograr un ideal universal y eterno de verdad y coherencia formal. El Renacimiento Estadounidense, como lo vemos ahora, ofrece a la gente una imagen de si misma y de su historia, con conceptos de justicia y de naturaleza humana, actitu

des hacia la raza, la clase, el sexo y la nacionalidad. El canon literario, tal como está codificado por una élite cultural, tiene poder para influenciar la forma en que piensa el país en cuanto a un amplio espectro de temas. La lucha en este momento es sobre qué autores merecen estatus en el canon y no se trata solamente de una lucha sobre los méritos relativos de los genios literarios: es una lucha entre facciones contrarias por el derecho a estar representadas dentro de los esquemas que los Estados Unidos hacen de sí mismos.

Traducción: **Márgara Averbach**

Notas

¹Carolyn Karcher me llamó la atención sobre cómo las antologías literarias reflejan las corrientes cambiantes de la vida social y política al referirme a la discusión de Bruce Franklin sobre este fenómeno en *The Victim as Criminal and Artist: Literature from the American Prison* (New York: Oxford University Press, 1978). pp. xiii-xxii. Para más información acerca de las antologías literarias estadounidenses y su relación a temas sociales y culturales, ver Paul Lauter, "Race and Gender in the Shaping of the American Canon: A Case Study from the Twenties", *Feminista Studies*, 9, N° 3 (Fall 1983), pp. 432-463.

²*Century Readings for a Course in American Literature*, ed. Fred Lewis Pattee, 1^a ed. (New York: The Century Co., 1919); *Major Writers of America*, ed. Perry Miller et al. (New York: Harcourt, Brace & World, 1962), I.

³*Masters of American Literature*, ed. Gordon N. Ray et al. (Boston: Houghton Mifflin, 1959); *Twelve American Writers*, ed. William M. Gibson y George Arms (New York: Macmillan, 1962); *Eight American Writers*, ed. Norman Foerster y Robert P. Falk (New York: W.W. Norton & Co., 1963).

⁴*Twelve American Writers*, ed. Gibson, p. vii.

⁵*Major America Writers*, ed. Howard Mumford Jones y Ernest Leisy (New York: Harcourt Brace and Co., 1935), p. v. Lauter señala al más notable contraste entre los nueve escritores Foerster eligió en 1916 para representar a la prosa estadounidense en *The Chief American Prose Writers*, ed. N. Foerster (Cambridge, MA.: The Riverside Press, 1919) y los ocho nombres eligió en 1963 en *Eight American Writers*. Sólo tres nombres aparecen en ambas listas.

⁶La cita es del prefacio a la *Antology of American Literature*, ed. George McMichael et al. (New York: Macmillan, 1974).

⁷*Major Writers of American*, ed. Miller, pp. xix y xx.

⁸*Century Readings*, ed. Pattee, p. v.

⁹Ver, por ejemplo: *American Literature*, ed. Thomas H. Briggs et al. (Boston: Houghton Mifflin, 1933); *American Poetry and Prose*, ed. Robert Morss Lovett y Norman Foerster (Boston: Houghton Mifflin, 1934); *Major American Writers*, ed. Jones; *American Life in Literature*, ed. Jay Hubbell (New York: Harper and Brothers, 1936); and *A College Book of American Literature*, ed. Milton Ellis et al. (New York: American Book Co., 1939). En los años 30 aparecieron nuevas clases de antologías especializadas, tales como *Proletarian Literature*, ed. Granville Hicks et al. (New York: International Publishers, 1935).

¹⁰Este fue *American Literature*, ed. Briggs.

¹¹Op. cit., p. iv.

¹²*A College Book of American Literature*, ed. Ellis, p. v.

¹³*American Life in Literature*, ed. Hubbell, p. xxiii.

¹⁴Ibid.

¹⁵*Major Writers of America*, ed. Miller, p. xviii.

¹⁶Ibid.

¹⁷*Major Writers of America*, ed. Miller; *Masters of American Literature*, ed. Henry A. Pochman y Gay Wilson Allen (New

York: Macmillan, 1949); *Masters of American Literature*, ed. Ray; *Twelve American Writers*, ed. Gibson y Arms; *American Heritage, An Anthology and Interpretive Survey of Our Literature*, ed. Leon Howard et al. (Boston: D.C. Heath & Co., 1955); *The Growth of American Literature, A Critical and Historical Survey*. Edwin Cady et al. (New York: American Book Company, 1956); *The Norton Anthology of American Literature*, ed. Ronald Gottesman, Laurence B. Holland, David Kalstone, Francis Murphy, Hershel Parker, William H. Pritchard (New York: W.W. Norton & Co., 1979); *Anthology of American Literature*, ed. George McMichael et al., 2^a ed. (New York: Macmillan, 1980).

¹⁸Barbara Herrnstein Smith, "Contingencies of Value", *Critical Inquiry*, 10, N° 1 (September 1983), pp. 1-35.

¹⁹En 1958, once meses después del lanzamiento del Sputnik, el presidente estadounidense nombró a un asistente especial para la ciencia y la tecnología y el gobierno aprobó el National Defense Education Act, que aumentó los subsidios para alumnos en las matemáticas, las ciencias naturales y sociales y las lenguas modernas. Ver: Daniel Snowman, *America Since 1920* (new York: Harper & Row, 1968), p. 128.

²⁰Paul A. Carter, *Another Part of the Fifties* (New York: Columbia University Press, 1983), p. 169.

²¹*Century Readings in American Literature*, ed. Fred Lewis Pattee, 4^a ed. (New York: The Century Co., 1932), p. 343.

²²Op. cit., pp. 343-344.

²³*The Norton Anthology of American Literature*, ed. Gottesman, p. 875.

²⁴Op. cit., p. 876.

²⁵Ibid.

²⁶Frederick Crews, *Sins of the Fathers: Hawthorne's Psychological Themes* (New York: Oxford University Press, 1966).

²⁷F.O. Matthiessen, *American Renaissance; Art and Expression in the Age of Emerson and Whitman* (New York: Oxford University Press, 1941), p. vii.

²⁸Matthiessen, p. xi, afirma que "generaciones sucesivas de lectores comunes que toman las decisiones han acordado que los autores más grandes de la era pre-Guerra Civil son los cinco a quienes yo estudio". Pero en el período que delimita Matthiessen, 1850 a 1855, los lectores comunes estaban atraídos por las obras de Susan Warner, Harriet Beecher Stowe, Fanny Fern, Grace Greenwood, Caroline Lee Hentz, Mary Jane Holmes, Augusta Jane Evans, Maria Cummins, D.G. Mitchell, T.S. Arthur, and Sylvanus Cobb, Jr. Ver James D. Hart: *The Popular Book: A History of America's Literary Taste* (Berkeley: University of California Press, 1950). Excepto por Emerson, ninguno de los autores que Matthiessen nombra fue leído por el lector común, ni tampoco tuvieron ellos el poder de asegurar su sobrevivencia.

Matthiessen, un militante de izquierda en la década de los 30, necesitaba creer que las obras que había elegido representaban a "toda la gente", a la vez que, debido a su compromiso crítico formalista, necesitaba creer que cumplían con "los requisitos constantes del arte bueno". Como mostró Johathan Arac en "F.O. Matthiessen, Authorizing an American Renaissance", *The American Renaissance Reconsidered, Selected Papers from the English Institute, 1982-83*, ed. Walter Benn Michaels y Donald E. Pease (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1985), pp. 90-112, debido a la política de construir alianzas adoptada por el Popular Front en los últimos años de la década del '30, Matthiessen pudo combinar su cristianidad, su ideología política de izquierda y su compromiso crítico formalista mediante una estrategia de "reconciliación", que enfatizaba la continuidad del presente con la "gran tradición" de la literatura estadounidense.

Cazadoras en el barro¹

Silvia Jurovietzky

Amalia, la novela de José Mármol, es un texto que forma parte del canon de la literatura argentina del siglo XIX. También forma parte del canon crítico leer en *Amalia* los procedimiento románticos, el alegato contra la tiranía de Rosas y el sistema binario planteado en los términos de civilización y barbarie. Estas lecturas, que están fundamentadas en el texto, sin embargo no advierten que el género sexual es una de las articulaciones fuertes de ese sistema binario y maniqueo.² Mármol utiliza una serie de procedimientos que ponen en escena el carácter cohercitorio del género y que ordenan las conductas de los personajes femeninos de la novela de acuerdo con su interés político.

En mi lectura prefiero dar énfasis a las figuras femeninas que no se identifican rápidamente con una identidad coherente para la hegemonía, que no pueden reconocer voz de autoridad, sino que ejercen sus prácticas y discursos desde la diferencia. Por lo tanto dejaré afuera a aquellos personajes que cumplen con lo previsto por el género: las alabadas hasta el cansancio Amalia y Florencia, mujeres que reúnen en su prontuario el ser bellas, cultas, unitarias y de clase alta. Me centraré en doña María Josefa de Ezcurra, la señora de N y las negras,³ cuyas identidades pueden reconstruirse desde la diferencia. En estos personajes puede leerse una zona que desde el género articula política, clase, raza.

La novela se abre y se cierra con narraciones vinculadas a crímenes políticos. Es la violencia que recorre la ciudad de Buenos Aires en 1840, llamado "año de terror", la que define un modo de narrar: escaparse de la ciudad maldita "de donde la mirada de Dios se había apartado" (p. 99), partir hacia Montevideo, la ciudad ilustrada. La novela de exilio cruza el modelo del relato como investigación con el de viaje.⁴ Este narrador dice que para poder asegurar un relato continuo sobre el enigma que pesa sobre mi ciudad, se debe sacar el cuerpo de ella. La insistencia en investigar y descubrir al unitario que escapó de la matanza del 4 de mayo funciona como un hilo conductor que, a la vez que mantiene el suspense, impulsa la acción en *Amalia*. Cuando doña Josefa hace su aparición intuimos que algo va a pasar.

Doña María Josefa de Ezcurra es el blanco preferido del narrador, asociada a lo diabólico, exponente sobresaliente de la sociedad de delincuentes que está en el poder. Justamente porque no participa de los atributos prescritos para las unitarias, su figura convoca un registro textual más expresivo: mala semilla, diablo, vieja, ojillos de víbora, máquina de cuchillos. Un androide, eso es lo que sería este personaje para Philip Dick,⁵ un ser que trabaja para la muerte. Pero no estamos ubicados en la sutilezas narrativas de fines de siglo XX, donde detrás de una máscara temible se puede percibir un rostro inofensivo, sino en la mitad

del siglo XIX, y en los comienzos de la literatura argentina, detrás de la máscara del monstruo, se esconde el monstruo.

En una primera lectura Josefa y Daniel Bello podrían aparecer como personajes con una función equivalente: ella trabajando para el bando federal y él para el unitario, respondiendo a un régimen romántico de facciones. La tarea de Daniel Bello consiste en borrar huellas, confundir, esperar y espionar; el enigma para él no existe –igual que para el narrador-. A lo sumo se desplaza a otro: ¿Qué información tiene el enemigo? La intriga está puesta en la investigación de Josefa; los capítulos en que no participa son una dilatada espera. Morosidad insulsa en las descripciones de los personajes unitarios, lenta evolución del tema amoroso. Escudo de Gorgona de Rosas, es el único detective **eficaz** de la novela. A las preguntas ¿Quién fue el que se nos escapó? ¿Qué es lo que sucedió? ella responde: cuando llegue a la verdad habrá un muerto o más de uno.

La lectura se exaspera cuando Eduardo Belgrano, el prófugo de las barrancas, no parte al exilio junto a Florencia. Este podría ser uno de los puntos ciegos del texto. En la lógica real la permanencia del unitario perseguido en Buenos Aires no tiene explicación, pero en la lógica ficcional es imprescindible. La novela avanza en la búsqueda de la prueba que Eduardo Belgrano lleva en su cuerpo: la herida en el muslo izquierdo. Si viaja a Montevideo, el motor narrativo deja de funcionar. Podría pensarse que una característica de los textos que se proponen como de denuncia es que las pruebas de la opresión se tienen que llevar en el cuerpo de alguno de los personajes de la historia.

Pareciera que Belgrano en su espera adopta una actitud pasiva, femenina.⁶ Si seguimos este registro, la cuñada de Rosas que es la que lleva adelante la acción, la búsqueda, el hilo conductor de la novela (estableciendo como su símbolo el arma federal, el puñal) en forma análoga podría ser descrita como una mujer fálica. Es un personaje al que se le atribuyen caracteres del género masculino. Pero con esta lectura no se conseguiría más que reafirmar, en una inversión, el discurso hegémónico que se intenta desmontar.

Desde una perspectiva de género, el accionar de Josefa pone en escena una configuración posible de sujeto mujer capaz de violar los ámbitos privados. La misma dificultad de representación de estas mujeres inclasificables, proscritas del género femenino (por el discurso patriarcal) se puede leer en la forma de nominar a la única agitadora unitaria: "No es el marido de la señora de N ... en ese matrimonio están invertidos los sexos" (p. 248). De N, un nombre que no es un nombre; es una marca. Y ni siquiera una marca propia; es la marca de una posesión conyugal. Nombre elidido, obliterado, proscrito. Nuevamente lo inesperado de los atributos femeninos es leído como inversión de género sexual de acuerdo al reparto binario. Josefa y N, la más federal y la más unitaria respectivamente, impugnan esta ideología dentro del texto. Hacen proselitismo, actúan en el espacio público según el poder del que disponen. La señora de N tiene como único espacio el salón de baile. Busca aliados para su causa, está a la pesca de alguna damita desprevenida para comprometerla con su charla y dejarla marcada.⁷ Josefa recorre todos los espacios porque tiene poder. Por medio de la

delación posee el cuerpo de los otros; la extensión de su cuerpo es el cuerpo de la Mazorca. Hace proselitismo entre las negras, las chinas y los soldados con la consigna de “igualdad de clases”. Por el contrario, pareciera que Mármol maneja la tesis de “igualdad de animales”. “La joven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir a toda la fuerza de su espíritu, y a su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre la multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porción de *hombres vestidos de colorado*” (p. 104, el énfasis es mío). La cita es de por sí elocuente. En el mundo del trabajo hay algo que huele mal y las mujeres que tienen las tareas más sucias entran a formar parte del mundo animal.

Josefa desarma este discurso hegemónico a través de sus artículos en la prensa, donde previene sobre el descuido que hay en el control y castigo de las mujeres unitarias. Si la mujer es un animal, entonces es un animal político capaz de diseñar estrategias de resistencia, como la señora de N.

A partir de lo anterior se puede pensar que doña María Josefa de Ezcurra y la señora de N trabajan como un doble. A la manera del Doctor Jekyll y Mister Hyde: reparten los valores de la cultura y las pasiones horro-rosas. Dos lugares que aparecen como distintos, pero que finalmente se revelan como idénticos en la impugnación del modelo prescripto.

En el recorrido, en el mapa que diseña de la ciudad esta novela, estos dos personajes no se cruzan nunca. El espacio de la señora de N es el del baile y su casa. El de Josefa es su casa, pero como punto de partida; es el lugar desde donde tiende los hilos que la conducen a todos los ámbitos de Buenos Aires.⁸ Estas mujeres no son valiudadas por la acumulación de objetos –decorados, vestuario, libros– sino por la acumulación de saberes sobre la gente. La señora de N “pareciera saber de memoria la biografía” (p. 247) de los asistentes al baile. Josefa es “una emperatriz de nuevo género ... [en una casa donde se acumulan] reunidos y mezclados, el negro mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media” (p. 310). A la manera de los titiriteros la señora de N se burla de las ridiculeces de los “muñecos” de baile; Josefa va más allá: practica el esperpento. Moverá los hilos de tal modo que logre un final sanguinario. Ambas hacen un uso ostensible del titeo. Son las únicas mujeres que se permiten reírse de las demás personas. A diferencia de otras congéneres congeladas o ridículas, éstas producen su propio placer. La señora de N lee y describe las marcas de los federales –la ropa, los gestos, las miradas–. Construye ficciones que sostengan sus tesis de que los federales son bárbaros. El trabajo es intelectual, de lectura y de crítica. Josefa extorsiona e inquieta a todos menos a Rosas y a su hija. Ella también lee, pero lo hace en la ausencia de marcas, en lo que no se muestra, en la falta de divisas o de entusiasmo por la causa federal. Su discurso y su mirada tienen poder; penetran los cuerpos, producen miedo, delaciones, sometimientos. Como un oráculo espera a los que van a consultarla a su casa. A veces recibe y otras no. Acepta ofrendas y cuando habla dice cosas inesperadas. El narrador le atribuye la facultad de “construir ficciones repugnantes”.

Hasta aquí las dos se manejan con métodos

deductivos, a la manera del policial clásico. Son detectives que trabajan a partir de una secuencia lógica de hipótesis.⁹ Sin embargo, cuando Josefa ve frustrada su investigación por medio del desciframiento del enigma recurre a otros métodos que están sostenidos por el funcionamiento del Estado. Su actuación dentro del engranaje del poder no está aislada; aunque no esté asociada en forma institucional a él, si lo está por la eficacia política que detenta y por poseer sólidos vínculos de sangre con Rosas. A partir de este momento se manejará como en el policial negro. Ya no hay misterio: asesinatos, estafas, extorsiones, delaciones forman parte de una cadena política y económica. Todo se paga, las cosas no huelen bien, el lenguaje de la acción es hablado por el cuerpo. Se pasa de la burla a la violación, pero para esto se necesita más que la mirada y el discurso. Se necesitan las manos. Manos que descubren el trabajo, que tocan el dinero.

Las manos forman parte de un registro textual privilegiado en el personaje de Josefa. Por “sus manos pasan las solicitudes y regalos para el Restaurador” (p. 106); su mano sucia acaricia “la espalda tersa y rosada de Florencia” (p. 115); y finalmente es la mano la que produce la prueba y la que cierra la investigación: “afirmó su mano huesosa y descarnada sobre el muslo izquierdo de Eduardo” (p. 340). Fue el ademán violatorio la prueba y es manifiesta la ideología del narrador. *Usar las manos, trabajar, es violatorio*. Las mujeres de clase dan la punta de sus dedos, usan guantes. Agustina se niega a usar sus manos para coser banderas. Es una marca de clase social, no de adscripción partidaria, ya que Agustina es federal.

Las negras y las chinas que van a la casa de Josefa son las que trabajan en la pulperia o en el río. Son las que con sus manos negras y morenas, con el jabón negro del que habla Mansilla en *Mis memorias*, hacen el trabajo. Amalia, en un intento por hacer desaparecer sus marcas, le da para lavar su ropa a una gringa. Las negras son los ojos y las orejas de la ciudad. Son el eslabón que une, por medio de la delación, a federales y unitarios. Reducidas a una cotidiana esclavitud, en contacto con el poder, producen un discurso. María Josefa de Ezcurra reúne poder y discurso, en sus palabras se vehiculiza la potencia de sus decisiones. Podríamos pensar que lo que les promete Josefa a las negras sobre la abolición de clases se cumple, por lo menos dentro de la novela. Porque ¿qué es lo que reciben estas mujeres a cambio de la delación? Logran insertarse en otro tipo de producción. Josefa les da la oportunidad de valorar su mirada y su discurso. Espían y delatan como impugnación intelectual a una clase que las obliga a una pura producción manual.

Estos personajes femeninos –Josefa, la señora de N y las negras– son degradados por medio de diferentes estrategias discursivas: demonización, obliteración del nombre y animalización. Se diferencian de los otros personajes femeninos por su participación política al no cumplir con lo previsto para su género. No pertenecen todas a la misma clase social, ni al mismo bando político, ni a la misma etnia; el espacio de intersección es la pertenencia al mismo sexo.

Si por un lado la novela pone en escena el despliegue de diferentes sucesos que *delatarían* el dominio –entendiendo por dominio formas de coherción directa o

efectiva- en tiempos de Rosas, por otro lado los tratamientos textuales ejercidos *delatarían* la hegemonía de un discurso patriarcal que parece mantener bajo control a estas mujeres descarriadas. Sin embargo, en la economía de la novela puede leerse una *treta de estas débiles*.¹⁰ Con el fin de alcanzar sus objetivos políticos, la estrategia de estas mujeres es enfrentarse a la descalificación social y cultural, correr el riesgo de ser degeneradas. Arrojadas al barro, son hábiles cazadoras. En el barro buscarán indicios, se ensuciarán, hundirán sus manos cuando sus objetivos políticos lo requieran.

Notas

¹Ginzburg, Carlo, "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales" en *Mitos, emblemas, indicios*. Barcelona, Gedisa, 1989. "Durante milenios el hombre fue cazador. La acumulación de innumerables actos de persecución de la presa le permitió aprender a reconstruir las formas y los movimientos de piezas de caza no visibles, por medio de huellas en el barro, ramas quebradas, mechones de pelo, plumas, concentraciones de olores. [...] El cazador [...] era el único que se hallaba en condiciones de leer una serie coherente de acontecimientos" (p. 144).

Este trabajo fue presentado en el Primer Congreso de Crítica Literaria Argentina y Latinoamericana, 1993, org. por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

²De Lauretis, Teresa. *Technologies of Gender*. Bloomington, Indiana University Press, 1987. Se entiende como género sexual la construcción socio-cultural que prescribe conductas, actitudes, modos de pensar, modos de sentir, roles y habilidades de acuerdo al sexo.

³Mármol, José. *Amalia*. Buenos Aires, CEDAL, Colección Capítulo. 1967. Capítulos trabajados en especial: Primera Parte: cap. 9; Segunda Parte: caps. 7 y 10; Tercera Parte: caps. 6, 7 y 9; Quinta Parte: cap. 3.

⁴Piglia, Ricardo. "La ficción paranoica" (formas del género policial en América Latina). Seminario. Segundo Semestre 1991. Filosofía y Letras. UBA.

⁵Dick, Philip. "Hombre, Androide, Máquina" en la *Minotauro* N° 3, 1983, Buenos Aires.

⁶Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires. Ed. Siglo XXI.

⁷Mármol, José. *Amalia*: "que comprendan la diferencia que hay entre ellas y nosotras. [...] Es usted de las nuestras aunque no lo quiera" (p. 226).

⁸Josefa no penetra en el prostíbulo porque no sospecha de ese espacio como productor político. Sería un ámbito de desperdicio; no produce efectos en la realidad. Quizá esto explique la esterilidad del complot que Daniel Bello desarrolla allí.

⁹Señora de N: "Fíjese usted un momento en el pie de los hombres [...] Pues esa es la primer señal de la clase a la cual esos hombres pertenecen" (pp. 220, 221); "Fisonomías como la suya, maneras como las suyas, lenguaje como el suyo, no tienen, ni usan, ni visten las damas de la Federación" (p. 226); "Hay una cosa grave [...] Mariño está en el asunto [...] Que la sigue a usted con las miradas" (p. 254).

Josefa: Mediante indicios reconstruye los sucesos del 4 de mayo. Llama a Merlo y a Camilo, el soldado que hirió al prófugo. Con estos datos elabora un identikit: "herido en el muslo izquierdo". Medios de averiguación del paradero: 1º médicos que asisten heridos, boticarios que despachan medicamentos, casa donde se nota la asistencia repentina de un enfermo; 2º delación de las lavanderas que encuentren ropa manchada de sangre.

¹⁰Ludmer, Josefina. "Las tretas del débil", en González, P. y Ortega, E., comps. *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Puerto Rico, Ed. El Huracán, 1984.



revista:

Feminaria: teoría, bibliografía, notas y entrevistas, opiniones, humor, arte; **Feminaria Literaria**: teoría, crítica, cuentos, poesía

libros:

Feminismo/posmodernismo

Linda J. Nicholson, comp. e introd.

Escritoras y escritura

Ursula K. Le Guin y Angélica Gorodischer

La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del '80

Bonnie Frederick, comp. e introd.

El ajuar de la patria. Ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti

Cristina Iglesia, comp. e introd.

Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina actual

Diana Maffía y Clara Kuschnir, comps.

La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX

Francine Masiello

Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX

Lea Fletcher, comp. e introd.

Distribuye: **Catalógos, srl.**

Independencia 1860

1225 Buenos Aires

tel/fax (54-1) 381-5878

Hasta principios de la década de los '80, el panorama literario contemporáneo del Perú estaba plagado de varones. En poesía, aquéllos de traje y corbata de la generación del '50 –llamados también los puros o sociales–, los del '60 que trajeron el *blue-jean* a través de la incorporación de nuevas técnicas y tonos adaptados desde la nueva tradición anglosajona y arrasaron los casilleros de lo puro y lo social para inaugurar el inmenso cajón de sastre de la poesía integral, directa, vital, con humor, que es desde entonces y hasta hoy la poesía peruana, pasando de largo por los del '40, por los del '70 y volviendo a repasar, apenas encontramos en algún rincón periférico y/o insular, a contadísimas mujeres. Si hemos de ser rigurosas, contamos hasta entonces a **una** mujer –si bien vale por muchas– Blanca Varela (1926) alzando su torre solitaria entre las aguas. Hasta el '80.

En 1972, es cierto, María Emilia Cornejo, antes de suicidarse a los 21 años, alcanzó a publicar un poema emblemático y pionero: "Soy la muchacha mala de la historia". Pero es sólo en 1981, Carmen Ollé, con la edición de su primer libro *Noches de Adrenalina*, quien abre las puertas, de golpe y porrazo, a una serie de mujeres que pronto la siguieron para conformar la primera promoción significativa de escritoras peruanas.

Ahora, en plenos '90, son las mujeres lo más novedoso del citado panorama y gozan (¿o sufren?) de un territorio propio (¿ghetto?), conquistado en buena ley, desde donde se han echado a andar. Pruebas al canto: Blanca Varela, en pleno ejercicio de su madurez poética, acaba de publicar dos libros notables (*Ejercicios materiales*, *El libro de barro*, ambos de 1993). Carmen Ollé cuenta con *Todo orgullo humea la noche* (poesía, 1988), *¿Por qué hacen tanto ruido?* (prosa, 1992) y tiene lista una primera novela de próxima aparición. Varios de los más importantes premios literarios del ambiente han sido acaparados por mujeres.

Estos son los hechos. La situación, por tanto, no es muy diferente a la del resto del planeta donde, a partir de los años '80, la literatura hecha por mujeres cobra cada día mayor número de afiliadas, más amplio espacio y reconocimiento y, sobre todo, calidad.

Ahora pasemos a los conceptos. Sin menoscabo de sus singulares personalidades poéticas y diversos puntos de vista, se puede decir que gran parte de las poetas peruanas vienen recorriendo el mismo camino desde el principio; vale decir, desde esa antigua reflexión del ser que parte, al parecer inevitablemente, por el descubrimiento y/o revelación del propio cuerpo. "Asumiendo nuestra piel y con ella nuestras propias cicatrices podremos liberarnos de la condición más animal de hembras/machos –sin dejar de ser hembras/machos– consolidarnos en nuestra completa humanidad en un poema/texto/novela. El cuerpo termina/la literatura continúa", declara Rocio Silva Santisteban ("Basta de hipocresía", en la revista limeña *Pretextos*), luego de publicar tres libros de poemas que lo atestiguan. "El deseo es lo que nos mueve y nos encierra", podría ser una frase cualquiera de Carmen Ollé, la primogénita, después de la revuelta que causó –y sigue causando– con sus *Noches de Adrenalina* y con su cara de "yo no fui".

Pequeña muestra de literatura peruana actual escrita por mujeres

Presentación y selección, Charo Núñez

La veta abiertamente confesional que Carmen inauguró con excelente estilo (su primer libro fue inicialmente clasificado como sexual, visceral, escatológico, vaginal, onanista, coital y hasta arrecho –polvillo críticos de los que el mismo libro se sacudió rápidamente–), ha dado paso a una nueva serie de "miradas hacia lo más oscuro/sucio que tenemos dentro para, poetizándolo, sacarlo fuera" y se ha convertido en la tendencia mayoritaria de las escritoras peruanas.

El erotismo, la venganza, la revancha, las obsesiones y los miedos en torno al gran tema del amor son los pretextos que utilizan: Patricia Alba, Mariely Dreyfus, Rocio Silva S, para mejor hablar de sí mismas y de todo aquello que trasciende justamente sus límites. Los textos más logrados son aquéllos en que apelan a la más estricta precisión formal y al sentido del humor que les confieren la indispensable levedad.

También desfilan, a través de las cosas simples de lo doméstico y lo cotidiano, elevadas o descendidas a diferentes niveles de abstracción: el matrimonio y su problemática, la soledad, la vejez, la (in)comunicación, todo aquello que Susana Reisz ha dado en llamar "el hortus clausus de lo casero-sin importancia". Giovanna Pollarolo es quien más ha trabajado esta vertiente.

El lenguaje coloquial, la austeridad en la melodía, la abolición de los adornos, la preeminencia del sentido sobre el sonido y la conciencia de que todas las retóricas acechan, así como la del escaso campo que le queda a la experimentación que se precie; parecen ser el ABC entre el cual se mece la poesía peruana actual. Más allá de esto no hay otros puntos de encuentro; cada poeta construye su aventura personal. Mujeres y hombres pónganse a buscar.

En la narrativa pasa otro tanto. Algunas de las poetas ya nombradas han iniciado sus intentos con la prosa (¿hartas de la élite y la densidad poética?): Carmen Ollé, Rocio Silva S. y Giovanna Pollarolo, quien además es guionista de cine y televisión. Las hay también varias de estirpe narrativa exclusiva (por ahora, al menos): Catalina Lohman y Susy Gutiérrez, para nombrar sólo a dos, inscritas ambas dentro de aquel realismo que se contrapone a lo fantástico y del cual dicen no poder, aún, escapar.

La ironía, la melancolía, la sordidez son una constante en la literatura peruana más reciente que refleja con notable precisión al hartazgo, al escepticismo, a la apatía que atraviesan a las jóvenes –y los jóvenes también– del Perú de horror de los últimos tiempos. Mención aparte merece Fátima Carrasco, quien se vislumbra como toda una promesa salingeriana que todavía no ha cumplido los 30.

Pero basta de presentaciones, el espacio es corto y las creadoras exigentes. Pasemos a los textos.

Blanca Varela

VA EVA

animal de sal
si vuelves la cabeza
en tu cuerpo
te convertirás
y tendrás nombre

y la palabra
reptando
será tu huella

CURRICULUM VITAE

digamos que ganaste la carrera
y que el premio
era otra carrera
que no bebiste el vino de la victoria
sino tu propia sal
que jamás escuchaste vitoryas
sino ladridos de perros
y que tu sombra
tu propia sombra
fue tu única
y desleal competidora

de: *Canto Villano. Poesía reunida, 1949 a 1983*. México

María Emilia Cornejo

(Lima, 1949-1972)

SOY LA MUCHACHA MALA DE LA HISTORIA

soy
la muchacha mala de la historia,
la que fornicó con tres hombres
y le sacó cuernos a su marido.

soy la mujer
que lo engañó cotidianamente
por un miserable plato de lentejas,
la que le quitó lentamente su ropaje de bondad
hasta convertirlo en una piedra
negra y estéril, soy la mujer que lo castró
con infinitos gestos de ternura
y gemidos falso en la cama.

soy la muchacha mala de la historia.

de: *En mitad del camino recorrido*, Lima, 1989

Carmen Ollé

(Lima, 1947)

SUBURBIO

Aquélala, la más perversa nunca amó.
Se enredó en mis brazos entre sábanas. Sabía,
los pies hacia la puerta ...

(1926)

Irascible, su único defecto era su única virtud.
al placer amó más que al dinero.
a una cicatriz
que a un collar de perlas.
Yo que frequento las tabernas cerca al mar
sé que ella piensa en Lautréamont
-nombre desconocido-
y en la melancolía de un atardecer gracioso
como un ojo vaciado.

LAS PERSONAS CREEN EN LA SABIDURIA

A los cuarenta estoy con un palmo de nariz.
me apena haber leído tanto y no haber consumado
el placer. Regenta de mi cuerpo, de esta piel
bajo la que fluye aceite.
Nada a mi alrededor, sólo una hija tierna
-benignos otoños-
Finjo lo que no sé, soy una actriz, mi trabajo
es perverso. he amado menos de lo que supe amar,
en las tardes es el silencio; de noche, el silencio
y el sueño.

de: *Todo orgullo humea la noche*

Patricia Alba

(Lima, 1960)

DISCURSO

Basta ya de miradas tristes y parpadeos lentos
Los tiernos ojos pronto pasarán
Dejando el terreno libre a la maldición de la locura.
Tendremos el tiempo insertado en la pupila
Y sus formas no mirarán más con inocencia.
De nada sirve levantar los párpados y mostrar
Una lánguida mirada.
Ahora son necesarias las palabras gruesas
Los gritos desaforados, los movimientos
Y la provocación serán las armas.
Así, mientras estemos malditas
Podremos ventilar nuestros cuerpos al sol
Y los hombres gozarán como marranos
Jugando encima de nosotras.
Ya no tendremos que ocultar lo maravilloso
Mientras estemos malditas.

MI VENGANZA, PEQUEÑO

Cuando trates de alejarte del contacto de estas partes
Retírate como se retiran las bestias asustadas: para
/ no volver.
Desclava las manos de mi cuerpo y escucha bien
Todas mis indicaciones
Hombrecito infame
Reconozco tu manera de durar sobre este feudo
Tu escrita manera de permanecer
Seres más bellos
Con mil proposiciones dirán: probemos
Y yo no hallaré dónde recostar esta masa que llevo encima
Mis manos descansarán, sí

Mis manos descansarán en las mejores bandejas del / banquete
Y mi cuerpo será gozado
Trescientas veces más de lo que tú puedes
Imaginar
He ahí mi venganza, pequeño
He ahí mi goce.

de: *O/un cuchillo esperándome*, Lima, 1988

Giovanna Pollarolo

LUNA DE MIEL

Cuando una mañana
me vi arreglando la cama sin memoria y
sin rubor
comprendí que mi luna de miel
había llegado a su fin.
Los manteles mostraban enormes manchas de vino y / grasa
las ollas ya no brillaban
el azul de las sábanas del ajuar
no era azul, ni blanco el blanco
Esa noche
él olvidó la rosa de cada día
yo improvisé una sopa de verduras
sin sorpresas
y cuando él
empezó a leer los periódicos
(olvidados desde el día de la boda)
yo decidí llamar a mis amigas,
(olvidadas desde antes del día de la boda)
buscar trabajo, y abrir
las puertas y ventanas de mi casa.

A mí me pasó igual, pero yo no llamé a nadie
no hice nada
sólo lloré.
Me encerré en el baño para que no me viera.
¿Qué podía decirle?
Tenía vergüenza de mis lágrimas
los ojos hinchados, la cara
roja y deformé.
Lloraba, lloraba, lloraba
como lloran las mujeres
con gemidos y suspiros y ahogos
mirándose en el espejo, sonándose la nariz.
Después respiré, suspiré, me eché agua fría
y fui a la cocina.
“¿Qué tienes?”, dijo él
mirándome apenas, atento a la pelea de box en el televisor.
“Es la cebolla que me hace llorar”, dije
la voz se me quebró
y las lágrimas otra vez.
“¡Ah!”, sin mirarme.
El boxeador cayó a la lona
víctima de un golpe combinado:
de derecha y gancho de zurda.
Knock out, gritó el locutor.
El final de la mía fue más trágico.

Hubo lágrimas, si
pero después de los golpes
después de las patadas y de insultos incomprensibles.
En el hospital él lloró
se arrodilló, pidió perdón
dijo que nunca más: “soy una bestia”, dijo.
Y yo lo abracé agradecida.
Pero algo había en mí que él no soportaba
mi manera de hablar, quizás
mi risa
mi manera de mirar a otros hombres
“ojos de carnero degollado”.
Algo.
“Me sacas de mis casillas”, dijo
la séptima vez en el hospital
y ya no se esforzaba por aliviar
los moretones
acomodar las vendas, contener mis lágrimas.
“Mejor nos separamos”, dijo esa vez
“o acabaré matándote
y no quiero ir a la cárcel”.

Nosotros no tuvimos luna de miel
ajuar, fotos, vestido blanco
vajilla nueva.
Sólo un cuarto vacío
un colchón, dos tazas y una vela.
Huimos de nuestros padres, amigos y parientes:
nos bastaba el amor.
El y yo. Yo y él.
¿Hacía falta algo más?
Yo me volví asmática;
él tuvo su primer infarto.

La mía terminó sin palabras
sin golpes
sin llanto.
El se quedó dormido
mientras yo me adornaba en el baño.
Yo dije esa noche
que me dolía la cabeza.
Sólo quería dormir.
El me dijo “hasta mañana. Yo
también estoy cansado”.

Yo, de pronto, empecé a detestarla.
Hacía ruido cuando mordía el pan
se atragantaba con la comida
olía a sudor, a cebolla cruda
los sábados y domingos daba vueltas
se dormía en cualquier parte
con pijama el día entero.

Yo regresé cansada de un viaje de postal
me dolía la cara de alegría
la boca
de tanto repetir que éramos felices.
Y respiré aliviada
cuando él empezó a trabajar
y a olvidarse un poco de mí.

Yo espero la segunda, la tercera
la que dura la vida entera.
Que me vuelva a mirar como entonces

que jadeo por mí
como yo
que me siga los pasos
como yo. Una perra en celo.

inédito

Mariela Dreyfus

(Lima, 1960)

PRIMERA VISION DEL PUENTE

La luz golpea contra el acero extendido en esta longitud:
veinte minutos a pie sobre los gruesos durmientes

Tiempo y memoria se mezclan aquí, entre las cuerdas
-ese enredo metálico

¿Ves las mujeres que rasgan sus faldas entre la brisa
/ estival?

¿Ves los caballos que asoman sus ávidos belfos entre
/ la niebla?

¿Ves los perversos que acechan su presa entre el agua
/ estancada en la bahía?

(Una desesperada historia se estrella contra las puntas
de altos edificios)

Impura mezcla: metales sobre la piedra
La muerte bajo el fulgor
El beso y el puñal en su estructura

Pero los caminantes amorosos que somos
Continúan su marcha distraída

Disparan fotos ante lo cierto de este instante volátil

DEVANT QUI

Ante quién me arreglo en el umbral
Para esperarte sola desterrada
Mi piel se extiende en su brillo y se devora
El reloj de papel hace guiños sonriendo
Ardiente tu cuerpo no llega en la ola del tiempo
La vela que antes me alumbró ahora duda
Ante quién el umbral al fresco viento
Fresca yerba que no fluye ni aroma
Ante quién los dientes la prisa y el asombro
El umbral es de polvo y tu cuerpo no existe.

de: *Placer fantasma*

Rocío Silva Santisteban

(Lima, 1963)

MARIPOSA NEGRA

El papel fucsia que he puesto sobre las ventanas ha
/ quedado empañado
La humedad de su saliva sobre mis piernas, entre
/ mis dedos
Se guarda y en pequeñas cavidades, destroza
Esto que a veces pretendo inventar.

No, amor, no basta con lamer nuestros cuerpos,
No basta con patearnos y gritar, jadear hasta
/ pulverizarnos,
No amor,
No pregunes la hora después, no enciendas la luz,
/ no hables, no pienses, no respires

Quieto
Deseo recorrer con mis sucias manos tu cuerpo inerte
Y sentir que mis olores te poseen, se incrustan entre
/ tus velllos,
Te deshacen.

Mi habitación rojiza se abre como una niña y espera
Pero este rojo tuyo no puede mezclarse ni sangrar,
/ no puede

Rebajar esta brecha de tormento entre tu espacio y el
/ mío

Tu saliva de nuevo sobre la palma de mi mano y tus
/ ojos intentado

No amor
No basta con emitir gruñidos de animal en celo,
No basta con destrozar mi ropa en jirones al aire,
/ no basta

Con inyectarnos veneno en este encuentro

No amor,
Cuando termino de escuchar la música que dejaste
Cuando corto un pedazo de pan y lo mastico para
/ engañar mi furia

Cuando recorro con ojos lascivos la habitación en rojo
Y constato tu presencia en el interior de otra
Habitación vacía, cuando

Enredo entre mis dedos el ansia y la distancia
Sólo la imagen de tu sombra estirada sobre el papel
fucsia permanece en mi silencio
Y una mariposa negra, presagio de la muerte, me
/ acompaña.

de: *Mariposa negra*, Lima 1993

Rosella De Paolo

(Lima, 1960)

LAS ALTAS DISTANCIAS

Si yo escribo tu nombre en la arena
y tú escribes mi nombre en la arena
pero en otra playa
es que hemos descuidado las cosas
hemos dejado crecer el mar como hierba mala
y habrá que arrancarlo con cuidado
hasta allanar la arena de esa playa
donde puedas escribir mi nombre y rozar el dedo
que está escribiendo el tuyo despacito.

OTRO SOL

Es ácido este sol que me acompaña
su diente de limón yo no lo quiero
quiero tu cara arriba y yo debajo
caminar a tientas por tus jugos
en tu blanda luz estar
enmelada mosca hasta las patas.

de: *Piel azada*

Enriqueta Beleran

El sol en mi cabeza
todavía duele mientras
cierro cuidadosamente
ventanas y puertas y es de noche.
Mi casa es como un geranio
y tú me miras todas las mañanas
mientras limpio con una escoba
la calle vestida de amarillo y blanco.
A veces recuerdo lo que alguna vez leí
de China Popular:
"las muchachas cuando limpian
por las calles parecen un ballet".

He peinado con cuidado mis cabellos.
El aire está realmente cargado
de humedad. Cambiamos ropas
entre horas. Dibujo unas palabras
que no escribo. Pienso en tí mirándome
y en mí sin creer que puedas ser
de nuevo tú. El viento despeinando
mis cabellos va de frente a tí.

de: *Poemas de la bella pájara hornera*, 1984

**Catalina Lohman****AL FIN DE LA BATALLA**

*Tristes reliquias somos
de un hermoso país
que jamás conocimos.*

Juan Gonzalo Rose

Doña Trini miró afuera, no pudo contenerse y cerró las cortinas, respondiendo con dignidad a la afrenta. Es una descarada, dijo. Mirala cómo se trepa por el balcón, alardeando de sus flores y retorciéndose toda, feliz, como si ella no supiera lo que te está pasando, viejito. Siempre te dije que era una sinvergüenza. Pero tú, nada. La querías y la cuidabas porque te hacía acordar a la gitanilla que cuelga en los balcones y en los patios de tu tierra. Y ya ves: tanto engreimiento y ni siquiera te agradece. Debería estar lamentando tu suerte pero en lugar de eso, mírala, siente cómo huele. ¿Dónde se ha visto una hiedra que huele como si fuera un floripondio? No, no tosas, Andrés, no tosas, te dije lo de la hiedra por decir algo, tanto silencio me angustia. Ahora bebe, toma tu remedio. Así, muy bien. Duerme un ratito hasta que te traiga tu sopa.

Le acomodó las almohadas, le alisó el cubrecama y lo tapó mejor. Colocó el agua en la mesa y luego hizo mil diligencias más porque después de tantos afanes ya no sabía cómo quedarse quieta. Pero seguía pensando en la hiedra con rencor. Ella colorina –granate, roja, rosada y él amarillo, marchitándose sin remedio, su piel cubierta de una pelusita que no salía ni con agua de té, ni con linimento de glicerina ni con algondoncito alcanforado.

Por fin se sentó y se quedó mirándolo y mirándolo,

escudriñando en su rostro algún gesto que le devolviera la esperanza. A su marido lo alertó el silencio, más palpable ahora con las cortinas corridas y la sombra instalada, y sintió más pena por ella que por sí mismo. Es lo único que podría hacer ahora: sentir y pensar. Tanto vivir para llegar a esto. Ah, Trini, Trini. Volvió a pensar, como tantas otras veces, en su nombre anticuado. Lo pensó desde siempre, desde el día en que llegó, quién sabe cómo, a esta costa, y la conoció en el mercado, yo recién bajado del barco, perdido en esta niebla de Lima, tan terca como una mula, y en un cielo gris que sólo se limpia en noviembre. Coño, Trini, qué tierra más extraña la tuya: demasiado mar para un sol tan avaro. Y llegar hasta aquí, tan lejos, yo que ni siquiera conocía Madrid, que pasé mil pellejerías para llegar tan sólo a Toledo a conocer la derrota y echarme a correr por los campos, con otros milicianos fugitivos y desamparados, buscando un barco que nos librara de los nacionales y de la cárcel, Trini. Y entonces, tú y Adelaida en el mercado. Adelaida, falda al aire, aire y aroma, contextura de hiedra atrevida, gitanilla descarriada, insolente. Y tú, ocupada en escoger la mejor fruta, palpando muy seria las chirimoyas y las guanábana, pesando en tu mano cada granadilla, oliendo el cogollo de las piñas, vigilando el vuelto con tus ojos grises, a veces azules, plenos y satisfechos como el mar de aquí. Adelaida y tú, tú y Adelaida en el mercado, entre tantas frutas que yo no conocía. Fruta es lo único que yo pretendía comprar, y me las llevé a las dos ¿o quizás fueron ellas las que me llevaron? Jolines, estoy tan viejo que ya ni siquiera me acuerdo. Qué traza tendría yo, qué me verían, por Dios, si apenas era un caído del barco con el espanto de la guerra en los cueros.

Me quedé entre vosotras. Poco después, Adelaida rompió su compromiso. Ella nunca dijo por qué. Lima era entonces una suave ciudad que vivía como colgada, columpiándose entre la añoranza, el desdén y el ensueño y entonces nadie se ocupaba en explicar nada. Mucho menos el noviazgo roto de Adelaida.

Siempre he recordado mal aquella época. Todo era un jaleo, afuera y adentro de mí todo era una confusión. Me costaba trabajo distinguir entre mis recuerdos de guerra y esta ciudad donde casi todos eran como enemigos entre lisonjas y sonrisas. El blanco no es lo mismo que el blancón, me decían las esquivas limeñas, no equivoques a la chola con la cholita ni al indio con el cholo, ni al negro con el zambo porque no son iguales. Las mejores y más fieles son las negras, pero los negros nunca se sabe y cuando las negras y los negros se juntan se sabe menos aún y míralo a aquel que después de tanto tango terminó con una huachafita, que... Ah, no, las huachafitas no tienen color definido, ya entenderás algún día qué cosa es una huachafita.

Adelaida no era así. Ella no señalaba los nombres ni los designios de nadie, sabía cómo moverse entre el aire y el desorden. Nunca pretendió enseñarme nada, ni adormecerme con la tibia comodidad de las certezas. Oler a Adelaida era transportarme al campo de guerra y entrar en aquel estado de excitación perpetua que me invadía cuando el enemigo estaba cerca; entonces yo alcanzaba la extraña alucinación de estar por encima del mundo, de sus apetitos y zozobras, y me sentía más allá de la vida y la muerte, justamente porque tenía el privilegio de tocar el borde afilado de cada una.

Trini, en cambió, me enseño a moverme entre los vericuetos de este país y las trincheras de su apaciguada guerra. Con amorosa claridad, me explicó que éste era un lugar donde ni la naturaleza sabe lo que quiere, donde la arena del desierto sube a las alturas para convertirse en nieve y puna callada que luego se arrepiente y cae, exhausta, deshecha en enloquecido follaje. Mi país es un revoltijo, decías, aquí todo es remoto, por eso uno tiene que creer sólo en lo que tiene cerca. Lo demás no importa, está muy lejos. Y al malaconejado que quiere mirar más allá, donde no le corresponde, se lo comen para siempre las penurias y termina con una mano adelante y otra atrás. Por eso, Andrés, en este país hay que saberse situar. Y yo la escuché. Era muy bruto entonces, pero en la guerra había aprendido muy bien la importancia de las posiciones.

Las dos eran opuestas, como el caos y la creación, como la contienda y el sosiego. Así, cada una en su fero, era redonda, completa, definitivamente irreductible. Y si las quise tanto, guardando en secreto el amor de cada una, no fue sólo porque yo era un naufrago temerario e iluso, sino porque me sedujo aquella osadía de jugar a la condenación eterna. Por fortuna, nunca hubo castigo: no sé qué mano santa me conducía siempre al aposento de una piadosa salvación donde, por añadidura, me sentía acompañado por la bienaventuranza de los cielos.

Así pasó el tiempo, hasta que un día me di cuenta de que ya no me daba el alma para más alboroto. Entonces empecé a recoger mis vestigios, uno por uno, asenté la cabezota y casé contigo, Trini,

Ah, Trini, tú y tu nombre anticuado. Empezaste por pulir mis zapatos y luego pasaste al atuendo y a las palabras. Tuve que desterrar de mis hablares las procacidades que solía decir (ahora sólo las pienso, pero nunca las digo) y me convertí en un hombre educado y digno de ti. Me fui acomodando al abrigo de tus tiernas certezas y de tus misas de domingo. Y en el fondo de tus cajones perfumados sepulté entero mi pasado, mis campos tendidos al sol, mis olivares, para seguirte a ti y criar hijos decentes, que no conocieran las canciones de la guerra y no pudieran confundirse jamás en el entrevero de aquello que tú llamabas "lo remoto". Y la casa se convirtió en el mundo. Más allá, nada parecía existir para ti.

Pero nunca entendiste lo que crecía por su cuenta. Por eso te desconciertas ante esta enfermedad infame, que no cede ni se amedrenta frente a tus embates. Y por eso no le tienes cariño a la hiedra, que desafía tus deseares y se desparrama enloquecida sin importarle para nada tu mala voluntad.

La vida es larga y da para pensar. A veces, como ahora, recuerdo a Adelaida confundida entre la hiedra y por un instante soy feliz, mecido en el sueño de sus aires desordenados. Pero luego sucumbo a una intolerable nostalgia, que me atrae y me espanta al mismo tiempo, y acabo siempre extraviado entre el arrepentimiento y la culpa. Porque yo, Trini, estaba hecho para morir en el barro de una revolución ardiente y no aquí, hecho un despojo triste, tomando sopa a cucharadas, tómala despacito, Andrés, es pura sustancia y la he preparado yo misma. ¿Sabes qué? ¿Sabes quién acaba de llamar? Adelaida. ¡Adelaida, Andrés! Ya, ya, pero

toma la sopa. ¿Desde cuándo que no la vemos? ¿Cincuenta años? Claro, desde que tú y yo nos casamos y ella desapareció de repente con ese suizo destenido que ni hablar castellano sabía. Siempre he pensado en ella. Irse tan lejos a parir sus hijos. Vivir tantos años juntas y luego no vernos nunca más... Nunca la entendí. Ni cuando se le murió el gringo quiso venir a verme. Pensé que se había olvidado de nosotros. ¿Tú no, Andrés? Cuánta vida ha pasado desde aquella mañana en el mercado, pobrecito, parecías más viejo y enfermo que ahora, más aporreado que una guanábana madura, que un tumbo seco... pero así como eras me gustabas. La guerra te había dejado un olor fuerte y ácido en la piel y no te parecías en nada a esos insultos pretendientes que yo había tenido hasta entonces, de cuello tieso y palabra melosa. No, yo no era como Adelaida. ¿Sabes? En ese tiempo pensé que ella te gustaba mucho, pero después me di cuenta de que estabas demasiado agujereado para escogerla a ella. Y ahora aquí está. Ha venido. Dice que a verte.

Adelaida irrumpió en la habitación sin pedir permiso a nadie. Cuando sintió ese olor a tristeza, soltó una palabrota y se fue de frente al balcón. Descorrió las cortinas, abrió la ventana, respiró el perfume de la hiedra descarada y recién entonces miró atrás.

Silencio. No veo. Sólo el silencio y un alivio de aire por el que siento caminar una mariposa. Adelaida, te acercas a mí, siento tu cintura inclinada, tus ojos aquí conmigo, y me asusto al percibir esta intensidad eminentemente sin abrigo. Pero mi ansiedad me hace ver tan perfecto como si los viera – los ojos de Trini, atisbando tu postura y mi gesto (que no puedo controlar, maldita sea), los ojos incrédulos de Trini asomándose a esta trampa oscura que nunca adivinó, hasta que al fin todo le queda claro y entonces oigo un cuchillo que grazna en el aire, de pronto sé de la serpiente que ahoga su cuello, la sopa caliente, sus manos armoniosas sintiéndose inútiles. Pero tú te acercas, aire, falda y siento, recién ahora, que tanto avanzar reuniendo pertrechos para terminar abatido en esta emboscada; tanto vivir despistando enemigos para venir a morir en tan minúscula batalla, cuatro paredes, tres personas, dos amores en un sola anécdota insignificante y pueril.

Tú ya no me miras, Trini, estás llorando. En los cajoncitos de tu sabiduría esto sólo tiene una palabra y sin riesgo de confusión ninguna. Y tú, Adelaida, ni siquiera te has acordado de mirarla. Pero piensa: fue Trini quien me hizo poco a poco, en el afán de sus manos, sin inciensos ni melindres, pero tampoco sin tregua, igual que supo hacer aquellos intrincados encajes que más parecían un milagro de la naturaleza que una afición humana. No, Trini, no sientas lo que estás sintiendo, no te pongas entre Adelaida y yo, no la mires así, no es culpa de ella. Tú no lo has querido ver, pero el desorden sigue existiendo en el mundo, sólo que no es contra ti, es así porque así es. Y finalmente, qué importa: si, la quise, pero ni siquiera tuve el coraje de compartir mis laberintos con los tuyos, tuve miedo de perderme en esos azares caprichosos que se enrosaban en un futuro de perpetuo disturbio. Trini, Trini... ¿es que no me oyes?

No, Doña Trini ya no oía. Levantó la vista, mientras el mundo y su vida entera se volvían al revés convertidos de pronto en un solo zafarrancho. Quizá buscó

orientación en el crucifijo que presidía la cama, pero la imagen, igual que Andrés, siguió muriendo. Entonces miró a su hermana. Y Adelaida ya no tuvo el valor de esconderle nada.

—Fue hace cincuenta años, Trini. Yo era una niña y tú también.

—Es como si hubiera sido ayer. Cuida la hiedra, Adelaida. Es lo único que ahora le queda.

Gaby Cevasco

SOMBRAZ Y RUMORES

Con mano temblorosa acercó a sus labios el vaso de agua para tragar el quinto y último calmante que quedaba sobre el velador. Luego, dejó caer pesadamente la cabeza sobre la almohada. El dolor comenzó a replegarse lento, pero sus piernas siguieron encogidas; evocó el aroma del emoliente que cada madrugada preparaba para vender en el mercado y se le hizo agua la boca.

—Algunos esperarán antes de aceptar el que vende Porfiria; esa vieja no lo prepara como yo.

A su mente llegó el mercado con su bullicio inconfundible y los rostros conocidos. Y fue de la mano del tiempo recorriendo sus recuerdos, desde los arenales sembrados de toñuces a la ciudad sucia y pestilente. De súbito, una punzada en la rodilla izquierda detuvo sus pensamientos; fue el aviso para que el dolor despertara después del corto letargo provocado por el calmante. Necesitaba calor y el calor se hizo intenso, mas el milagro que esperaba no se realizó. Sus piernas continuaron contraídas y sólo llegó hasta ella el olor nauseabundo del río seco, infestado de basurales y de ratas.

No recuerda el momento en que se quedó dormida, mas un ruido fuerte la despertó bruscamente. Algo había hecho caer las cacerolas en el cuarto contiguo, que era la cocina.

—¡Un ladrón!— exclamó, y un estremecimiento de temor sacudió su cuerpo.

—¡Podrán rebuscar cada rincón, pero sólo encontrarán miseria!— dijo en voz alta para darse valor. Sonrió ante su audacia, pero no escuchó más ruidos.

—Si es un buen ladrón, le pediré por favor que avise a Porfiria que no puedo levantarme. Quién sabe si de pura rabia me retuerce el pescuezo por ser una vieja pelada. Escuchó su carcajada y el hervor de su pecho asmático.

—Acaso me haga un favor. ¡Si podré levantarme mañana! Sólo queda esperar que la Porfiria venga. Aunque la pobre está más quebrada que yo. Una lágrima resbaló por su mejilla, llegó al cuello y se perdió en el borde de la camisa de franela.

—Sí..., estás llorando, vieja, y no es por el dolor al que ya estás habituada. Es por tu soledad, y a ella nunca te acostumbraste! Buenos, parece que ha llegado la hora en que tus huesos no quieren obedecerte más. ¡Qué va a ser de ti, Marcelina!

Sacudió la cabeza queriendo esquivar aquellos pensamientos, cuando nuevos ruidos llegaron de la cocina. Fijó su atención en ellos y trató de descubrir su

origen; eran fuertes, pero confusos; ruidos que cambiaban de sonido cuando aún no terminaba de desclaros. Papeles, platos, las tapas de las cacerolas.

—¡Ratas!— exclamó sobresaltada y escuchó con claridad cómo se desplazaban.

—¡Fuera, criaturas asquerosas!— gritó con la fuerza que le dio la repugnancia al imaginarlas, y suspiró aliviada al escuchar que huían intempestivamente. Un silencio denso se alojó en la casa y sintió el paso pertinaz del tiempo como una fuerza que le apretaba la barriga y producía sonidos roncos en sus tripas vacías.

Posó su mirada en el vaso que contenía apenas unos sorbos de agua y trató de alargar el brazo hacia él. Fue como si mil agujas pincharan su hombro; intentó alcanzarlo con el otro, mas quedó quieto a mitad de camino. Tenía una sed intensa. El dolor contenido y los gritos por ahuyentar a las ratas habían secado su paladar y la lengua hurgaba inútilmente en lo más recóndito de la boca por algo de humedad. Apretó los labios para no dejar escapar un gemido de impotencia.

—¡Todo sería tan distinto si estuviera mi muchachita!— exclamó con profundo suspiro, recordando a su hija, como lo hacía cada noche al regresar del mercado y encontrar vacía la humilde casa.

—¡Tantos embarazos frustrados terminaron por debilitarte hasta la muerte. ¡Ansiabas tanto tener hijos! Sí, amabas mucho a los niños, pero, ilusa tú, creíste que un hijo retendría a tu esquivo marido... Hija, mi muchachita. Con angustia clavó la mirada en el techo y apretó los labios para retener el sollozo que pugnaba por escapar.

—Dios nos lo da, dios nos lo quita, decía mi madre, ¡pero a mí todo me has arrebatado!— gritó con rebeldía y dejó caer hacia un lado el rostro desencajado por la pena del recuerdo y el dolor prendido a ella como una sanguijuela.

La habitación se fue llenando de penumbra y comenzaron a llegar los rumores de todas las noches, confundidos con el de una lluvia insistente; después, el amanecer fue una ola de frío que ascendía por sus piernas, por su vientre, hasta los hombros, despertando a su paso el dolor, ahora más intenso. La mañana la sorprendió tratando de acomodar sus huesos deformes por la artritis. Estaba echada de costado, apoyada sobre el brazo izquierdo, pero ya lo sentía acalambrado y cierta presión en el pecho. El movimiento fue lento y tembloroso, pero logró acomodarse mirando el techo. Sintió un alivio incierto.

—¡Ay, Marcelina, tus huesos ya no dan más; si vas a continuar así, más te vale morirte!

Concentrados sus sentidos en aquel cambio de posición, no había reparado en que las ratas estaban nuevamente en la cocina. Una vez más lanzó su grito ronco y rabioso y se apaciguó al escucharlas escapar con estrépito de cosas. Aquello se repitió varias veces hasta que los ruidos no cesaron a pesar de sus gritos.

Con las horas el movimiento se hizo mayor en la cocina, y por primera vez sintió miedo. Ya no escuchaba el galopar de sus tripas vacías, su cabeza se llenó de aquellos desplazamientos insistentes que invadieron su propia habitación.

Y su temor fue creciendo. Su mirada se prendió de la puerta esperando escuchar las pisadas de algún transeúnte, pero al paso interminable de las horas se

le nublaron los ojos y sentía la cabeza tremadamente pesada. Había dado de voces a cada ruido que venía del exterior. Su casa estaba al final de la calle, al borde del río, muy alejada del resto de la población que desordenadamente se apretaba casi a las puertas de la ciudad. Eran pocas las personas que llegaban hasta allí, mas dándose ánimo dijo:

—Quizá crean que llamo a alguien de la propia casa, por eso no se detienen. Gritaré pidiendo auxilio; eso es.

Y nuevamente se puso al acecho de los ruidos de la calle y su voz se apagó clamando socorro; algunas veces, el viento de la tarde sacudió la puerta o la ventana y se alegraba concibiendo la ilusión de que alguien se acercaba; entonces llamaba con más fuerza y pedía que echaran la puerta, que no podía moverse, que estaba enferma, que las ratas habían invadido su casa, pero nadie llegó hasta su puerta ni nadie atisbó por las hendiduras de la ventana. Con mirada tétrica vio apagarse la escasa luz que se filtraba.

Quiso convencerse de que su mente afiebrada y atormentada por el hambre concebía aquellos ruidos leves, aquellas sombras que se multiplicaban con la lejanía de la débil claridad; el dolor de sus huesos se había vuelto algo remoto, y sólo llegaba a ella cuando intentaba moverse. De pronto, sintió un arañazo en su mano estática; sigilosamente, uno de aquellos repugnantes animales había trepado a la cama; lo sentía moverse, como buscando algo, hasta que lo oyó caer con un golpe apagado sobre el velador. Escuchó su olfatear, su roedura rápida y constante. Recordó, entonces, las migas de pan dejadas hacia dos noches y con pavor sintió que otros animales pasaban sobre ella hacia el pequeño mueble.

El terror la había petrificado, pero por un momento su mente se hizo clara y pensó que la única posibilidad era mantener alejadas a las ratas hasta el amanecer; alguien tendría que pasar, y lanzó un aullido, sin palabras, porque no era capaz de pronunciar una sílaba: tenía la lengua dura y la boca seca y amarga. Escuchó que al escapar caían unas sobre otras entre chillidos.

El amanecer llegó a su habitación en pedazos de luz azulada. Doña Marcelina había logrado mantener a las ratas alejadas de su cama con débiles gritos, aunque continuaban su incansable búsqueda por la habitación. De súbito, una de aquellas asquerosas criaturas se quedó inmóvil, observándola; era como si recién descubriese lo que las había ahuyentado hasta aquel momento, mientras que las demás continuaban desplazándose y olfateando todo a su alrededor. Primero fue una que desconcertada, acaso, ante la quietud de su congénere, se detuvo; luego fue otra y otra. Le era imposible contarlas, pero veía el brillo de sus ojos fijos. Fue como si se midiesen dos enemigos: doña Marcelina, en cuya mirada se mezclaban el terror y el odio, y aquellos numerosos pares de ojillos acechantes que parecían esperar algo.

Súbitamente, una de las ratas cayó al borde de la cama con vertiginoso impulso; el golpe sobre el colchón produjo en ella el sacudir violento de una corriente eléctrica, y su cuerpo quedó temblando compulsivamente como un eco irreversible de aquella sacudida. La rata inició aquel husmear incansable; sintió su hocico frío entre sus dedos; el espanto la

mantenía paralizada, y en un último recurso forzó sus dedos a un movimiento débil, acompañado de un sonido ronco que arrancó de su garganta.

Aquello asustó a la rata, que violentamente se lanzó al piso, pero luego de un ir y venir por los rincones de la estrecha habitación volvió a impulsarse a la cama y reinició su olfateo insistente. Pronto comprendió que los movimientos leves de sus dedos y el ronquido lúgubre ya no la espantaban. Vio cómo avanzaba sobre su cuerpo hasta llegar a su pecho descarnado; después sintió la respiración húmeda y fétida en la piel marchita de su cuello... La rata quedó quieta un momento, fijos sus ojillos en los ojos desorbitados de Marcelina, que tenía los labios entreabiertos en un vano grito de terror que se negó a salir.



Fátima Carrasco

EL EUROPEO
(fragmento)

Lo encontré, como de costumbre, apoyado en la luna del espejo. Y en sus ojos blancos, increíbles me reconoci. Estuve a punto de decírselo: Te ves más viejo desde la última vez. Pero me pareció tan triste que hice como si no le conociera.

Ana María Moix

Camino Guerra despertó sobresaltada. Soñó que había vuelto a Chilicote –aquel lugar donde el tiempo perdió la noción de sí mismo y se detuvo para siempre– en busca del Europeo. Preguntaba por él a quienes lo conocieron, pero nadie sabía de él. Cuando empezaba a llorar de desesperación lo vio delante suyo, sonriente, y corrió a saludarlo. El dijo que estaba muerta y señaló detrás suyo. Camino vio su propio cadáver y se preguntó cómo estaba en dos sitios a la vez. En ese momento despertó, con el pecho oprimido y el brazo izquierdo doblado en insólita posición. Deben ser las siete, porque se acercaba el camión basurero. Con frecuencia soñaba que buscaba al Europeo, sin encontrarlo nunca.

El recuerdo más antiguo que tenía de él era su escuálida figura de cuatro años organizando los juegos escolares: yo soy la princesa y ustedes los servidores. Camino y otra chica cogían las puntas del imaginario mantón de la princesa y debían arrodillarse cuando giraba para saludar a sus súbditos. Los *chicoschicos*, con sus balbuceantes lenguas de cuatro años lo llamaban el mariquita. Las *chicaschicas* tenían sus dudas, si bien reconocían que era el único hombre que jugaba con mujeres.

Los siguientes años la escuálida figura del Europeo siguió estirándose, y durante algún tiempo esperaron el autobús escolar en la misma esquina. Camino se enfurecía cuando sus hermanos, primos o algún otro compañero de escuela le preguntaba por el marica de

tu clase. No es marica, vociferaba inútilmente, al borde de las lágrimas, cuando lo imitaban, aunque no eran grandes amigos. Al final de una actuación en el salón de actos, el Europeo, que iba cargado con su silla, viendo que Camino tenía dificultades para llevar la suya, se acercó para ayudarla. La madre de Camino vio en ese gesto aviesa intenciones y después de increparlo a voces, le dio un pellizco. Todos los alumnos presenciaron el incidente y desde entonces fueron conocidos como *los novios*. Se había convertido en el líder de los *chicoschicos* y nadie osaba levantarle la voz ni desobedecer sus órdenes, aunque seguían llamándole marica a sus espaldas. El Europeo vivía en una enorme y antigua casa gris y cada once de abril hacía una fiesta de cumpleaños. Camino, su madre y Marina –la mujer que la había criado– se dirigían al barrio vecino, lleno de árboles, rumbo a la casona junto al-rio-me-produce-escalofrío. Eso decía para sus adentro, llevando con gran cuidado el regalo que su madre había escogido. No comprendía porqué estaba obligada a pasar la tarde en la casona junto al-rio-me-produce-escalofrío, no quería. Era uno de los suplicios anuales, además de las confesiones en la sacristía los primeros viernes de cada mes, las fiestas en casa de sus tíos, navidad, Semana Santa, el circo, la visita mensual a la dentista, los veraneos en la playa y las fiestas del pueblo –huachafería desenfrenada con los naturales concentrados en la Plaza Mayor disputándose ubicaciones a puñetazo limpio para ver el desfile de horrores y la pirotecnia; los ricos y notables, sin mezclarse con la chusma, ocupaban los balcones de la municipalidad y las casas aledañas. Al día siguiente, las calles estaban inundadas de cañas, papel de colorines y pólvora, vómitos, botellas vacías y orines, y borrachos semidormidos semidescalzos a quienes los perros olfateaban–, además de su propio cumpleaños. Cuando soplaban las velas pedía ser grande para librarse de la desolación que le producían tales eventos: los veranos estaría lejos de la costa, olvidaría que existían circos, parientes, dentistas, aniversarios y fiestas de guardar y no permitiría que nadie la felicitara (por ser un año más vieja).

Casi al final de la calle se veía la verja del hierro, la puerta abierta, y Camino, con algún ridículo y caro vestidito, bajaba los once escalones empuñando el regalo como si fuera un escudo, avergonzada y rabiosa de prestar obediencia a los adultos. Al final de las escaleras y entre los árboles, el casi famélico Europeo –con un caro pero no ridículo trajecito– esperaba con sonrisa de anfitrión. Marina y su madre saludaban y desaparecían, Camino lo felicitaba sin convicción y sin mediar beso, abrazo ni apretón de manos de ningún tipo, entraba en la casona junto al-rio-me –produce-escalofrío.

La decoración interior estaba de acuerdo con Chilicote: el tiempo se había detenido siglos atrás, y a pesar de la profusión de muebles, las habitaciones eran sombrías y los techos altos las hacían parecer más frías de lo que eran. El padre del Europeo era un hombre de negocios tan largo como su hijo. La madre, pequeña con voluminoso trasero, era miope, y como todas las madres, sólo vivía para sufrir por su único y nunca bien ponderado retoño. Tenía gran variedad de blusas de broderie y usaba un suave perfume francés. Además de la servidumbre, poblaban la casa media

docena de perros pekineses de diversos colores y talantes, un loro y algunos canarios. Los *chicoschicos* y las *chicaschicas* iban llegando, además de multitud de tíos, primos y amigos del Europeo, todos bastante mayores. Se formaba una aglomeración en la enorme sala y la media docena de pekineses esquivaba pisotones de niños y adultos. Algunos subían a los dominios del loro, en el segundo piso, y en un momento dado, desde la puerta del comedor, se distinguía el perfil de la madre del Europeo –de inexplicable semejanza con los pekineses– dando palmaditas y diciendo chicos, pasen a tomar el té. La marabunta buscaba puestos privilegiados alrededor de la macromesa atiborrada de toda clase de manjares. El esmirriado anfitrión soplaban las velas, tocado con el menos ridículo de los gorritos, repartía trozos de pastel y agradecía los aplausos. No tenía abuelos. Algunas veces su padre aparecía por allí, pues los negocios ocupaban la mayor parte de su tiempo. Tenía la mandíbula cuadrada y por la expresión de su cara, parecía estar siempre chupando limón.

El Europeo siguió siendo el jefe de los *chicoschicos* hasta los doce años. En casi todas las reuniones, juegos y fiestas pedían que se besen *los novios*. Camino se negaba. Tampoco quiso ser su pareja en un concurso y se corrió la voz de que *la novia* estaba enojada pero que seguían siendo novios. A mitad del curso, en pleno examen de Historia, una secretaria se llevó al Europeo. Fuentes bien informadas hicieron correr la voz de que había una psicóloga en Secretaría haciéndole pruebas para ver si era o no marica, a petición del Director del colegio y con el consentimiento de sus padres. Después del segundo recreo el Europeo ocupó su asiento y no hizo comentario alguno. Al día siguiente no fue a clases. Después de varias semanas de ausencia el profesor anunció que el Europeo se iba a Francia a visitar a una tía suya casa con un nativo –el Europeo no era europeo, pero a partir de su viaje a Francia fue así bautizado–. Ese verano Camino también viajó a Europa, y cuando regresó las clases habían empezado ya. Habían dividido a los alumnos en dos grupos, según el grado de conocimiento en idiomas extranjeros, previo examen. Camino no contestó más que a dos de las veinte preguntas, pero el profesor dijo que sabía que era capaz de desap�ar a propósito para estar con tus amigas las cotogas bugas, y la mandó al grupo de los más avanzados conocedores de lenguas foráneas. Cuando tocaba idiomas, los felices condenados al monolingüismo ocupaban una pequeña habitación contigua desde donde los multilingües oían carcajadas y gritos constantes.

Por órdenes del profesor debía compartir la carpeta con Frieda, que hasta entonces se había sentado sola. Frieda obtenía las máximas notas en todos los cursos desde su más tierna infancia; era escuálida, con la piel transparente. En temporadas de exámenes padecía ataques de acné y asma y desde hacía poco era oficialmente miope. Se escondía bajo la carpeta para ponerse los lentes y se sentaba en la primera carpeta de la primera fila. Jamás giraba la cabeza para que nadie pudiera verla con los lentes puestos.

Camino trabó amistad con *Pipina la Breve* ("está bien, reconozco que soy enana"), con quien tenía en común cierto sentido del humor. Pasaban los recreos buscando libélulas, escarabajos o arañas muertas por

los jardines del colegio. Se encerraban en la clase desierta y los ponían en la comida de los demás. Mordisqueaban los más suculentos sandwiches entre grandes carcajadas y corrían al lavabo a terminar de orinarse de risa. También echaban tinta roja o pegamento en los asientos, se encargaban de hacer circular apodos por demás ofensivos y explícitos (Ji-Jam o Burro Cansado, Alfalfa Hitler, Taras Bulba, etc.) que apuntaban en una lista y enviaban anónimos insultantes o falsas declaraciones de amor en nombre de los más cotizados *chicoschicos* a las más cursis *chicaschicas*. Nadie sospechó nunca de ellas, dadas las excelente relaciones que mantenían con todos/as.

Una de las diversiones en solitario de Camino consistía en esperar ante la puerta del gabinete de física, en un segundo piso con balcones, la llegada de los/las chicos/as, maletín en mano. Se lo arrebataba al primero que llegara y lo lanzaba por el balcón. Indiferente a las protestas, insultos, reclamos del damnificado/a, decía que se trata de la Ley de la Gravedad sin lugar a dudas. Frieda, a quien todos temían y que sólo le dirigía la palabra a tres *chicaschicas* tan estudiadas y poco sociables como ella, procuraba llegar última para evitar sorpresas. Pero un día se distrajo y Camino lanzó por los aires su maletín y demás enseres. Oye idiota, vociferó Frieda dejando de lado su eterna reserva, apuntándola con el índice, baja inmediatamente a traer mis cosas. Los *chicoschicos* y *chicaschicas* asistían a la escena boquiabiertos y mudos. No seas cascarrabias y baja tú a buscarlas porque yo no pienso moverme de aquí, dijo Camino. Te crees muy graciosa, ¿no? Soy la única graciosa, aparte de un par más. Frieda bajó a buscar sus cosas y dijo a sus allegadas que pensaba vengarse de tamaña afrenta, pero no era vengativa ni orgullosa, a pesar de su confe-

sado egocentrismo. No obstante, cuando el profesor le dijo que debía compartir el libro de texto con Camino hasta que llegara un nuevo envío, carraspeó y se acomodó los lentes con los nudillos de un golpe. Durante varios días se sentaron en los extremos de la carpeta y estiraron hasta lo indecible cuellos y cabezas, siguiendo el texto del libro puesto milimétricamente en medio. Cansadas de tal gimnástica, terminaron por juntar sus sillas y Camino descubrió que Frieda escondía bajo la carpeta *Crimen y castigo*. Un día murmuró bien hecho y Camino preguntó, bien hecho qué. Que Raskolnikoff matara a la vieja. Así, durante la clase de idiomas Frieda le explicaba las tribulaciones del joven Raskolnikoff y las suyas propias. Estoy sumamente *cacle*, y la razón es bien simple: todo es una mierda, la vida es una porquería, estoy harta de Chilicote, mi *carpa* (familia, casa, hogar), mis pelos de pollo mojado y mi acné juvenil, de mí y mi alter ego, y de tus manos de dama *aris* del siglo pasado, pero no creas que te envidio, porque soy más alta y huesuda que tú. Además, yo pretendo ser yo, pero tú no eres tú, las circunstancias te lo impiden, nos lo impiden. ¿Nos impiden qué? Ser lo que seríamos de mediar otras circunstancias. ¿Te das cuenta de lo fácil, lo distinto que sería todo si simplemente no hubiéramos nacido en esta aldea hedionda? Lo máximo que puedes llegar a ser aquí es Margarita Batallas. ¿Quién es esa? Margarita Batallas es tu alter ego. Sabes quién eres, sabes qué eres, te identificas contigo misma cuando te miras al espejo, nunca te pones *cacle*? Si, como si tuviera limonada en el estómago, como si todo a mi alrededor fuera protoplasmático, como si estuviera perdida en la nebulosa. Eso exactamente, veo que eres inteligente a pesar de las apariencias. Y cuando yo lo digo es porque es así, nunca me equivoco, modestia aparte.

Librería gandhi

Título / Autor/-a

- Mujer, trabajo y salud.* varias autoras
Reflexiones sobre género y ciencia. E. Fox Keller
Teoría feminista y teoría crítica. varioas autoras
Mujer, arte y sociedad. Chandwick
Borrador para un diccionario de las amantes. Wittig/Zeig
Yo sé porqué canta el pájaro enjaulado. M. Angelou
Ejercicios respiratorios. Anne Tyler
El almanaque de las mujeres. Djuna Barnes
Estilos radicales. S. Sontag
La mujer de los 90. J.M. Riera
Cartas a mujeres. V. Woolf
La mala hija. C. Cerati
Isabelle Eberhardt. E. Herrera
Isadora. M. Lever
Lecturas para mujeres. G. Mistral

Av. Corrientes 1551
1042 Buenos Aires
Tel: 46-7501

Av. Rivadavia 1475
1033 Buenos Aires
Tel: 383-5450
Fax: 383-4930

Editorial

- Trotta
Alf. Magnan
Alf. Magnan
Destino
Lumen
Lumen
Lumen
Lumen
Muchnik
Morata
Lumen
Muchnik
Circe
Circe
SEP

Nota sobre las autoras

Jane Tompkins es profesora de Letras en Duke University. Ha compilado dos libros de ensayos: *Reader Response Criticism: From Formalism to Post Structuralism* (1980) y *Twentieth Century Interpretations of The Turn of the Screw* (1970) y es autora de *Sensational Designs. The Cultural Work of American Fiction, 1790–1860* (1985).

Silvia Jurovietzky es Profesora en Letras (UBA) e integrante de la Investigación “Construcciones y narraciones de género” en el Instituto de Literatura Argentina “Dr. Ricardo Rojas” (UBA).

Charo Núñez, peruana, es autora del libro de poesía *Asuntos pendientes*.



Casi cien mates reptiles se insertan en el Ancho de Espada: Bajo el lema "Cuanto más fideo, más reptiles se hoy en el de Espada, inflamó el tulipan sin empanadas ches para modo de nilos de la serenísima. La Pestilencia del Ancho de Espada aún gagá lociones por si en boca cerrada no entran moscas.

INTERNACIONALES

Según amoniaco local, los mates insertan Ancho las básicas desde hace cuatro mientas sus cholulas jaímen pel-madrujar sin colesterol. No obstante, a truco, el reverendo Envidio espintetta por los limentuá como si seminare una verdadera

ESPECTACULOS

Medusa Peperson obtuvo el premio Odex:

La Asociación de Hidratos de Carbono, entidad que mafalda tanto a porotos como a infinitos retirados que se precipitan cada estaño en el Basófilo de Limbus, otorgó el premio Odex a Medusa Peperson por su crocante Impala de Policarpio. La artista expresó a la prensa que, después de este Odex, ametralladora un trauma sin fines de lucro.

LOGIA 2003

Depilación ambiental: A partir del próximo lunes se depilarán todos los amantes del ambiente. Este nuevo procedimiento saluda la estratosfera que vuelca la llaguita del florete mañanero. Tanto pitos como flautas que bajaban por la entrepierna desde la Puna deberán entregar su purgante en el bingo de Juncal y Anchorena.

Textos de Verónica Pucciarello

A partir del bochinche, los peatones no podrán milkibar: El Ministro del Ulterior, Dr. Carlos Cañete, rococó ayer que a partir del bochinche tan forfai, los peatones ya no podrán milkibar. Esta medida (que fantamente se botija en el inmundo) no toxina a los que ni frunden ni yeguen. Al respecto, el dirigente peatonal Pancho Corpiño dijo: "Siempre ojito al poxipol para el churrete y pulgarcito que de tanto mandar fruta cuando se espera dinero ya casi no se atahualpa ni tuajes ni gémelos". Mientras tanto, los peatones canchan por si ven los pingos.

NACIONALES